

Ángel Pestaña
LO QUE APRENDÍ
EN LA VIDA



Ángel Pestaña (San Tomás de las Ollas, 1886-Barcelona, 1937) fue secretario general de la CNT (1929), fundador del Partido Sindicalista (1932) y diputado en Cortes Generales por la provincia de Cádiz en 1937. Con 15 años empezó a manifestar su interés por la justicia social, lo que le llevó a ser detenido en Sestao por su participación en una conferencia en defensa de la jornada laboral de ocho horas. Desde entonces, su lucha anarcosindicalista no cesó hasta su muerte. Trabajó en numerosos oficios: biselador, temporero en los viñedos, vendiendo confituras o cosiendo suelas de alpargatas. En Argel aprendería el oficio de relojero, que le permitiría vivir de forma más holgada y simultanear su trabajo con artículos en diversas publicaciones como *Tierra y Libertad*. Tras su viaje a Rusia, en 1920, para presentar la adhesión de la CNT a la Internacional Comunista, su informe fue vital para el distanciamiento de la Confederación Nacional del Trabajo con la órbita soviética. Todo ello queda retratado en dos volúmenes: *Setenta Días en Rusia. Lo que yo vi y Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso*. Otros títulos del autor son: *Lo que aprendí en la vida, Terrorismo en Barcelona, Consideraciones y juicios acerca de la III Internacional o Por qué se constituyó el Partido Sindicalista*.

Ángel Pestaña

LO QUE APRENDÍ EN LA VIDA

Edición digital: Carretero

PRIMERA PARTE
RECUERDOS DE LA INFANCIA

I. REMINISCENCIAS Y TRISTEZAS

Yo nací el día 14 de febrero de 1886, en Santo Tomás de las Ollas, pueblecito limítrofe a Ponferrada del Bierzo (provincia de León), a la que hoy está agregado Santo Tomás, por lo que ya no existe dicho pueblo.

Mi padre era analfabeto en absoluto, pues no sabía leer ni escribir; pero tenía, por los recuerdos que yo conservo, inteligencia natural.

Lanzado de su país por circunstancias especiales, se marchó a trabajar de minero en las construcciones de ferrocarril, que comenzaban entonces en España. Desde Santo Tomás fue a parar a Segovia. Aquí, dispuesto a abrirse paso no siendo un simple trabajador toda su vida, tomó trabajos a contrata. Pero el ingeniero, astuto y de mala fe, quiso engañar a mi padre al cubicar la cantidad de trabajo hecha en una de las liquidaciones parciales que solían hacer a los contratistas, para que éstos pagasen a los trabajadores. Dióse cuenta mi padre del engaño, y protestó. Disputó con el ingeniero, reclamándole lo que era justo. Negóse éste a escuchar ni atender la reclamación que se le hacía. Convencido entonces mi padre que por las buenas nada sacaría en limpio, pocos días después esperó al ingeniero a la salida de un bosque y le hizo tres disparos de revólver. Uno de ellos le quitó el sombrero de la cabeza.

El ingeniero, que iba a caballo, espoleó brutalmente a la bestia, buscando en la huida su salvación.

Todos estos detalles se los oí contar alguna vez a mi padre.

Pues, como es natural, yo no podría recordarlos ni saberlos.

¿A dónde marchó mi padre después de esta hazaña? No lo sé, ni lo recuerdo. No se lo oí decir nunca.

El primer recuerdo que borrosamente conservo en la memoria es el de nuestra estancia en Béjar (Salamanca), donde mi padre trabajó en la perforación de un túnel del ferrocarril, por cuenta de un contratista francés al que llamaban Papó.

Recuerdo también que estuve ciego a causa de unas cataratas, y que me libró de ellas una curandera diciendo oraciones, haciendo muchas veces la señal de la cruz sobre los párpados y poniéndome unos polvos blancos que escocían horriblemente cuando, una vez puestos, con los dedos apoyados sobre los párpados, empezaba la curandera un movimiento de molinete que producía una especie de esmerilación de la catarata. Lo que terminó por devolverme la vista. Supe después que aquellos polvos blancos y ásperos eran azúcar cande, preparado para curar ese mal. Mi padre lo dijo muchas veces.

Conservo también de Béjar el recuerdo imborrable de haber perdido a mi madre. No por haberse muerto, sino por separarse de mi padre.

Sin que haya podido nunca precisar las causas, los disgustos entre mi padre y mi madre eran frecuentes, terminando, la mayor parte de las veces, porque mi padre pegara a mi madre. Mi madre era alta, guapa, buena moza. No sé si era buena o mala. No tengo de ella la menor noción. Y si digo que era alta, guapa y buena moza, es por haberlo oído decir a personas que la conocieron.

Lo que recuerdo es que una noche me despertó mi madre y me vistió. Antes había hecho lo mismo con mi hermana Balbina. Y, tomándome a mí en brazos, pues tendría a lo sumo dos años y medio o tres, salimos de casa y tomamos asiento en una diligencia que, según oí decir a mi padre cuando hablaba alguna vez de aquel incidente, hacía el servicio de correo y viajeros entre Béjar y Palencia, pasando por un pueblo llamado La Cruz de los Cordeles.

Hacía un rato que estábamos sentados esperando partiese la diligencia, cuando se presentó mi padre y, descompuesto, comenzó a gritar y a querer pegar a mi madre, lo que la gente evitó con su intervención. Todo lo demás se borra de mi mente, y sólo recuerdo que, vueltos a casa, pocos días después,

durante la noche, desperté, vi la luz encendida y me encontré solo. Comencé a llorar amargamente. Nadie acudió en mi auxilio. Me quedé nuevamente dormido. Y cuando volví a despertar, sólo mi padre se encontraba allí. ¿Qué había pasado?

Que mi madre repitió la operación de escaparse. Y que esta vez lo consiguió, pero llevándose a mi hermana y dejándome a mí con mi padre. Nunca he vuelto a saber de ella. No sé si vive o si ha muerto. Nunca he dicho nada de esto. Y ahora, que por primera vez lo digo, añado también que no guardo rencor alguno contra ella. Al contrario: si viviese, sería para mí un gran placer el conocerla. Debo decir, por último, que por mi padre supe que no se había marchado sola, sino con uno de los huéspedes que tenían en casa. Pero ni aun así la guardo rencor.

¿Adónde fuimos a parar desde Béjar? Tampoco lo recuerdo. Y como mi padre, en mi presencia, apenas hablaba de sus cosas pasadas, nada supe por él tampoco. Únicamente sé que mi padre hablaba de haber estado trabajando en la perforación del túnel de Canfranc, en el del puerto de Pajares y en el de Achuri (Bilbao), del ferrocarril de Bilbao a San Sebastián.

Los recuerdos más claros que yo conservo son los de nuestra estancia en las minas de Alen, cercanas a Sopuerta (Vizcaya), y que toman su nombre del monte donde están enclavadas. Desde aquí, acompañado de otro muchacho, bajábamos a una escuela que había en Las Barrietas, pueblecillo que actualmente tiene estación en el ferrocarril de Traslaviña a Castro Urdiales. De las minas de Alen nos fuimos a Castro Urdiales, y desde esta población, yo iba ya para los diez años, me llevó mi padre a Ponferrada, donde no había estado desde que me sacaron, a los trece meses de edad.

Motivó este viaje una idea peregrina de mi padre. Hombre práctico, quería «que su hijo no fuese un burro de trabajo como lo había sido él» -eran sus palabras-, y concibió la idea de hacerme estudiar para cura. Cierto que mi padre era deísta, naturalmente, como todo buen español de aquel tiempo; pero no creía en los curas, en la Iglesia ni en los ritos que ésta imponía. Era un perfecto «volteriano». Y si me quería hacer estudiar, era porque, como él solía decir, el ser cura era un oficio como el ser minero, albañil o carpintero. Aunque

bastante más lucrativo. «Yo trabajo doce o trece horas para ganar catorce reales -sentenciaba-, y un cura, echando una bendición y diciendo unas palabras que nadie entiende, gana cinco duros. Esto es todo.»

Para llevar a cabo su proyecto, púsose de acuerdo con un tío carnal mío, hermano de mi madre, que vivía en Ponferrada, y algo desahogadamente, y que, además, casado con una prima suya, lejana en parentesco, no tenían familia.

Ya en Ponferrada, convinieron lo siguiente: Yo quedaría en casa de mi tío. Mi padre regresaría a las minas de Bilbao, comprometiéndose a sufragar los gastos de vestir, calzar, libros y escuela. Tanto en el período preparatorio como después. Y mi tío se comprometía a darme alojamiento y mantenerme, considerándome como a hijo suyo.

Partió mi padre contento y tranquilo, pues veía asegurado el porvenir de su hijo.

Pasaron unos quince días, y, a pesar de que mi padre, antes de marchar, pagó el importe de unos meses de colegio y compró los libros precisos, mi tío no me enviaba a la escuela. Pasó un mes, y tampoco. A los dos meses aproximadamente, para que no hiciera el gandul en casa, me envió a guardar unas ovejas que tenía. Nueve en total.

En mi oficio de pastor fueron pasando los meses en aquella casa, que, por otra parte, era un infierno, tanto para mi pobre tía como para mí. Pues mi tío, buen mozo, jugador, mujeriego y gitano, no se preocupaba de la casa ni de nosotros, si no era para molernos a golpes cuando regresaba a altas horas de la noche, después de haber perdido en el juego, o quizá de reñir con la hembra con quien había pasado el rato. Además, la comida era escasa. El hambre me hacía apelar a los más atrevidos recursos para roer, a veces, un trozo de pan olvidado en cualquier rincón de la casa.

Estando mi padre trabajando en unas minas cerca de Castro Urdiales, se enteró, por un mozo que llegó allí y que era de San Miguel de Monte Furado, que por casualidad fue a trabajar a la cuadrilla en la que mi padre era capataz, de lo que conmigo hacía mi tío. Y mi padre, que me creía estudiando, supo,

con la sorpresa que es de suponer, que su hijo estaba dedicado a la tarea de guardador de ovejas.

Resolvió la situación al instante. Envió a su cuñado una carta, donde le trataba como se merecía, y cinco duros para que al instante me pusiera en camino y volviera a su lado.

Mi tío vióse comprometido para satisfacer la demanda de mi padre, pues algún tiempo antes, un mes aproximadamente, cansado ya de recibir palos y pasar hambre, huí de su casa, refugiándome en la de mi padrino, llamado Tirso, que era tamborilero y vivía en Santo Tomás.

Puestos de acuerdo mi tío y mi padrino, una noche, debían ser de las dos a las tres de la madrugada, me metieron en el tren, con billete hasta León, después de darme el dinero que había sobrado, y con el que yo debía sacar los billetes en cada estación de cambio hasta llegar a Valmaseda.

Hice el viaje solo. Tenía poco más de diez años de edad. En León bajé del tren, y después de sacar billete, hice el cambio, tomando el de Madrid a Asturias, hasta La Robla. Y en esta estación cambié nuevamente de tren, tomando el de La Robla a Valmaseda. Después de pagado el importe de los billetes, me sobraron unas pesetas, que, atadas en la punta del pañuelo que llevaba, metí en el seno y puse la mano encima para que no me las quitaran. Durmiéndome a ratos, y después de horas, para mí interminables, de viaje, llegué a Valmaseda, donde mi padre debía esperarme.

Mi desesperación no tuvo límites cuando, libre de viajeros el andén, me encontré solo y sin ver a mi padre por parte alguna. Rompí a llorar con desesperación inconsolable. Se acercaron a mí algunos empleados de la estación preguntándome la causa de mis llantos. Pasé un largo momento sin contestar, y llorando a lágrima viva. Por fin, entre hipos y sollozos, pude contarles lo que me pasaba, y no sabían qué hacer conmigo, pues yo ignoraba dónde estaba mi padre.

De entre todos los presentes, un maquinista se ofreció a llevarme a su casa hasta que mi padre viniese. Pues él, como todos, suponían que el no hallarse allí era por retraso involuntario. Ya en casa del maquinista, su mujer se portó

conmigo admirablemente. Me consoló y animó diciéndome que mi padre vendría al día siguiente. Y así fue.

Por causas ajenas a su voluntad había perdido el coche el día anterior, llegando con veinticuatro horas de retraso. Apenas paró el coche, saltó y, corriendo, se fue a la estación, preguntando por mí; pero nadie le informaba debidamente. Por fin, un empleado le dijo que sí, que yo había llegado el día anterior, pero que ignoraba mi paradero. Esto desconcertó a mi padre. Pero otro empleado, al que se acercó preguntando por mí, le acompañó hasta la casa del maquinista donde me habían recogido.

Al día siguiente partimos para Sopuerta, donde él trabajaba, y poco tiempo después nos fuimos al Cobarón; hacían falta mineros en aquellas minas, y corría el rumor que pagaban más jornal. Dieciséis reales cuando menos.

Yo había cumplido ya los once años. Y mi padre me puso a trabajar. Entré de pinche en la mina donde él trabajaba, con cinco reales de jornal al día.

Era una mina a la que se descendía por un pozo inclinado de lo menos treinta metros de profundidad, siguiendo por debajo de tierra muchos metros de galería. Además, era una mina que ofrecía inmensos peligros. Explotada en épocas lejanas, se decía que en tiempos de los romanos, debajo del piso por donde nosotros pasábamos, había otro, lleno de agua hasta la mitad, lo que obligaba a caminar con la máxima precaución, pues el desviarse de la línea de raíles central podía ocasionar la caída al fondo de la galería inferior, y era la muerte segura. Me despidieron al poco tiempo, lo que me costó una injusta paliza de mi padre. La causa fue que durante dos días llovió torrencialmente. Y la fuente a donde iba yo a buscar el barril de agua quedó anegada y cubierta de barro por las tierras arrastradas por la lluvia. Y hube de ir a otra fuente más lejana. Tardé más. Y el capataz, sin preguntarme por qué había tardado, apenas llegué me despidió, y mi padre, creyendo que el despido obedecía a falta mía, me pegó.

A todo esto yo no sabía nada más que las cuatro reglas de cuentas, escribir y leer. Todo ello aprendido en unos meses que concurrí a la escuela de Las Barrietas, y otros cuantos meses más a una en Castro Urdiales, y al interés que mi padre ponía en enseñarme. Él, que no conocía ni la «a».

Del Cobarón volvimos a Castro Urdiales, de aquí a Sopuerta, de Sopuerta a La Ceña, a Galdames, a La Arboleda y a otros lugares de la cuenca minera vizcaína. Después nos fuimos a trabajar en la terminación del ferrocarril de Bilbao a San Sebastián, pues faltaba por construir el trozo que hay desde Deva a Zarauz. Yo trabajando siempre de pinche en las cuadrillas donde trabajaba mi padre.

Desde cerca de Zarauz, donde estuvimos todo el tiempo en la perforación de un túnel, regresamos nuevamente a Bilbao, donde trabajamos algún tiempo, mi padre en la mina, y yo corriendo baldes.

Alguien dijo a mi padre que en la provincia de Santander, cerca de Solares, había unas minas donde se pagaban buenos jornales, y allá fuimos. Pero como a mí no me dieron trabajo, estuvimos poco tiempo: unas semanas. Regresamos nuevamente a Bilbao y nos fuimos a Zaramillo, donde se hacía la presa para un canal a fin de montar unas turbinas para una fábrica.

Terminado este trabajo nos quedamos allí, pues entramos a trabajar en unas minas nuevas que se abrieron, en las que uno de los capataces era amigo de mi padre.

Y en Zaramillo cayó enfermo mi padre. Una pulmonía doble, como se decía entonces, pues no se había descubierto en el lenguaje popular eso de la bronconeumonía, y una retención de la orina, pues hasta con sonda se le hacía difícil orinar, le llevaron al sepulcro al tercer día de haberse acostado por enfermo. Tenía yo catorce años. Trabajaba en una mina escogiendo chirta. Aquel fue mi primer choque serio en la vida. Nunca como entonces comprendí la ingratitud humana ni la dureza de sentimientos que crea la pobreza.

La noche en que mi padre cayó enfermo nos habíamos acostado sin que se quejase ni le doliese nada. Fue al día siguiente, al querer levantarse para ir al trabajo, cuando no pudo hacerlo. Casi no conocía ya a las personas. Respiraba penosamente, y sólo deseaba estar a oscuras y que le dejásemos solo.

Avisamos al médico, y después de un reconocimiento que a mí me pareció detenido, dijo que mi padre estaba gravísimo, y que la gravedad venía no de la pulmonía, sino de la orina y de las causas que producían la retención.

Pasó todo el día sin decir palabra y vuelto de cara a la pared. La respiración era más fatigosa a cada momento, y sin querer que le hablásemos. Cada dos horas le daba la medicina que el médico había recetado. Sólo para esto cambiaba mi padre de postura.

Velé al enfermo durante toda la primera noche. De madrugada, como pareció calmarse un poco, me acosté unos momentos. Durante el día durmió unos ratos. Los mismos que yo aprovechaba para irme a jugar a la calle.

La segunda noche también velé a mi padre. Al día siguiente dormí yo dos o tres horas, aprovechando los momentos en que parecía que el enfermo descansaba. Pero ya no salí a jugar. El cansancio y el estado de ánimo comenzaban a abatirme. De vez en cuando venían a visitarle los amigos. Todos reconocían la gravedad del caso.

Por la tarde del tercer día de la enfermedad, entre tres y cuatro de la tarde, pidió de beber, diciendo que tenía mucha sed. Y cuando hubo bebido, a los pocos momentos, reaccionó vivamente, incorporándose en la cama y entablando conversación con los amigos presentes.

Estos animáronle, diciendo que aquello no era nada. Una dolencia pasajera. El médico daba grandes esperanzas.

Mi padre los escuchó con atención, haciendo alternativamente signos afirmativos o negativos. Habló después. Dijo que él se daba cuenta de la gravedad de la dolencia que le aquejaba, y que si le preocupaba el morir no era por él, sino por mí, que solo y abandonado, sin padre ni madre, lejos del país y sin familia, no sabía a dónde iría a parar.

Los amigos trataron de quitarle de la cabeza sus pensamientos. «Y para el caso doloroso en que llegara lo que tú supones -dijeron todos-, ten la seguridad que todos nosotros estamos aquí para protegerle y ayudarle.»

Esta manifestación pareció alegrar el rostro de mi padre. Pues yo, sentado a los pies de la cama donde él estaba enfermo, no perdía ninguna de sus palabras ni de sus gestos. Verdad es que mi padre me pegaba con frecuencia, pero no era por crueldad, sino producto de un falso concepto de lo que ha de ser la educación y por un exceso de amor hacia su hijo, pues en su vida de rudo

minero jamás se olvidaba de su hijo, al extremo de que cuando alguna vez iba al café, cosa no corriente entre los trabajadores de aquel tiempo, guardaba siempre la mitad del terrón de azúcar que daban para dármelo a mí. Y no sólo en esta pequeñez, sino en otras muchas parecidas, no se olvidaba nunca de su hijo, a pesar de que en su condición de vida yo era una carga pesadísima para él.

Aparte esta pequeña digresión, recuerdo filial a su memoria, ya que es la primera vez en mi vida que hablo de él íntima- mente, la manifestación de sus amigos de que allí estaban ellos para ayudarme en el caso desgraciado de que él faltara, la agradeció, dirigiéndoles una mirada conmovedora, y en sus labios apareció una sonrisa de satisfacción.

La conversación duró una hora, aproximadamente. Manifestó mi padre su cansancio y el deseo de acostarse. Lo hizo como en los tres días que llevaba enfermo. De cara a la pared. Poco a poco la respiración comenzó a ser más fuerte, más fatigosa, más rápida. Vinieron otros amigos y conocidos, trataron de saludarle. No contestó a nadie.

También me quedé a velarle en su tercera noche de enfermedad. Pero a las doce, la patrona de la casa, compadecida de las dos noches que yo llevaba sin dormir, me relevó. Me acosté, pero antes quise escuchar la respiración del enfermo.

Era más lenta, más tranquila, más reposada. Me pareció signo de buen augurio. Me acosté tranquilo.

A las cuatro o las cinco de la mañana, cuando despuntaba el día, me despertaron bruscamente: mi padre había muerto. Y no pudieron precisarme la hora, pues murió sin que se notara en él nada anormal, sin un lamento, sin un quejido, sin un movimiento. La vida se había extinguido en él suavemente. Lo único que la patrona pudo observar cuando le daba la medicina era que la respiración se hacía cada vez más lenta y más pausada. Y ella, creída que esto acentuaba la mejoría anunciada en la lucidez de la tarde anterior, de madrugada no quiso darle la medicina por no molestarle. Y cuando, apuntando el día, se acercó a la cama a ver al enfermo, éste había expirado. La muerte la engañó.

II. SOLO EN LA VIDA

Mi primera impresión fue de insensibilidad. El golpe fue tan brusco e inesperado, que no me di cuenta de su alcance. Por otra parte, me pareció un hecho natural contra el que nada podía la voluntad de los hombres.

Poco a poco reaccioné. A medida que el tiempo pasaba y contemplaba el cadáver de mi padre, la razón se imponía a la hipertrofia circunstancial de los sentimientos, y comprendí la importancia de lo que acababa de suceder y de lo terrible de mi situación. Pero automáticamente comprendí también que desde aquel instante mi vida cambiaba por completo, y que debía hacerle frente con la máxima dignidad posible. Los primeros sentimientos del hombre tomaban la plaza que hasta entonces habían ocupado los del niño.

Ayudado por los amos de la casa donde estábamos hospedados y los amigos que vinieron en los primeros momentos, preparamos lo referente al entierro y conducción del cadáver, pues había de enterrarse en Alonsótegui, ya que en Zaramillo no había cementerio.

Hechos los preparativos, se enterró al día siguiente. Pagados estos pequeños gastos quedaba yo en el mundo sin un céntimo, empeñado en 27 pesetas y sin familia ni deudo alguno que pudiese ayudarme. Los amigos que dijeron a mi padre que allí estaban ellos para ayudarme si él moría, algunos ni al entierro fueron; otros, terminado el entierro, me dejaron solo; algunos me dieron consejos, y otros, los menos, insinuaron que si algo necesitaba... Pero era tal el acento de sus palabras, que no quise pedirles nada por no recibir una negativa. Sólo dos o tres se me ofrecieron incondicionalmente. Ofrecimiento que agradecí en lo que valía, pero que en mi fuero interno me propuse no utilizar sino en caso desesperado.

Al día siguiente concurrí al trabajo, después de cinco días de ausencia. Trabajaba, como ya he dicho, de peón, escogiendo chirta (mineral menudo), sacándolo de los escombros que arrastraba un riachuelo. Ganada dos pesetas al día los días que trabajábamos, pues como el trabajo era al aire libre, los de

lluvia había que descontarlos. No así los festivos y domingos. Estos los trabajábamos casi todos, exceptuando los de fiesta muy señalada.

Del escogido de chirta pasé a las trincheras para la prolongación del ferrocarril de La Robla a Valmaseda, que por Zorroza llega a Bilbao actualmente; después, a una de las minas que hay en lo alto del monte de Miravillas, en Bilbao; más tarde, a limpiar máquinas en el ferrocarril de Bilbao a Portugalete. Entré en el depósito de máquinas de dicho ferrocarril a instancias y por mediación de un navarro, buena persona, a quien conocí cuando trabajaba en las trincheras de prolongación del ferrocarril de La Robla a Valmaseda.

De mote le llamaban el «Negro», porque era muy moreno. Hasta sus mismos hijos le llamaban por el mote. Un hijo y una hija, que también me apreciaban. Jamás le vi enfadado. Y su frase favorita era que «la noche se había hecho pa dormil y el día pa descansal», teniendo en cuenta que en muchas regiones de Navarra la r terminal de las palabras la pronuncian.

Trabajé bastante tiempo en el depósito de máquina! del ferrocarril de Bilbao a Portugalete. El trabajo era sucio y pesado, pero me atraía el llegar a ser fogonero, y, más tarde, maquinista. En dicho ferrocarril, entonces, desde limpiador de máquinas se ascendía a maquinista.

Llegué a cubrir faltas de fogonero, que se dormían, o que, enfermos repentinamente, no había tiempo a primera hora de nombrarles sustituto. Y por mi deseo de cumplir y aprender terminé por hacerme querer de los maquinistas con quienes eventualmente prestaba algún servicio suplementario. En el depósito también ascendí. Después de tener el número 1 de los limpiadores de máquinas, por vacante producida, pasé a ayudante de encendedor de máquinas, última categoría de ascenso en el depósito y puesto de partida para cubrir la primera vacante efectiva de fogonero que se produjese. Estaba, pues, en el umbral de lo que para mí era un deseo hondamente sentido.

Pero un incidente deleznable lo echó todo a perder. El jefe de movimiento se llamaba Macrino, aunque por la categoría del cargo nosotros le tratásemos de don. Como subjefe hacía las veces un maquinista llamado Hierro; éste tenía un hermano que era picador de toros. El tal Hierro era uno de estos hombres

charlatanes que tienen la virtud de hacerse molestos a todo el mundo, y él lo resultaba más en virtud del cargo que, como suplente del jefe principal, a veces desempeñaba.

Una noche, al entrar la penúltima máquina al depósito, cuando el encendedor y yo nos hicimos cargo de ella para colocarla en su lugar y apagarle los fuegos, el maquinista y el fogonero nos enseñaron una caricatura que, según dijeron, hacía días que era la risa de todo el personal de movimiento y tracción.

En esta caricatura aparecía Hierro, el maquinista, vestido de torero, con una banderilla en cada mano y citando a un toro que tenía delante. Y detrás, en el suelo, figuraba un montón de m..., producto del miedo que el toro había causado al torero de ocasión. Como es natural, reímos la ocurrencia. Y al fogonero de la máquina que acababa de entrar no se le ocurrió nada mejor que colocar la caricatura al lado del cuadro de servicio para el día siguiente, sabiendo que la única máquina que faltaba por entrar aquella noche en el depósito era la de Hierro, que hacía el último tren. La intención del fogonero era que cuando Hierro fuera a consultar el cuadro para saber qué servicio le tocaba al día siguiente, se encontrara con su propia caricatura. Y así fue.

Apenas la máquina en que Hierro prestaba servicio entró en el depósito y se acercó al cuadro para saber qué servicio le tocaba,, vio la caricatura. Verla y comenzar a gritar desaforadamente todo fue uno, y como era ya cerca de medianoche, los gritos repercutían en el silencio que reinaba.

El jefe, don Macrino, vivía en un edificio de la Compañía contiguo al depósito. Y a Hierro no se le ocurrió nada mejor que ir a despertar al jefe y hacerle bajar para que viera el lugar donde la caricatura había sido puesta, porque para Hierro lo malo no era que le ridiculizasen a él, sino que ridiculizaran al jefe del movimiento, ya que el poner la caricatura al lado del cuadro de servicio lo consideraba como a falta de respeto y de disciplina contra el superior jerárquico.

Se levantó don Macrino y bajó al depósito. Hierro, a gritos, decía que aquello era intolerable, pues se faltaba descaradamente el respeto al jefe del movimiento. Este calló, hizo retirar la caricatura y dijo que averiguaría quién lo había hecho y le impondría el castigo merecido.

Poco días después, un domingo por la tarde que a mí me tocaba de servicio en el depósito, al regresar de paseo para ir a cenar me llamó aparte don Macrino, y estando solos me preguntó si sabía quién había puesto la caricatura al lado del cuadro de servicio y en qué máquina había sido llevada al depósito. Contesté que lo ignoraba, y dije que sin los gritos dados por Hierro la noche aquella yo no me hubiera enterado quizá hasta más tarde.

Insistió, dudando de que yo le dijera la verdad. Repetí mi negativa, y medio convencido, o quizá fingiéndolo, añadió: «Te creo; pero como me interesa saber quién lo ha hecho para imponerle un correctivo, procura averiguarlo y decírmelo. Nadie se enterará. Tú me lo dices y no tengas ningún cuidado.» Le contesté que bueno, que ya vería, y que le avisaría cuando lo supiese.

Pasaron días y días. Y otro domingo, que también estaba yo de servicio, me preguntó el jefe si había averiguado lo que me encargó. Contesté que no. Repitió sus palabras y me hizo ofertas si lo averiguaba. Insistió, hasta que terminé por decirle que era inútil que insistiera, que ni lo había averiguado ni lo averiguaría, pues lo que él deseaba era que me convirtiera en soplón de un compañero de trabajo, y esto yo no lo haría jamás.

Un tanto sorprendido de mis palabras trató de suavizar las suyas; pero ante mi actitud resuelta a no servirle se despidió diciéndome que me pesaría. Y, efectivamente, sin decir que haya tenido que arrepentirme de lo que hice, sí puedo afirmar que a causa de no querer denunciar al autor del hecho se modificó en absoluto el curso de mi vida.

Como he dicho ya, yo era el número 1 del escalafón de los limpiadores de máquinas para ocupar la primera plaza efectiva de fogonero que hubiese. Prodújose una, y con el asombro mío y el de todos se la dio al individuo que ocupaba el número 3 del escalafón. Me quejé a don Macrino. Una mañana fui a su despacho a quejarme de lo que consideraba injusta postergación. Me recibió secamente, y reconociendo en parte que yo tenía razón, dijo que subsanaría lo sucedido a la primera ocasión que se presentase. Salí un tanto esperanzado. Pocos días después me convencí que el mal no tenía remedio, pues en vez de corregir el daño lo agravó, quitándome del servicio de máquinas y poniéndome de fogonero-maquinista en la caldera fija que movía

los tornos, cepillos y demás máquinas de los talleres. Ciertamente ganaría más jornal: once reales diarios; pero mi ilusión de llegar a maquinista se desvanecía por completo. A partir de aquel momento el incentivo que llevaba en mí y que me había hecho amar la máquina me puso en franca rebeldía contra el causante de mi malestar, y no desaprovechaba la ocasión para manifestarlo, cumpliendo medianamente con mi deber.

Además me había aficionado al teatro. Y como el jornal no me permitía asistir a las funciones con la asiduidad que yo deseaba, obtuve una plaza de ayudante en la guardarropía del teatro Arriaga, lo que me permitía asistir a todas las funciones, ganar cuarenta céntimos cada noche y familiarizarme con un mundo distinto del que hasta entonces había vivido.

Por fin sucedió lo inevitable. Frecuentemente yo descuidaba la limpieza de la máquina que tenía a mi cargo, algunas veces hasta el mantener la presión debida para el funcionamiento regular. Y un día que la caldera estaba sucia y la máquina también, don Macrino entró en el departamento donde aquella estaba instalada y recriminó duramente mi proceder. Le contesté con cierta altivez, que a mí mismo me censuré más tarde, no por las consecuencias que tuvo, sino por su edad, y porque en realidad de verdad, la culpa era mía en aquel caso concreto.

El resultado es de prever. Al decirme que si no estaba contento podía determinar lo que quisiese, sin más explicaciones cogí la chaqueta y abandoné el trabajo, marchándome inmediatamente.

Vagué unos días sin encontrar colocación; pero por fin la hallé en una fundición que había cerca de los aceros de Deusto. Salí de la fundición porque la cerraron por suspensión de pagos.

Trabajé después una temporada en Basurto, en las obras del nuevo Hospital que entonces se construía, y de peón de albañil en varias obras.

Me quedé nuevamente sin empleo, y pasé más de dos meses sin encontrar nada. Durante este tiempo no quedó obra, taller ni lugar donde pudiera emplearme al que yo no acudiera; pero todo era inútil.

Como no tenía para pagar el hospedaje me marché de casa de la patrona. Y muchas noches del mes de enero, mojado y hambriento, iba a dormir al muelle de Ripa, a los vagones de tercera del ferrocarril de Bilbao a Portugalete. Y también muchos días los pasé sin comer.

Cansado de correr fábricas, talleres, obras y todas partes donde pudiera encontrar trabajo, sin lograrlo, me propuse no solicitarlo más, esperando que alguien viniera a ofrecérmelo. Por mi parte, renunciaba voluntariamente a la mano de doña Leonor, pero era porque ella me daba calabazas constantemente.

Días venturosos aquellos por las ilusiones de mi juventud; pero días amargos, duros, crueles, terriblemente desmoralizadores para quien como yo ignoraba cada mañana dónde encontrar un trozo de pan que llevar a la boca a los dieciocho años de edad.

Por aquellos tiempos, con otros jóvenes, constituimos el grupo artístico «Lope de Vega», que llegó a obtener contratos en teatrillos de pueblos colindantes a Bilbao.

Hambriento, medio desnudo, descalzo, pues las botas que llevaba puestas apenas si tenían suela, iba a la ventura un día y otro por las calles de la capital vizcaína, hasta que me dijeron un día si estaba dispuesto a ir a trabajar de ayudante de calderero a una fábrica de productos tártricos que se montaba en Rentería (Guipúzcoa), cerca ya de la frontera de Francia. Los oficiales caldereros eran casi todos alemanes, enviados por la casa alemana que montaba las calderas. Pero una parte de caldereros y los ayudantes los contrataron en Bilbao. Yo no había trabajado nunca en calderería, pero por necesidad, y como era sólo para un mes, decidí aceptar. Lo peliagudo era que nos habíamos de pagar el viaje, y no teníamos dinero, pues conmigo venía otro de los del grupo teatral de que formaba parte. Reunido el grupo, como tenía algunas pesetas de lo que cotizaban los que tenían trabajo y de lo ganado en dos o tres funciones dadas, nos adelantaron el dinero para el viaje, a condición, naturalmente, de reintegrarlo al regreso.

Marchamos a Rentería, nos pusimos a trabajar, y antes de las doce del mediodía del primero en que comenzamos yo ya tenía las manos

ensangrentadas del mallo de remachar, lo que me producía intensos dolores. Sin embargo, resistí. No así mi compañero, que al quinto o sexto día se marchó. Yo trabajé el mes entero, y regresé a Bilbao con unas pesetas, que me permitieron comprar ropa.

De regreso busqué trabajo y lo encontré. Fui a trabajar de peón a una obra que se construía en Albia (barrio de Bilbao), cerca de donde estaba la Casa de Correos.

III. MI PRIMERA VISITA A LA CÁRCEL

De aquí pasé a trabajar como embalador a un almacén de cristales que había en la calle de la Esperanza, propiedad de un señor llamado Tejeiro.

A su tiempo explicaré cómo me inicié en las cuestiones sociales. Pero por ahora baste decir que trabajando en el almacén del señor Tejeiro fui detenido por primera vez, y por primera vez también conducido ante un juez. La detención fue en Sestao, al dar una conferencia defendiendo la jornada de ocho horas. No he recordado nunca lo que en la conferencia dije, pero sí que al retirarme a dormir los serenos me detuvieron, me llevaron a uno de los calabozos de la cárcel de Sestao y me dieron una paliza brutal, hasta hacerme sangrar por la cabeza y producirme cardenales en todo el cuerpo.

Cinco días me tuvieron encerrado en aquellos calabozos. Situados en los bajos de la Casa-Ayuntamiento, construida ésta en una estribación de pendiente muy pronunciada, los calabozos formaban como unas galerías bajo tierra. Húmedos y oscuros, resultaban muy a propósito para el trato que generalmente se daba entonces a los presos que entraban en ellos.

Como no había cama, dolorido como estaba de los palos recibidos, hube de pasar las cinco noches durmiendo sobre una tarima de madera, sin ropas ni nada para abrigarme, aunque nos hallásemos en el mes de marzo.

Todo aquello era para mí. Nunca había estado ni siquiera en la comisaría. No podía explicarme lo que me pasaba. No estaba abatido; más bien estaba perplejo. «¿Qué pasará?», pensaba yo... Sin embargo, un rayo de luz, una esperanza, una alegría inmensa se hizo en mí cuando abrieron mi calabozo y me dieron una cesta con una comida que alguien había llevado. ¿Quién había sido el alma caritativa que se acordaba del preso y le traía de comer, despertándole a la realidad, puesto que ensimismado en sus reflexiones no había pensado que había de alimentarse?

Además, ¿qué hora era? No lo sabía. Había perdido la noción del tiempo.

Me puse a comer con apetito, pues el olorcillo del modesto cocido despertó en el muchacho el instinto de conservación. Comía olvidándome de los palos de la noche anterior. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al meter la cuchara en el puchero por tercera o cuarta vez saqué una caja de betún muy bien cerrada y limpia, como nueva. Dejé de comer, y después de percatarme que no estaba el alguacil que hacía de vigilante, la abrí con profunda y temblorosa emoción.

Abierta, encontré un papel escrito a lápiz diciendo que no me asustara, que aquello no sería nada y que no me faltaría la comida mientras estuviese preso. Leí aquel trozo de papel borrosamente escrito varias veces. Por él me enteraba que estaba en el mundo. Y que no estaba solo. De repente me entraron ganas de cantar, de saltar, de gritar, de llamar estúpidos a los que me habían encerrado; pero el temor a nuevos golpes y el dolor por los recibidos me hizo ser prudente.

A los seis días, con otros detenidos, salimos en conducción, a pie, para la cárcel de Valmaseda. Era un día del mes de marzo. Había nevado. Todo el camino, hasta Valmaseda mismo, estaba cubierto de nieve. Llegamos a la cárcel caída la tarde, cerca de las seis. Pies y ropa mojados. Otros presos sociales que había nos dieron lo pertinente para mudarnos de ropa.

En la cárcel de Valmaseda estuve tres meses sujeto a sumario; pero aún hoy no sé de qué se me acusaba. Pasado ese tiempo fui conducido a Bilbao para declarar como testigo en un juicio por delito de imprenta seguido contra un camarada.

Encerrado en la cárcel de Larriñaga, pasé en ella unos ocho días, sometido a régimen especial y encerrado en una de las celdas destinadas a los locos, esperando ser llamado para declarar en el juicio.

Dirigía aquella cárcel don José Cabellud, hombre cruel, de instintos perversos, preocupado siempre en molestar a los presos que la justicia ponía bajo su custodia.

Terminada la declaración en el juicio se ordenó mi libertad, que recobré una vez de vuelta a la cárcel de prestar declaración.

Ya en libertad me encontré sin trabajo. Vagué nuevamente una temporada buscándolo, y por fin lo encontré en las obras que se hacían para montar una fábrica de espejos por cuenta de los señores Murguía y Sánchez Díaz, en la calle Vista-Alegre, cerca de la Plaza de Toros.

Despedido de esta fábrica por reducción de la plantilla de personal, busqué nuevamente ocupación durante algún tiempo, pero inútilmente.

No hallándola, decidí, con dos conocidos más que se hallaban en las mismas condiciones que yo, marcharnos a Santander, donde nos habían dicho que quizá encontraríamos algo. Pero nuestra esperanza salió fallida. No encontramos trabajo, y después de vender cuanto teníamos: un reloj, una guitarra y la poca ropa que llevábamos, decidimos, con el resto de nuestros fondos, unas seis pesetas para cinco personas: tres hombres, una mujer y una niña, pues si bien se separó uno de los que habíamos llegado de Bilbao, se agregó un tal Faíco, cantador de flamenco, con su mujer y su hija, marcharnos de Santander.

La primera población que recibió nuestra visita fue Torrelavega. Pero no íbamos ya en plan de buscar trabajo, sino de artistas. Faíco cantaría tangos y flamenco, y nosotros... haríamos lo demás.

De Torrelavega pasamos a Cabezón de la Sal, de Cabezón de la Sal a Llanes, y de Llanes a Oviedo. En Oviedo, con un individuo de Valladolid que encontramos, amigo de Faíco, formamos una «Murga Gaditana», y como era época de feria nos contrataron para un café que se inauguraba aquellos días. El contrato rezaba: «Si gustábamos la noche del debut, cinco duros diarios, para todos, naturalmente, y quince días de contrata, y si no gustábamos, dos o tres días, y a la calle.» Gustamos. De Oviedo pasamos contratados para tres días a Sama de Langreo, y de Sama de Langreo a Gijón, por quince días también. Pero en Gijón yo ya no trabajé. No me gustaba aquella vida. Y como lo dije repetidas veces a mis compañeros, y su propósito era seguir haciendo aquello, me sustituyeron.

En Gijón fui a parar a una posada llamada de los Manchegos. Me llené de piojos, pero pasó una noche... ¿toledana? No. Interesante por lo demás. Pobres, ciegos, tullidos, mangantes, lisiados, que lo estaban en la calle, pero

que en aquella especie de pandemónium, donde había treinta o cuarenta lugares con apariencia de cama, corrían como gamos. El espectáculo que presencié hizo que no me diera cuenta de lo que picaban aquellos repugnantes animalitos. Salí por dos razones: por no alimentar a mis enemigos y por no gastar dos reales del caudal de fondos que poseía.

¿Qué hacer en Gijón, donde a nadie conocía y sin dinero? Decidí regresar a Bilbao, aunque no sabía cómo. Paseando por el muelle, vi un barco que me dijeron cargaba mercancía para la capital vizcaína. La primera intención fue colarme de extranjis y esperar los acontecimientos. Después lo pensé mejor. Lo solicitaría del capitán. Hablé con un marinero, le expuse mi deseo, y me contestó que el capitán era un buen hombre y quizá me embarcaría. «Pero — me dijo— ahora no está en el barco. Saldremos mañana por la noche. Venga esta tarde o mañana después de comer.» Pero mientras hablaba con el marinero se me ocurrió una idea: explotar el sentimiento femenino. Ir a casa del capitán, que vivía en Gijón. Pedírselo ante su mujer, y si él ponía inconvenientes, ella seguramente me ayudaría. Así fue. Y lo conseguí. Pero el «Velázquez», que este era el nombre del barco, no iba directamente a Bilbao. Iba a Santander, de Santander a Pasajes y de Pasajes a Bilbao. Acepté lo mismo. El caso era salir de Gijón.

A Pasajes llegamos al segundo día por la mañana, pues el primero lo pasamos en Santander. Desembarqué en espera de la noche. Pero hablando con un individuo en el muelle de Pasajes decidí cambiar de rumbo. En vez de ir a Bilbao me iría a Burdeos. Regresé a bordo antes de mediodía, hablé al capitán para darle las gracias y decirle que había decidido quedarme en Pasajes. No le dije que quería ir a Francia.

Correspondió a mi atención diciendo que nada debía agradecerle, pues lo hecho carecía de importancia, y que hiciese lo que me pareciese mejor. No obstante, si antes de salir el barco cambiaba de opinión y quería seguir a Bilbao podía hacerlo sin preocupación. Repetí mi agradecimiento y me despedí. Poco después tomaba el tren para Irún. A las cinco de la tarde, aproximadamente, pasaba la frontera a pie por Behovia. Toda la ropa que tenía la llevaba puesta encima para no llevar bultos en la mano. Y a las diez de la noche, cambiado el dinero español por francés y tomado un billete de andén

y contado mi capital: ¡un franco y sesenta céntimos!, tomé el tren para Burdeos. ¡Era la primera vez que viajaba sin billete!

Ya en Burdeos, al día siguiente por la mañana entré a desayunar en una lechería. Un café con leche y un panecillo, pagué. Y con el resto, unos céntimos, comencé a recorrer la población. ¿Adonde iba? ¡Ni yo mismo lo sabía! ¿Qué quería? Trabajo. ¿Cómo buscarlo ni cómo orientarme entre gente que no me entendía ni yo a ella? Me fui hacia el muelle a pasear.

A media tarde, y mientras paseaba por la orilla del río, vi venir en dirección opuesta a la que yo llevaba un grupo de tres individuos que me pareció conocerlo. Y así fue. Y después de saludarnos me confesaron que hacía tres días que no comían apenas y que no encontraban trabajo. Y que si yo... Les mostré mi capital. Compramos unos panecillos, un poco de queso, ¡y tan poco!, y a pasear.

Decidimos marchar a Cardiff. Pero el barco inglés en el que queríamos colarnos de polisson desamarró antes de que llegáramos. Entonces les propuse marchar a París. Aceptaron, y a la mañana siguiente amanecíamos en el Quai d'Orsay, en la estación que lleva ese nombre. Detenidos otro y yo de los cuatro que íbamos, fuimos a parar a la Santé (cárcel de París), acusados de viajar sin billete y de vagabundaje.

Cumplida la condena que nos impuso el Tribunal de París y la que me impuso más tarde el Tribunal de Bayona por infracción al decreto de expulsión, recalé en San Sebastián, adonde llegué con apenas unas pesetas, seis o siete, en diciembre de 1906. En pleno invierno.

Inquirí acerca de si encontraría trabajo. La contestación fue negativa. ¡Trabajo en San Sebastián y en aquel tiempo! ¡Un sueño!

Supe, sin embargo, que en una fábrica de espejos que había en el barrio del Antiguo se hacían obras de ampliación, y decidí tentar fortuna. La fábrica era, según me informaron, de unos señores franceses. Me presenté en el despacho al día siguiente de mi llegada, a las dos de la tarde.

Pregunté por el dueño y dije lo que quería. Contestáronme que el dueño no estaba, que estaba la dueña, y que cuando bajara al despacho, que no

tardaría, podía hablar con ella, pues era igual, ya que era ella la que se ocupaba de lo referente a la fábrica. Acepté y me fui a dar un paseo esperando la hora que me habían indicado.

A las dos y media volví de nuevo. Presentado a la señora, siempre recordaré la mirada de curiosidad, mezclada de asombro, con que me contempló desde los pies a la cabeza antes de dirigirme la palabra. Terminada la observación, preguntóme de nuevo. Debió parecerle exagerada mi pretensión. Pero reflexionó, sin duda, y tras unos segundos de silencio, que empleó en anotar alguna cosa en los libros, sobre los que estaba inclinada al entrar yo, volvió la vista hacia mí y comenzó a interrogarme. ¡Y con qué meticulosidad lo hizo! Pero con qué delicadeza también.

Lo primero que me preguntó era dónde había trabajado y si sabía biselar o pulir. Contesté que sabía un poco de todo. Y después de una hora larga de charla entre los dos salí del despacho para entrar de operario a la mañana siguiente en la fábrica. Ya en la calle, no cabía en mí de gozo. ¡Tenía trabajo! ¿Iba a terminar la serie de miserias que venía pasando hacía cerca de un año?

Sólo unos meses trabajé en la fábrica de los señores Dougier. Me avisaron de Bilbao que se me buscaba por el proceso que tenía pendiente por la conferencia dada en Sestao, y que la policía tenía orden de detenerme. Volví a Francia, pero esta vez con nombre supuesto. Ya no era Ángel Pestaña: era Ismael Nadal, de Alcoy, provincia de Alicante.

Trabajé en Burdeos como terrassier. Era una labor pesada. Pero no me asustaba hacerla, a pesar del asombro, mezclado de lástima, con que los franceses contemplaban al muchacho barbilampiño, delgado y alto, de blanca tez y rostro aniñado que era yo en aquellos tiempos. Y además que no bebía vino, sino agua; que no tomaba absenta, sino el licor que manaba de las fuentes. Era un caso de verdadera herejía profesional. El terrassier bordelés en aquellos tiempos para hacer honor a la clase y respetar los ritos de la secta debía llevar al trabajo en la mochila su vasija con un par de litros de vino cuando menos, y la sana intención de llenarla un par de veces durante el día si era menester. Una, por lo menos, era obligada. Y al terminar la jornada por la noche, il fallait boire l'absente pour bien finir la journée. El asombro de

aquellos buenos franceses, simpáticos compañeros de trabajo, no tenía límites. Como su bondad, tampoco. Pues el primer día que me presenté en el tajo, al verme vestido con un trajecillo de lanilla y un pequeño bulto envuelto en papel donde llevaba mi merienda, pasado el instante de regocijo que suele producir, contraste singularísimo del carácter humano, las desgracias ajenas, creídos que si no llevaba vino y más comida era por falta de dinero para comprarlo, cuando vieron mi buena voluntad para el trabajo rivalizaron todos, los diez o doce del grupo más cercano, ofreciéndome lo que tenían. Todo lo ponían a mi disposición. Oferta que, como es de suponer, aunque no acepté, agradecí vivamente.

Duró poco el trabajo. Un mes escaso. Terminado, quedéme de nuevo sin ocupación.

Cansado de no encontrar colocación en Burdeos, con otros españoles nos dirigimos hacia el mediodía de Francia en busca de trabajo, pues nos habían dicho que quizá lo encontraríamos.

Por otra parte, se acercaban las vendimias, y en el caso de no encontrar otra cosa más segura y de resultados más positivos, ellas nos ofrecerían ocupación unas semanas. Y, al mismo tiempo, unas pesetas a ganar.

Este fue, al fin, nuestro paradero. A vuelta de caminar de un lado para otro, de pueblo en pueblo, viajando sin billete y pasando hambre y semanas enteras sin dormir en cama, haciéndolo en los campos o en los vagones del ferrocarril, llegó el mes de agosto, y con él se inició la campaña de la vendimia.

Terminada ésta, junto con un catalán y un aragonés, nos dedicamos a la venta pública de caramelos. Deshecha la «Sociedad» por incompatibilidad de carácter entre el aragonés y el catalán —éste era el industrial, pues era confitero de oficio—, se marchó, y quedamos el aragonés y yo.

De Montpellier, donde vivíamos, pasamos a Cette, y allí, con el aragonés, que era alpargatero de oficio, pusimos una alpargatería, y yo aprendí a coser suelas de alpargata. Aunque a medias, era el segundo oficio que aprendía. El primero había sido biselador de espejos; el segundo era cosedor de suelas de alpargatas.

Establecimos nuestra «tienda» cerca del muelle, y al par que tienda de venta de alpargatas era centro de contrabando y depósito de vino, que los guardianes del muelle de noche robaban de los bocoyes que tenían bajo su custodia. Era un negocio limpio y sin riesgos. Todo beneficio. No para nosotros, que ni siquiera bebíamos vino, sino para los que lo hacían. Ya que mi compañero y yo lo hacíamos por «amor al arte», por deporte y por ayudar a nuestros compatriotas, pues casi todos los guardianes del muelle del vino eran españoles.

Allí conocí también a la que después había de ser mi compañera de luchas y fatigas.

De Cette pasé a Argel. Como no encontré otra cosa, púseme a trabajar de alpargatero. Pero entre que era otra clase de labor de la que estaba acostumbrado a hacer, y que yo era «corto» en el coser y mediano oficial en la calidad del trabajo, mi situación y la de mi compañera no era nada brillante. Pero como ella me ayudaba en lo que podía, íbamos viviendo alegremente.

Un accidente fortuito hízome cambiar de profesión, y aprendí a relojero. Puse empeño tal en aprender, que al año justo de haber comenzado el aprendizaje ganaba ya cuarenta y cinco francos a la semana, jornal elevado en aquellos tiempos. Comencé ganando diez reales por día. Y al año, como digo, ganaba ya nueve duros semanales.

Durante mi estancia en Argel escribí el primer artículo para un periódico. Se titulaba «El comunismo entre los mormones», y apareció en *Tierra y Libertad*, periódico anarquista que se publicaba en Barcelona. Y en Argel estaba yo cuando ocurrieron en España los sucesos del año 1909. Ellos influyeron mucho para que yo decidiera ir un día a Barcelona.

Un hecho sucedido en España estuvo a punto de costarme la expulsión. También quiero decir que al poco tiempo de estar en Argel adopté mi nombre verdadero, dejando de ser Ismael Nadal, usado hasta entonces. La única diferencia fue que Ángel Pestaña Núñez se llamaba Ángel P. Núñez.

El hecho a que hago referencia más arriba fue el siguiente: había en Argel una Sociedad recreativa española llamada «Amor y Caridad». Esta entidad tenía un orfeón.

Los españoles ricos residentes en Argel propusieron alquilar un local mejor; poner café y un círculo (en realidad, lo que querían era poner una timba), y mejorar la entidad. La mayoría aceptó la oferta. Proponían, además, reformar el reglamento.

Se alquiló un local bastante mejor que el que teníamos; se compraron muebles y se nombró una Comisión para reformar el reglamento. Convocada asamblea para discutir la reforma, vimos, con el asombro que era de suponer, que se creaban socios de dos clases: los que pagaríamos seis reales de cuota y los que pagarían de cinco pesetas en adelante, como mínimo. A cambio de esto, los de cuota de seis reales tendríamos voz en las asambleas, pero no voto; los de cinco pesetas, como es natural, tendrían voz y voto. En una palabra: se convertirían en dueños de la entidad. Porque, además de eso, se hacía constar que, mientras no se amortizase el capital invertido por ellos en muebles y un escenario que habían hecho y otras obras en proyecto, ningún socio de seis reales podía ser de la Junta si ellos no lo aceptaban.

Protesté en la asamblea. Dispuesto a que no se salieran con la suya, comencé a discutir, párrafo a párrafo, cada uno de los artículos del reglamento. A mi lado y compartiendo mi parecer se colocaron otros muchos socios. La mayoría, sin embargo, no se pronunciaba decididamente. No obstante esta inhibición aparente, en casi todos los artículos conseguimos que se aceptaran enmiendas.

Llegó a discusión el artículo en que se trataba de los derechos de los socios y de la categoría de los mismos. De los que formábamos la oposición consumí la mayor parte de turnos correspondientes a los que hablábamos en contra. Era ya la segunda sesión general celebrada en pocos días para la aprobación del reglamento. Terminó ésta sin aprobar el artículo de referencia. Convocóse, pues, una tercera asamblea general. Pero el día anterior a la celebración de esta asamblea ocurrió en España un suceso de máxima trascendencia: el asesinato del presidente del Consejo de Ministros señor Canalejas en la Puerta

del Sol, de Madrid. La Prensa argelina dio la noticia el mismo día que la asamblea estaba convocada.

Antes de comenzar, todos los comentarios giraban alrededor de la muerte del político español. Y los comentarios eran más vivos, dado que la mayoría de los residentes eran alicantinos o de la provincia, donde Canalejas tenía arraigadas y profundas simpatías.

Abierta la sesión, leída el acta por el secretario y aprobada, el presidente, en medio de un silencio sepulcral, se levantó y con palabra velada por la emoción hizo el panegírico del político que acababa de ser asesinado en España, lamentando que nuestro país se viera privado de un hombre de la talla del que acababa de morir. Y terminó solicitando que acordara la asamblea por unanimidad absoluta el envío de un telegrama de duelo por el asesinato de don José Canalejas, y de condena y protesta contra Pardiñas, el asesino.

—Quizá haya en la asamblea —dijo— quien no piense como pensaba el muerto ilustre que una mano criminal acaba de arrebatarse; pero ante la muerte, ante el duelo de España y de la familia de Canalejas, pido a todos que unánimemente votéis la petición que la Junta os hace del envío del telegrama. ¿Se acuerda?

—¡Sí! —contestó la casi totalidad de la asamblea.

Entonces me levanté, pedí la palabra y dije:

—Acepto que la entidad envíe el telegrama cuyo acuerdo acaba de tomarse, que esta entidad se asocie al duelo que ha ocasionado la muerte del señor Canalejas; pero hágase constar mi voto en contra en la parte que dice que se condene el nombre de Pardiñas, autor del atentado.

Un murmullo formidable acogió mis palabras. Costó más de diez minutos calmar los murmullos y poder discutir nuevamente. Hecho el silencio, el presidente me contestó que no se explicaba ni el alcance ni el motivo de mi protesta, y que si mi voto había de constar en acta retiraba la proposición. Repliqué que no había lugar a que la retirara, y que en cuanto a la razón que justificara mi protesta, no era otra que la de respetar lo que mandaba uno de los artículos del reglamento aprobado: que aquella entidad no tenía carácter

político ni religioso, y la proposición de la presidencia, en la primera parte, se ajustaba perfectamente a lo dispuesto en el reglamento; no así en la segunda, donde la pasión política se manifestaba claramente.

Contestó a mis palabras, insistiendo en sus puntos de vista.

Y añadió que al borde de la tumba debían olvidarse pequeñas diferencias. Repliqué que yo las olvidaba, puesto que, en oposición absoluta y fundamental con las ideas del señor Canalejas, no sólo no me oponía a que se enviara el telegrama del duelo al Gobierno español y a la familia del muerto, sino que me parecía bien. Donde yo discrepaba era en la segunda parte. Pues si al borde de la tumba deben olvidarse los agravios y faltas que hayan podido cometerse, ¿por qué no olvidar la falta de Pardiñas y por qué no respetar el dolor de la familia de éste, doblemente trágico, teniendo en cuenta la causa que lo producía? Seamos igualmente compasivos —añadí— para las dos víctimas del error: voluntaria la una, el señor Canalejas; involuntaria la otra, Pardiñas. Dos individuos se manifestaron de acuerdo con mi criterio. La presidencia retiró su proposición.

Y así terminó la asamblea.

IV. DE ARGEL A BARCELONA

La declaración de guerra me cogió todavía en Argel. Sin trabajo a partir del día en que se decretó la movilización y sin esperanza de encontrarlo, decidí marchar a Barcelona. Y en el vapor Jaime I, de la Islaña Marítima, hicimos la travesía. De Argel a Palma de Mallorca, y de Palma a Barcelona, en cuyo puerto desembarqué el martes, día 11 de agosto de 1914, a las siete de la mañana, después de una travesía espléndida y maravillosa.

Lo primero que me preocupó, una vez desembarcado, fue buscar trabajo, pues los gastos de viaje, pasajes y demás absorbieron la casi totalidad del dinero de que disponíamos. Lo encontré al día siguiente, en una relojería de la calle de la Cera.

Y mi segunda preocupación fue ponerme en relación con los camaradas. Mi primera visita fue a la redacción de *Tierra y Libertad*, en la calle Cadena, 39, 1.º, 2ª. Después visité el Centro Obrero, establecido en la calle Poniente, 24. Y la más importante para mí, en el orden personal, de las visitas de aquellos días, para ponerme en relación con mis compañeros de ideas, fue la que hice al viejo luchador Anselmo Lorenzo, en su casa de la calle Casanovas. Fue la única visita que le hice en vida, pues como recibía pocas, dado su precario estado de salud, no quise menudear las mías. Y como poco después, a últimos de noviembre de 1914, fallecía, ya no tuve ocasión de hablarle nuevamente.

La visita fue agradable. Conversamos un buen ratito. Y no se prolongó la conversación por la fatiga que a él le costaba mantener el diálogo.

Me preguntó de dónde venía. Se lo dije, añadiendo por mi parte observaciones recogidas durante mi estancia en Argel. Agradeció mucho que le hubiese visitado y me invitó a perseverar en el estudio y a cooperar en la obra de emancipación del trabajador.

Al poco tiempo me hice socio del Ateneo Sindicalista, establecido en el mismo local que tenían los Sindicatos en la calle Poniente.

Muchos domingos por la tarde, cuando no se daban conferencias, se daban lecturas comentadas o se ponían a discusión temas sobre problemas sociales de actualidad. Por aquellos tiempos surgió nuevamente la discusión eterna del tema, anarquismo y sindicalismo, y una de las tardes en que se discutía este tema, pedí la palabra para intervenir. Lo hice con cierta desenvoltura, lo que produjo la natural curiosidad en los concurrentes habituales a la labor cultural del Ateneo. Pero lo que llamó más la atención fue que me expresase en castellano.

Dos o tres intervenciones más en la tarde del domingo siguiente llamaron más la atención sobre mí. En unos fue curiosidad; en otros prevención. Prevención un tanto desfavorable para mí. Se hizo correr el rumor de que se tuviera cuidado conmigo, pues dado que mi nombre era desconocido en los medios sindicales, no resultase después algún agente al servicio del enemigo. Fundaban sus sospechas los que hicieron correr el rumor que en dos o tres casos parecidos al mío, de individuos con cierta facilidad de palabra y que de repente se habían presentado en la organización, interviniendo en sus deliberaciones y discusiones, y que además eran castellanos, resultaron malos compañeros. Algunos, como en el caso de Antonio Moreno, confidentes.

La prevención desapareció pronto. Aunque no como militante activo, había en Barcelona quien me conocía de mis primeros pasos en la lucha social en Bilbao. Además, mi colaboración personal y desinteresada en el grupo de *Tierra y Libertad*, al que no pertenecía, pero al que ayudaba en el trabajo mecánico de hacer los paquetes de pedidos de libros, contribuyeron a ello.

Poco a poco me fui dando a conocer. Escribí algunos artículos en *Tierra y Libertad*. Firmados unos y sin firmar otros. Alguno también para *Solidaridad Obrera*, semanal. Pero donde tomé parte más activa fue en mítines y conferencias.

No tengo a mano en este instante ningún dato exacto de cuándo, dónde ni en qué fecha tomé parte en el primer acto público, si exceptuamos el señalado ya de mi intervención en las discusiones sobre sindicalismo y anarquismo en el

Ateneo Sindicalista de la calle Poniente. Tengo presente, sin embargo, que en la provincia de Barcelona fue Mataró una de las primeras localidades donde hablé. Después fue Lérida, la capital, en aquella provincia. En la de Tarragona fue también la capital. Y en la de Gerona fue Figueras.

No obstante, donde tomé parte activa fue en Barcelona, capital. Caso singular el mío. Desplegaba esta actividad y hablaba solicitado por los Sindicatos, sin pertenecer a ninguno de ellos, ni a la organización sindical siquiera.

A los tres meses de trabajar en la relojería de la calle de la Cera me puse a trabajar por mi cuenta en mi domicilio particular.

Como organización, yo pertenecía a la Sociedad de Relojeros, domiciliada en la calle de Lancaster, 8. Esta Sociedad no formaba parte de la Federación Local de Sindicatos. Dado su carácter particularísimo, se mantenía alejada de los medios genuinamente obreros.

A últimos del año 1914, el Ateneo Sindicalista del Ferrol lanzó la idea de celebrar en aquella población gallega un Congreso Internacional de la Paz. La organización de Barcelona acogió bien la idea y acordó enviar una delegación numerosa. Los grupos anarquistas, igual. Y *Tierra y Libertad*, a cuyo grupo editor yo ya pertenecía por entonces, dio calor a la iniciativa, poniendo a su servicio las columnas del periódico.

Para que la representación de los obreros catalanes a dicho Congreso fuese nutrida, dándole la mayor importancia y relieve, inicióse, por acuerdo de reunión de Juntas y delegados a la Federación Local, una campaña de mítines y conferencias explicando el alcance del Congreso, lo que es la guerra y lo que nos proponíamos realizar. Tomé parte activa en aquellos actos. Di varias conferencias y hablé en la mayoría de mítines.

Reunida la organización para designar delegados, se me nombró por abrumadora mayoría de votos de las delegaciones de Sindicatos presentes. El nombramiento me sorprendió, pues no esperaba ser designado. No quiero decir que no me halagase la idea de serlo, no; digo que no esperaba serlo, pues lógicamente razonado, había compañeros de mucho más prestigio que yo y sobre ellos debía recaer el nombramiento.

Fui al Ferrol, y con las demás delegaciones, y no celebramos el Congreso, pues el Gobierno Dato lo suspendió, acordamos reorganizar la Confederación Nacional del Trabajo, que desde 1911 estaba desorganizada.

Lo chusco de todo esto, sin embargo, era que la mayoría de los que en Barcelona hacíamos propaganda contra la guerra, y algunos de los que fuimos como delegados al Congreso de la Paz, del Ferrol, trabajábamos para la guerra. Y no en nuestro oficio, sino en oficio circunstancial, aprendido para aquella eventualidad. Y nos enseñaba uno de los más fieros puritanos del anarquismo barcelonés. Este era nuestro maestro en el nuevo oficio. Y él, que trabajaba en un taller, por la noche hacía horas extraordinarias trabajando en pertrechos de guerra. A poco que se mire, se verá lo difícil que es compaginar la intransigencia anarquista con la prestación de servicios para la guerra y, además, hacerlo a horas extraordinarias, no obligado por la necesidad de vivir. Son las contradicciones en que frecuentemente caemos los hombres.

De regreso del Congreso de la Paz, fui requerido por José Roca, alma en aquella época del Sindicato de Cilindrades y Aprestadores y demás acabados en piezas para tomar parte en una serie de mítines que querían celebrar con el fin de reorganizar nuevamente «La Constancia», el Sindicato profesional de tejedoras y tejedores, desorganizado a raíz de la huelga que sostuvieron en el año 1913. Acepté la invitación. Y en unos ocho días hicimos nueve o diez actos. Hubo días de hacer dos. Y en alguno, como el organizado en una fraternidad republicana de la carretera de Mataró, comenzó el acto sin que hubiera en el local ni una sola persona, si exceptuamos a los organizadores y a tres o cuatro compañeros tintoreros y aprestadores que nos acompañaban. Espectadores, repito, no había ni uno. Las mujeres de las fábricas contiguas llegaban, se acercaban a la puerta y la mayoría se marchaban. Sólo alguna, más atrevida o más curiosa que sus compañeras, se paraba y contemplaba el espectáculo, no exento de cierta curiosidad, un tanto cómica, sin embargo.

Nos animó a proseguir ver paradas en la puerta unas cuantas personas.

Habló el primer orador, y al terminar su discurso había ya en la sala una treintena de oyentes. Este éxito nos animó. Habló el segundo, y a medida que hablaba, las mujeres y hombres del arte textil, primero observaban con

curiosidad; luego, unos se marchaban definitivamente y otros entraban. En resumen, que al hablar yo, último de los oradores anunciados, la sala estaba a mitad llena. No exagero si digo que había unas doscientas personas en el local. Era un triunfo, un verdadero récord. Así lo reconocía Roca cuando terminamos. Y salimos del local riendo nuestro propio desparpajo, ya que, a decir verdad, todos creíamos que el mitin habría de suspenderse por falta de gente a la mitad del discurso del primer orador que hablase.

Este, como toda la serie de aquellos mítines, se daban a las seis de la tarde, con el propósito de que vinieran a ellos las mujeres antes de irse a casa y, sobre todo, para ver si se conseguía que se organizaran éstas, intento diversas veces fracasado en poco tiempo. El resultado no pudo ser más halagüeño, pues al poco tiempo, un año escaso, contaba ya «La Constancia» con seis o siete mil trabajadoras asociadas.

Por aquel tiempo ocurrieron los sucesos de Cenicero (Logroño), donde los huelguistas atacaron a la guardia civil. *Tierra y Libertad* hizo una intensa campaña en defensa de aquellos trabajadores, a quienes se quería condenar por agresión a la fuerza armada.

Por encargo de Tomás Herreros, administrador y director de *Tierra y Libertad*, escribí un artículo ocupándome de aquellos sucesos, artículo que fue denunciado. La ley de Jurisdicciones me cogió entre sus garras. Realmente caí por ingenuidad y buena fe.

Procesado por dicho artículo, me presentaba ante el juez los días que se me había indicado. Inesperadamente, el juez dio orden de detención contra mí, presentándose, para hacerla efectiva, una pareja de la guardia civil en mi casa.

No me encontraron. Y, prevenido ya, tomé la resolución de que no me cogieran. Marché a Francia, y en Perpiñán, al día siguiente de mi llegada, fui detenido por infracción al decreto de expulsión de 1906, y condenado a un mes de cárcel.

Cumplida la condena, fui puesto en libertad. Aconsejado por algunos amigos y por un español residente muchos años en la capital rosellonesa, y que me prometió trabajos en su casa, hice gestiones para no ser expulsado a España y

poder residir en aquella población. Obtuve del prefecto el permiso correspondiente, a resultas, no obstante, de lo que decidiera el ministro del Interior, a quien envié una solicitud en dicho sentido.

Me puse a trabajar, y se me dieron tantas seguridades de que la respuesta del ministro sería favorable, que, sin esperar ésta, hice que mi familia se trasladara a Perpiñán. Apenas hacía un mes que había llegado, cuando se recibió la contestación del ministro del Interior denegando mi demanda y concediéndome un plazo de cuarenta y ocho horas para abandonar el territorio francés. Rápidamente comprendí la intención. El propósito del Gobierno francés era entregarme indirectamente a las autoridades españolas, pues en cuarenta y ocho horas no tenía tiempo material de llegar a ninguna otra frontera. Además, se me designó incluso el tren por el que había de salir de Perpiñán. Era el que se dirigía a la frontera española.

Pasado el disgusto y el mal humor del primer momento, pensé al instante cómo me libraría de la detención que me esperaba apenas pisase territorio español. Embalados los muebles y empaquetado todo lo demás en el curso del primer día, en vez de tomar el tren que se me señalaba, tomé otro que salía unas horas antes, burlando por este procedimiento a la policía española, que por confesión del mismo juez más tarde, al presentarme para acogerme a la amnistía, me esperaba en la frontera.

Ya en Barcelona, hube de esconderme. Permanecí oculto unos meses en casa de un camarada llamado Ramón Franquet, que vivía en la calle del Conde del Asalto, 162, bajos. Una amnistía concedida por aquel tiempo me permitió reanudar mi vida de actividad sindical.

A principios de 1916, los Sindicatos de metalúrgicos y albañiles y peones acordaron la huelga general en los respectivos oficios. Y comprendiendo la importancia que tales conflictos tenían y de hacer, además, una prueba, se discutió si no sería propicio el momento para intentar la publicación diaria de un suplemento de *Solidaridad Obrera*, semanal. Aceptada la propuesta por la organización, fui designado como redactor de dicha hoja suplementaria. En cumplimiento del cargo que se me había otorgado, asistí al mitin de

declaración de huelga que celebró el Sindicato de Albañiles y Peones en la Casa del Pueblo radical, de la calle de Aragón.

Terminada de redactar la reseña del acto, que debía aparecer en el primer número del día siguiente, lunes, me retiré a descansar, y aquella misma noche, de madrugada, de dos a tres de la mañana, fui detenido por la policía, hallándome, al llegar al Palacio de Justicia, con diez detenidos más por la misma causa.

Lo chocante de esta detención fue que se me procesó por haber contribuido a declarar la huelga, cosa incomprensible en absoluto; pues aparte de que yo no pertenecía a ninguno de los Sindicatos que declaraban la huelga general, no había tomado parte en el mitin ni escrito una línea que tuviese relación con las reclamaciones que hacían. Sin embargo, estuve preso y procesado, por excitación a no sé qué, tres meses, al cabo de los cuales fui puesto en libertad.

Salí de la cárcel un domingo de últimos del mes de marzo, a las doce del mediodía, y a las cuatro de la tarde tomaba parte en un mitin organizado por el Ateneo Racionalista de la calle de Vallespir (Sans).

Durante los tres meses que duró mi encierro, la organización había acordado que desde 1.º de marzo *Solidaridad Obrera* se convirtiese en diario, y en la propuesta de cargos para el diario fui nombrado administrador.

Ya en libertad, se me invitó a tomar posesión del cargo. Pero al hacerlo, los demás camaradas dijeron que, puesto que el jornal era el mismo, y como Godayol, el que hacía de administrador, lo tenía ya «por la mano», si a mí me era igual, podía hacer el cierre en la imprenta y él seguiría de administrador.

Como no me ha cegado nunca la «altura» de los cargos que se me han otorgado, me avine de buena gana a lo que se me proponía, pues dijeron, y yo así lo creí, que todo se hacía en beneficio de la obra que nos era común. Acepté el «cierre» y me puse a trabajar con entusiasmo por el periódico y por todo lo demás.

Sin embargo, confieso hoy que mi buena fe de entonces perjudicó enormemente a la organización sindical. Yo iba de buena fe; pero los demás, no. Y si lo iban entonces, no lo fueron más tarde. Pues de haber ocupado yo el

cargo para que fui nombrado, los chanchullos y combinaciones que más tarde se tuvieron con elementos del espionaje alemán en Barcelona no habrían existido. Me hubiese opuesto a ello decididamente. ¿Pero quién pensaba entonces que tales cosas pudiesen llegar a producirse? Nadie. Si se nos hubiera dicho, nos reiríamos en las barbas del que a tanto se atreviese.

Este es un caso en el que se demuestra que la buena fe sola no basta, que hace falta algo más. Pero ese algo más yo no lo tenía entonces y quizá tampoco lo tenga ahora.

Además del periódico, desarrollaba mis actividades en la propaganda en general, empleando en ella el tiempo que me dejaba libre el periódico.

V. LA C. N. T., LA U. G. T. Y OTROS EPISODIOS

Pero la situación de la clase trabajadora empeoraba de día en día. La crisis se agudizaba por momentos y no se le veía solución, pues ni los gobernantes ni la burguesía se preocupaban de remediarla. Esto dio lugar a que se pusieran de acuerdo la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, cuya primera manifestación de acuerdo fue el movimiento de diciembre de 1916. La huelga general de veinticuatro horas más unánime que se ha hecho en nuestro país. Después de esta huelga, en marzo de 1917, con el camarada Salvador Seguí, de Barcelona, y Ángel Lacort, de Zaragoza, formé parte de la delegación que en nombre de la C. N. T. fue a Madrid a tratar con la U. G. T. para realizar un movimiento de más alcance que el de diciembre pasado, visto que el Gobierno no hizo nada a pesar del aviso recibido.

Por primera vez entré en contacto con los elementos de la U. G. T. En las reuniones habidas tratamos largamente la cuestión que motivaba el acercamiento de las dos centrales sindicales, reconociendo todos que no podía tolerarse la inhibición suicida que el Gobierno observaba frente a la situación angustiosa que atravesaba la clase trabajadora.

Producto de esta coincidencia de opiniones fue la celebración de un mitin público en la Casa del Pueblo de Madrid, en el que tomé parte, y la publicación de un manifiesto firmado por los representantes de las organizaciones que habíamos concurrido a Madrid.

El acto público y el manifiesto, declaración de guerra al Gobierno por su inhibición en atender las demandas que el proletariado formuló en la pasada huelga general de veinticuatro horas, asustó a los poderes públicos y dio orden de detención contra nosotros. A Seguí, Lacort y a mí nos detuvieron en Zaragoza, cuando regresábamos a Barcelona, y nos condujeron nuevamente a Madrid.

Puestos a disposición del juez que entendía en el sumario incoado por excitación, creo que a la rebelión y no sé cuántas cosas más, desde el Palacio de las Salesas fuimos conducidos a la cárcel de la Moncloa. Lacort y Seguí iban atados juntos. Y a mí me ataron, si no me es infiel la memoria, pues las notas que tenía de este período me fueron arrebatadas por la policía en un registro, con Manuel Cordero, delegado de la Unión General de Trabajadores en la reunión que acabábamos de celebrar y firmante del manifiesto publicado.

La detención provocó una reacción pública en favor nuestro, que asustó al Gobierno, por lo que terminó pronto la detención. Unos días apenas.

Puestos en libertad, no teníamos dinero para el regreso. Y hube de pedir a Mauro Bajatierra unas pesetas prestadas para completar lo que nos faltaba para el pago del billete. Los delegados de la C. N. T. viajábamos entonces con tanta economía, que, a veces (ésta fue una de tantas), satisfecho el importe del billete de regreso a Barcelona, el dinero que nos quedaba era insuficiente para los gastos de la comida.

De regreso a Barcelona, después de los incidentes de la detención, dimos cuenta de nuestro cometido. Aceptada y aprobada la gestión por los Sindicatos, pusiéronse las Juntas y los militantes a trabajar con ardor en la preparación del movimiento, que, según lo convenido, debía adquirir carácter revolucionario, puesto que era una huelga general indefinida.

Se volcaron las cajas de los fondos de los Sindicatos, entregando hasta el último céntimo para comprar pistolas y fabricar bombas. Una fiebre de actividad invadió nuestros medios confederales.

Pero los socialistas y la U. G. T. no caminaban tan de prisa; su ritmo era más lento que el nuestro. Este desequilibrio nos creó situaciones verdaderamente difíciles. Pues los elementos de la C. N. T., tanto los de Cataluña como los de toda España, acosaban constantemente a los Comités invitándoles a precipitar los acontecimientos.

En dos ocasiones distintas, la U. G. T. hubo de enviarnos delegaciones directas para evitar el rompimiento de nuestras relaciones.

Una de estas delegaciones la desempeñó el señor Largo Caballero. Y creo que no habrá pasado en su vida ningún mal rato como aquél.

Aprovechando su venida, convocamos una reunión clandestina en la montaña de Las Planas, alrededores de Barcelona. La serie de precauciones que hubo que tomar y esa especie de misterio que forzosamente rodea la convocatoria de reuniones de esa naturaleza, por un lado, y por otro, la desenvoltura con que procedíamos, impresionó vivamente al secretario de la Unión General de Trabajadores.

Reunidos ya en plena montaña, algunos delegados de los nuestros cometieron la imprudencia, inconscientemente, claro está, de sacar sus pistolas y decir incluso que si venía la policía o la guardia civil, los recibirían dignamente. Añádase a esto que la mayoría de delegados atacaron duramente al delegado de la U. G. T., en el fondo quizá un poco injustamente, pues nuestros camaradas no se daban cuenta que en los medios socialistas y ugetistas se obraba diferentemente a como se obraba en los medios anarquistas y sindicalistas.

Largo Caballero rechazó los cargos que le hacían. Defendió dignamente su posición. Pero en su rostro se notaba el terror que todo aquello le producía, sobre todo en momentos álgidos de la discusión. ¿Llegó quizá a pasar por su mente la idea de una agresión personal contra él? Nada hubiera tenido de extraño que lo pensase si juzgaba por las apariencias, si tenía en cuenta la pasión y viveza que se ponía en la discusión. Pero era sólo en estas apariencias donde podía fundamentar sus temores. Hoy, como entonces, puedo asegurar a Largo Caballero que su persona para todos era sagrada en aquel momento, que nadie, salvo con la palabra, hubiese intentado nada contra él. Más aún: si, por desgracia para nosotros, hubiese venido la policía, por defenderlo a él alguien hubiese dado su vida aquel día. Era para todos nosotros una cuestión de dignidad que nada le pasase, ni aun la detención. Por este temor fueron tantas y tan minuciosas las precauciones tomadas.

Pero cuando se hizo más visible en él la inquietud que le dominaba fue cuando, terminada la reunión, se acordó regresar a Barcelona a campo traviesa, por entre pinos y zarzales, donde escasean los caminos y senderos.

Seguí y yo, dándonos cuenta del estado de ánimo de Largo Caballero, y al mismo tiempo por suavizar en la conversación particular algunas durezas de lenguaje usadas hacia él en el curso de la discusión, y también por ser nosotros quienes más le conocíamos y los que le habíamos acompañado a la reunión, nos acercamos a él y le invitamos a marchar juntos.

Cruzamos a pie toda la parte trasera de la montaña de Las Planas que conduce a Vallvidriera, y después descendimos por los atajos hasta el límite de la carretera que conduce a la montaña, que es donde tiene su parada final el tranvía de Sarriá.

Pero antes de llegar aquí indicamos a Largo Caballero que sería conveniente separarnos, pues nosotros éramos más conocidos que él de la policía barcelonesa, y si tenía sospechas de la reunión celebrada, y estaba al acecho, o bien en simple servicio de vigilancia, él podría librarse de ser detenido con nosotros.

Nos despedimos con un ligero apretón de manos y rápidamente se alejó en la dirección indicada. Y debió respirar tranquilamente cuando, ya en el tranvía, quedaba atrás la pesadilla de aquellas horas de discusión tumultuosa y agitada.

Más tarde, la convocatoria de la Asamblea de Parlamentarios dio lugar a que nos relacionásemos con Pablo Iglesias, de cuya entrevista guardo imborrable recuerdo.

En su calidad de presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, estaba al corriente de las relaciones que teníamos nosotros con la última de las organizaciones mencionadas. Como es natural, apenas supimos que había llegado a Barcelona, acordamos entrevistarnos con él, tanto para indicarle la necesidad de que la U. G. T. acelerase el ritmo de la preparación del movimiento acordado como para informarnos y saber su opinión respecto al resultado que la situación creada por la convocatoria de aquella Asamblea pudiera tener.

Acudimos a la reunión los camaradas Seguí, Miranda, Valero y yo.

Hecha la presentación, le expusimos nuestros propósitos. Nos escuchó con aire displicente, lo que, a decir verdad, nos molestó; pero no quisimos darnos por enterados. Enzarzados en la discusión, a cada afirmación nuestra al decirle cómo procedíamos, lanzaba una exclamación de asombro, extrañándole la rapidez con que obrábamos y lo expedito de nuestros procedimientos para prepararnos cuanto antes.

Pero él no soltaba prenda. Invariablemente contestaba a nuestros requerimientos diciendo que ellos no podían obrar así, que no podían, y debíamos, por tanto, atemperar nuestra actividad a lo que aconsejaran las circunstancias. Insistimos diciéndole que nosotros lo veíamos de otra manera y que el ambiente nos parecía favorable.

«—Ustedes, los obreros manuales, lo ven así; pero nosotros, los intelectuales, lo vemos de diferente manera.»

Estas palabras, rigurosamente históricas, dichas en tono paternal, como dándonos un consejo, al par que ahuecaba la voz, como si él mismo se escuchase, acabó con nuestra paciencia. Y tras unas palabras banales, nos despedimos un tanto desesperanzados de que ellos hiciesen nada más de lo que habían hecho hasta entonces.

En el movimiento de agosto tomé parte activa en los sucesos de la calle. No soy valiente ni matón. Soy incapaz de atacar a nadie, por el respeto que mis semejantes me merecen. Pero era aquél un movimiento revolucionario del pueblo, y yo, que había defendido y propagado la necesidad de que se hiciese, tenía el deber de salir a la calle a hacer honor a mi palabra.

Delegado por la organización como individuo de enlace entre los diversos elementos que podían intervenir, entré en relación con los separatistas del doctor Juliá, y con los republicanos de Marcelino Domingo.

Con Maciá tuve una primera reunión en la Maison Dorée, que entonces estaba en el lugar que ocupa hoy la banca Arnús, en la plaza de Cataluña, esquina a la rambla de Canaletas. En esta entrevista se hallaban presentes Ángel Samblancat, Jaime Brossa y Mallafré, empleado este último del Ayuntamiento de Barcelona. Expuse a los reunidos mis temores de que si no se intensificaba

el movimiento fuera de Barcelona, seríamos vencidos sin ningún resultado provechoso. Convinieron en que tenía razón. Y después de madurar planes y proponer soluciones, que cada cual debía tratar con los suyos, quedamos en vemos nuevamente al siguiente día y entrevistarnos con Marcelino Domingo. Reconocieron que la situación era grave, pues corrían los rumores de que aparecería un manifiesto firmado por Cambó y Lerroux dándole otro giro al movimiento.

A la noche siguiente nos entrevistamos con Marcelino Domingo en una trastienda de una planchadora de la calle Muntañer, donde fue detenido la madrugada de aquella misma noche.

Hablamos y concertamos un plan. Nosotros nos comprometíamos a mantener la huelga general toda la semana; Marcelino Domingo, por su parte, se comprometía a redactar un manifiesto vibrante dirigido a la opinión pública y a revocar la orden dada a sus amigos de Tortosa: que mientras en Barcelona no se proclamase la República, que ellos no hicieran nada, instándoles, en cambio, para que se lanzaran a la calle inmediatamente. Y Maciá se comprometía a trasladarse a Borjas Blancas, armar a los hombres que pudiera y con ellos dirigirse a Barcelona, sublevando antes a todos los pueblos por donde pasase.

Concertado el plan, nos separamos. Y ya en la calle, recapitulando mis impresiones de lo que veía, comprendí que Maciá cumpliría su palabra de armar a los hombres y lanzarse con ellos a la aventura concertada, aunque ello le costara la cabeza. En cuanto a Marcelino Domingo, comprendí que no valía para tales ajetreos; que la lucha en la calle o en el campo le atemorizaba seriamente, y que en la revolución, el papel de Marcelino Domingo sería el de agitador con la pluma, redactando proclamas, manifiestos y cuanto sirviera para levantar el espíritu de las gentes, pero todo ello lejos del tumulto, de la lucha en la calle, del lugar donde se mata y se muere. Papel útil y necesario en todas las grandes conmociones populares. Pero no servía para ser el jefe de una tropa combatiente; no sería jamás el hombre que con su espada en la mano se lanzase al asalto de las posiciones enemigas. Revolucionario, sí, pero lejos del chasquido seco y peligroso de las armas homicidas.

Claro está que cada uno es como es y no como quizá él mismo o los otros quisieran que fuese. Y como yo saqué esta impresión, la expongo con la misma sinceridad que la concebí y sin ánimo de ofender a nadie.

Terminado el movimiento, hube de escapar de Barcelona. Me refugié en un pueblecito de Aragón, en Albalate de Cinca. Pasé un mes; pero las sospechas que despertaba mi permanencia en el pueblo me obligaron a regresar a Barcelona.

Con precauciones reanudé mi vida de actuación. Inquirí para saber si estaba reclamado por algún juez militar o civil. Y los informes fueron negativos. Más tarde averigüé la causa. Entre los muertos habidos por aquellos sucesos hubo uno al que no pudo identificarse en los primeros momentos. Y la policía o alguien dijo que el muerto era yo. Fuera esto o fuera otra la causa, lo cierto es que no estaba reclamado por ningún juez, ni civil ni militar.

Normalizada en parte la situación después de los sucesos, comenzó la reorganización de los Sindicatos y la incorporación a la vida antigua de la mayoría de los elementos, a los cuales un lógico cálculo de prudencia tuvo alejados durante un poco tiempo.

En lo primero que se pensó fue en reanudar la publicación de *Solidaridad Obrera*, diario. Pero las dificultades eran muchas, pues a las de orden moral se unían las de orden material. Sin embargo, las más difíciles de vencer eran las primeras.

Flotaba en el aire una acusación tremenda contra el diario de la organización sindical: que cobraba de la embajada alemana. ¿Era cierta la acusación? Lo era. Pero vayamos por partes y aclaremos extremos hasta ahora un poco oscuros.

El diario *Solidaridad Obrera* atravesaba una crisis agudísima. Los Sindicatos, con los medios económicos de que disponían, aun dándolos todos al periódico, no llegaban a cubrir gastos. Colocada la organización en la disyuntiva de cesar en la publicación del diario o bien aceptar lo que muchos consideraban una transgresión de principios, optó por lo segundo. Y se aceptaron los anuncios. Incluso los de cabarets, que anteriormente habían sido rechazados. Además de

esto, la organización depositó su absoluta confianza en la redacción y en la administración para que hiciesen cuanto les pareciera mejor en beneficio del periódico. Este exceso de confianza hizo que la organización no se preocupase nunca de cuántos, cuáles eran y el origen de los fondos con que el diario se publicaba. Más aún: sospechando que esta intervención de los Sindicatos daría lugar a que la administración del periódico terminara pidiéndole dinero, ya que el periódico pertenecía a la organización, y ella debía ser la encargada de pagar el déficit que hubiese, lo mismo que se aprovecharía del beneficio si llegaba a darlo, prefirió callar y aun descuidar sus deberes, para evitar el cumplir las obligaciones que de ellos resultasen.

Y así comenzó la cosa. Cuando los individuos que desempeñaban los cargos de administrador y director vieron que la organización abandonaba sus deberes y peligraba el diario por falta de medios económicos, en vez de confesarlo dignamente y llegar a la suspensión del diario si era preciso, optaron por el camino tortuoso de aceptar dinero del servicio de espionaje alemán.

Pero hay que hacer la justicia debida. No todos los redactores y el personal de administración sabían el origen del dinero para sostener la publicación. Lo ignoraban por completo. Era cosa llevada sigilosamente por dos o tres individuos nada más. Naturalmente, que a poco que hubiesen querido los otros lo hubiesen averiguado. Pero el exceso de confianza los hacía aparecer como cómplices de una inmoralidad de la que nada sabían.

El procedimiento seguido para aceptar las cantidades que el espionaje daba fue la publicación de artículos muy bien documentados acerca de la emigración de obreros españoles a Francia. Quien quiera enterarse puede consultar la colección de *Solidaridad Obrera* de aquella época, y lo verá. Se hizo una intensa campaña contra la emigración. Y, además de intensa, documentada. Pues bien: las notas para documentarse y alguna vez los artículos ya escritos eran entregados al director de *Solidaridad Obrera* por un agente del espionaje alemán en determinados lugares de cita que se daban. Frecuentemente era un café. Y con los artículos y las notas, el precio correspondiente y estipulado.

Cabe decir también que la organización nada sabía en concreto, aunque las sospechas fueran acentuándose cada día.

Motivado por esta desconfianza y otras de orden interior, se planteó en la organización la necesidad de renovar la redacción del diario, pues la que había estaba desacreditada por completo. Era tal la impopularidad del diario en los propios medios obreros, que el Sindicato del Arte de Imprimir fijó carteles en las calles aconsejando a los trabajadores declarasen el boicot a *Solidaridad Obrera*, al diario que pagaban los mismos que declaraban el boicot, y que era suyo y de los demás trabajadores.

Reunida la organización, nombróse una comisión encargada de buscar un director. Yo formaba parte de ella. Buscamos en vano. Nadie quería hacerse cargo del diario. Todos reconocían que aquello no podía seguir, que era intolerable, que nos deshonraba ante la opinión y ante la conciencia; pero llegado el momento de hacer un sacrificio para terminarlo, todos se echaron atrás y nadie quería dar la cara.

Habíamos fracasado, pues. Cuando no vimos ya ningún horizonte abierto, dispuestos, sin embargo, a perseverar en nuestra actitud de evitar lo que sucedía, aun cuando queríamos dar por terminada nuestra misión, declinando el encargo para que otros prosiguieran las gestiones empezadas por nosotros, uno de los componentes de la comisión insistió en mantener una propuesta hecha en reuniones anteriores, y que había sido rechazada a instancias mías: que me encargase yo de la dirección del diario. Insistí en mi negativa. La fundaba principalmente en mi incapacidad para el desempeño del cargo. «Escribir un artículo —decía yo—, bien; pero dirigir el diario, tener sobre mí la responsabilidad de una publicación de tal naturaleza, no. No puedo ni debo aceptarla», añadí. Insistió el camarada proponente, y a su propuesta se sumaron otros. Reconocían, sin embargo, que mis escrúpulos eran fundados y atendibles mis razones; pero no había otra salida: o aquella o el fracaso.

Les rogué desistieran retirando la propuesta, y cuando algunos estaban dispuestos a complacerme, el camarada que la hizo dijo que él presentaría voto particular, sosteniéndola, al informe que haríamos de nuestra gestión. Ante su repetida insistencia, reaccionaron los demás, y yo, por no prolongar

más aquella situación embarazosa, acabé por aceptar el sacrificio que se me imponía. Pero condicionándolo.

Convocada la asamblea de la Federación Local y de Juntas y delegados de Sindicatos para dar cuenta de nuestras gestiones, la comisión expuso ampliamente cuanto había hecho, reconociendo lo infructuoso de sus gestiones y consultas hechas a diversos camaradas, declarando que la única solución era la de aceptar su propuesta, o sea, que fuese nombrado yo director del diario, aunque condicionado en la forma que yo propuse. Y la asamblea la aceptó por unanimidad. No así la redacción y administración del diario, que dieron muestras de disconformidad. Pero la asamblea impuso su criterio y quedé nombrado director.

La salvedad que yo hacía era la siguiente: yo aceptaba la dirección oficial del diario, pero sin sueldo. Seguiría trabajando en mi oficio y en mi casa, como lo hacía hasta entonces; y por la tarde, desde las seis hasta las doce de la noche, dedicaría todo ese tiempo al diario, revisando originales, seleccionando los que debían o no publicarse, marcando la orientación del diario; en una palabra: desempeñando las funciones inherentes al cargo.

¿Qué pretendía yo con esta proposición? Suavizar una situación que era violentísima y evitar, con mi intervención directa en la selección del original, que siguieran publicándose los artículos y notas que enviaba el espionaje alemán o los artículos escritos con aquellas notas.

Evitaba también el despido de la redacción que había, y moralmente, con mi prestigio en los medios sindicales, venía a cubrirlos a ellos, haciendo que desaparecieran las suspicacias, que se olvidaran los resquemores y que todo volviera a su cauce como si nada hubiese ocurrido.

Terminó la asamblea ya muy tarde: a las dos o más de la madrugada.

Al día siguiente por la tarde me presenté en la redacción para tomar posesión del cargo. Pero la redacción, el director y el administrador y el personal que le ayudaba se habían reunido y acordado no darme posesión del cargo y seguir ellos como si nada hubiese acordado la organización.

Ante su actitud, me retiré, comunicando al Comité regional lo que había sucedido, para que decidieran. Entrevistóse con los camaradas de la redacción y administración del periódico el secretario del Comité regional, y le contestaron lo mismo: que no me daban posesión, que antes se marchaban todos. Y tras una discusión laboriosa entre ellos, acordaron se convocara nueva reunión de Comités, Juntas y delegados para tratar la cuestión y discutir una proposición que ellos hacían.

Para evitar más serios disgustos, el Comité regional se avino a lo que el personal del diario proponía, y se convocó la reunión.

Comenzada ésta, el que hacía de director presentó la proposición, que consistía en que la organización concediera un voto de confianza a la redacción y administración del diario en todo cuanto se refiriera a la orientación doctrinal y crítica que el diario debiera seguir, y a la administración, de los fondos que se recaudaran. A cambio de este voto de confianza, ellos se obligaban a hacer el periódico como hasta entonces, sin que entrara yo ni nadie, y a que la administración diera cuenta de sus gastos e ingresos y que la organización viniera obligada a cubrir el déficit.

Las protestas con que fue acogida la proposición no son para describir. Todos los delegados coincidieron en apreciar que aquello era una burla. En consecuencia, no sólo se ratificó mi nombramiento de director, sino que se destituyó a todos los redactores y al personal de administración, nombrándoles sustitutos.

Renovóse todo el personal, pues aun cuando a dos de los redactores que había, a los camaradas Gonzalvo Viñas y Agustín Castellá, se les propuso para que continuaran, pues se tenía la convicción de que nada sabían de las trapisondas de los demás, ellos no aceptaron.

Nos hicimos cargo del diario aquella misma madrugada. Terminó la reunión al amanecer, y de la calle de Mercaders, donde se había celebrado, me trasladé con mis compañeros de redacción a la imprenta, y al hacerme cargo del diario, vimos, con la sorpresa que es de suponer, que no estaba terminada la edición y tampoco había original para terminarla; que no había papel para la tirada del día siguiente, lunes, pues nos hallábamos en la madrugada del domingo, y lo

que era más importante aún para nosotros: que no había ni un céntimo en la administración del diario, ni crédito, pues el poco que había no nos pertenecía a nosotros, sino a los que habían salido.

La situación, como se ve, no era brillante. Pero con buena voluntad y deseo de sostener nuestra obra, podía salirse airoso.

Hicimos frente a lo que se nos presentaba. Terminamos el periódico sobre la marcha, improvisándolo todo.

Durante el día, reunidos y pensando y haciendo, arbitramos papel para el día siguiente y dinero para los sucesivos.

Inquirimos en la administración para saber cómo estaba, y no sacamos nada en limpio. Creo que aun hoy no se han aclarado aquellas cuentas, ni se aclararán jamás.

Ya en funciones, nos dimos cuenta de que el mal era mucho más profundo de lo que visto de fuera parecía. La tirada estaba reducida a unos tres mil quinientos ejemplares y muchos de ellos no se cobraban. ¿De qué vivía, pues, el diario? De los donativos de los Sindicatos, y de los anuncios, y de los ingresos inconfesables.

VI. UNA NUBE EN EL HORIZONTE CONFEDERAL: EL TERRORISMO

Salvada aquella situación, conseguimos que las cosas fueran normalizándose; pero en el horizonte confederal una nube oscurecía la claridad que debía alumbrar su actuación: los atentados personales, las agresiones contra patronos determinados: el del patrono Casadevall, el de Trinchet, otros, en fin. ¿De dónde venía aquello? ¿Por qué se hacía? ¿Quién los inspiraba?

Yo tenía mis sospechas; pero con las sospechas que yo tenía no podía formularse juicio exacto y concreto. La cuestión, por su importancia misma y por las consecuencias que pudiera tener, requería obrar con la máxima prudencia, con tacto y ponderación.

Claro está que reduciéndolo a una simple operación mental, se obtenía un resultado; pero este resultado no aclaraba nada. Y la operación mental era ésta: ¿A quién interesa la desaparición de la burguesía y de los patronos? A los trabajadores. Luego los atentados contra los patronos forzosamente han de ser hechos por obreros. Pero ¿con qué finalidad? Porque la muerte de uno o de dos patronos no resuelve el problema de la desaparición de la burguesía. ¿A qué razón obedece, pues, la repetición de atentados?

Me preocupó tanto esta cuestión, que así como los demás diarios de Barcelona daban informaciones amplias y hacían conjeturas y cálculos acerca de quiénes pudieran ser los autores de aquellas agresiones, *Solidaridad Obrera* se limitó a la información, sin añadir ni una palabra ni un comentario, si no eran para salvar la responsabilidad de la organización.

A poco se hizo la luz. Uno de aquellos días, al rato de llegar a la redacción, me pasaron recado que unos compañeros querían verme y hablarme, para lo cual me esperaban en la secretaría de un Sindicato contigua a la redacción del diario, instalada entonces, como es sabido, en el Centro Obrero de la calle de Mercaders.

Me encontré con dos compañeros jóvenes, a los que conocía bastante y que veía a diario, ya en uno, ya en otro Sindicato.

—Sin preámbulos —dijeron—, vamos a plantearte la cuestión. Nosotros formamos parte de un grupo anarquista de acción, y dispuestos a proseguir la obra ya empezada, venimos a proponerte seas nuestro intérprete acerca de los Comités confederales, particularmente del Comité regional. Nuestro propósito es el siguiente: nosotros estamos dispuestos a atentar contra el patrono o director de fábrica que la organización nos encargue que debe suprimirse. A cambio de este sacrificio que estamos dispuestos a hacer por la organización, sólo pedimos que ésta nos pague los gastos que tengamos y los jornales perdidos. Además, queremos que haya un depósito de dos o tres mil pesetas para, en caso de que haya necesidad de huir porque se descubra quiénes somos, que pueda hacerse inmediatamente. Y si alguno caemos preso, como supondrás, queremos que se nos ayude. Lo que pedimos ya ves que es poco. Lo que ofrecemos, en cambio, es mucho. Y nos hemos dirigido a ti seguros de que nos ayudarás y que plantearás a la organización lo que te proponemos. Además, proponemos que con nosotros tenga relación uno solo de los componentes del Comité y que sea de absoluta confianza.

Terminada su propuesta, les pregunté si se daban cuenta de lo que ella representaba, de su alcance, de las consecuencias que podía tener. Contestaron afirmativamente y con nuevos argumentos razonaron su proposición. Les advertí que perdían el tiempo, pues yo no aceptaba el proponer a la organización, ni defenderlo, lo que ellos acababan de decirme. Les asombró mi respuesta. Y yo la razoné y la argumenté como debía.

—Comprendo —dije— el atentado personal cuando es el gesto de un hombre que en un momento dado de la historia quiere suprimir la vida de un tirano, de un liberticida, de un sojuzgador de pueblos. Lo comprendo, repito, y me lo explico, aunque no lo justifique ni vea en él tanta eficacia como otros han querido ver. Comprendo que durante una huelga o un conflicto social, cuando las pasiones llegan al rojo vivo de la violencia, que tras una discusión, una disputa o una resistencia desesperada se llegue en este caso, no al atentado personal propiamente dicho, sino a la agresión que cueste la vida a un semejante, al que se cree responsable de la oposición a resolver el conflicto, o

que traiciona la lucha. Pero de esto, que se ha dado muchas veces en la historia y que se dará muchas aún, desgraciadamente, a lo que vosotros proponéis, o sea, organizar metódicamente el atentado personal, media un abismo, que ni quiero, ni puedo, ni debo rebasar. Entre vuestro criterio y el mío no hay, pues, concordancia. Y aunque queréis demostrar lo contrario, lo cierto es lo que yo digo y no lo que vosotros pretendéis.

Trataron de convencerme de lo desinteresado y útil de su proposición.

—De lo primero —añadí—, ni quiero ni tengo por qué dudar. Lo acepto en absoluto y sin la menor reserva mental; de lo segundo, permitidme que dude, pues la historia nos alecciona lo bastante para que juzguemos con pruebas y elementos suficientes. Por mi parte —agregué, para dar por terminada la visita—, tened presente que es como si nada me hubieseis dicho; pero repito que no creo en la utilidad del atentado personal como sistema a emplear en la lucha social que sostenemos contra la burguesía y el Estado.

Más tarde supe que habían hecho la propuesta a la organización, a un Comité, y éste cometió la debilidad de aceptarla.

A partir de este momento, podemos decir, como César al pasar el Rubicón, que la suerte estaba echada, pero en contra nuestra, como los acontecimientos han demostrado después.

Tarea impropia del esquema biográfico con que ha de completarse la parte que a él queremos dedicar en estas Confesiones sería continuar narrando en forma cronológica aquellos acontecimientos en los que he intervenido más o menos directamente. Aun cuando no fuera sino en la forma que lo he hecho hasta ahora. Por lo mismo, sólo hablaré ya de algunos de los sucesos de mayor importancia y de la intervención que en ellos tuve.

Dejemos aparte conflictos, huelgas y otras actividades para limitarnos a lo más saliente.

Todos sabemos que los atentados personales contra patronos fueron la tragedia que vivió Barcelona durante un largo período de tiempo. Todos sabemos también que públicamente se ha negado que la organización supiese nada de tales hechos. Esta es una verdad a medias. Una de esas verdades que

se dicen para cubrir con ella la mentira. Pero el caso es, repito, que se trata de una verdad a medias.

La organización, cierto es, nada sabía de los atentados que se cometían. Ni la organización, ni sus militantes, salvando algún caso de legítima defensa, como después del asesinato de Seguí y «Paronas» y de algún otro caso de menor eco en la opinión, no se reunió, no trató, no organizó los atentados personales. Ni contra patronos ni contra nadie. Pero si efectivamente la organización no se reunió nunca para acordar los atentados, todo el mundo estaba convencido de que los autores de los atentados eran sostenidos y pagados por la organización y que las víctimas caían después de haber sido señaladas a los ejecutores por quien tenía interés en que cayeran. Hay casos aislados que no son así; pero, desgraciadamente, son los menos; los más son los otros: los que se pagaban y en los que se mataba a tanto la pieza.

El procedimiento era el del grupo de acción que cobraba por matar, y el de los dos o tres individuos, a veces uno solo, que lo ordenaba. Este era el inductor, el verdadero responsable moral; los otros eran meros ejecutores, ciegos instrumentos de un acto cuyo alcance no comprendían. Repito que hubo casos desinteresados en absoluto; pero repito también que fueron los menos.

Hasta aquí uno de los aspectos del terrorismo barcelonés, imputable a la organización. ¿Pero hubo éste sólo? ¿No se desdobló en varios? Quizá sería más exacta la expresión si dijéramos que tiene matices variados y toma formas diversas, según quién y cómo se practique.

Su primer desdoble, la modalidad que ocupa el segundo lugar en la época terrorista es la inaugurada por la clase patronal. Atentos siempre a decir la verdad, confesemos que fue la reacción que la clase patronal opuso al terrorismo de la clase trabajadora. Y como ésta, la clase patronal, tuvo sus hombres a sueldo, pagó salarios elevados, cotizó alto la importancia y categoría de la pieza cobrada. Así sabemos hoy que por el atentado que costó la vida a Salvador Seguí y a su amigo Francisco Comas (a) «Paronas», se pagaron muchos miles de pesetas y se hizo subir a veinticinco mil la cantidad, afirmándose que fue uno de los hermanos Muntadas, de la «España

Industrial», ya muerto, el que las pagó. Intimo de Martínez Anido, se le atribuyen otras intervenciones en los sucesos de aquellos tiempos.

Sábese también que el atentado contra mí fue organizado, pagado e impuesto por el Gobernador de Barcelona, general Martínez Anido, por haberle acusado yo en un mitin celebrado en Zaragoza de ser él el organizador del terrorismo del Sindicato Libre contra los hombres del Sindicato Único.

La primera manifestación relevante del terrorismo patronal es el asesinato de José Sabaté (a) «el Tero». Fue ejecutado por la banda de Bravo-Portillo, cuando ya no era comisario de policía, una vez procesado por su intervención y servicios prestados al espionaje alemán.

Antes del asesinato del «Tero» hubo otras manifestaciones terroristas; pero ninguna tuvo el alcance y la importancia que ésta tuvo. Lo más que hacían era apalear a algún trabajador que caía en sus manos; detenerlos y ponerlos a disposición de la policía; hacer de confidentes y de agentes provocadores; colocar petardos en la vía pública; guardar las espaldas y acompañar a determinados patronos; estar al servicio del presidente de la Patronal, etc., etc. El organizador de este servicio confidencial fue el famoso aventurero a quien se conoció en Barcelona con el nombre de barón de Koenig, que no era barón ni lo había sido nunca. Era un aventurero al servicio del espionaje de los aliados contra su propio país, primero, y al servicio del espionaje alemán contra sus primeros amos, después.

Reclutó la gente de su banda en los bajos fondos sociales.

Figuraba como capitán de la cuadrilla, como jefe de la banda, Antonio Soler (a) «el Mallorquín», ex licenciado de presidio, chulo y ladrón de oficio, y hombre, en verdad, peligroso por lo cuco y desconfiado. La desconfianza en él llegaba al extremo de no fiarse de su gente.

Comenzó la banda, como hemos señalado ya, por servir de auxiliar de la policía y escoltar a determinados patronos. Se dedicó luego a detener obreros, a los que maltrataban de palabra y obra, a presencia de la misma policía, y ésta dejaba hacer. Y después organizó los primeros atentados contra nosotros. Pero

falta de orientación, o quizá acometividad para realizarlos, no pasó de intentos, de tanteos, de propósitos.

La acusación hecha contra Bravo-Portillo de estar al servicio del espionaje alemán y su separación del cargo de comisario de policía dio solidez a lo que con el falso barón de Koenig y con Antonio Soler no había pasado de tanteo más o menos afortunado.

Encargado de la jefatura de la banda Bravo-Portillo, al poco tiempo mataron al «Tero». Era la primera víctima que caía.

Las incidencias que rodearon este asesinato y la forma ignominiosa en que se cometió no interesa relatarlos aquí: son más propios de una historia documental sobre el terrorismo que no de un trabajo como el que hago.

Interesa destacar, sin embargo, que el asesinato del «Tero», organizado por la banda capitaneada por Bravo-Portillo, y en el que tomó parte uno de los hijos de un fuerte fabricante de automóviles, de Barcelona, prestando su coche y guiándolo para llevar al «Tero» al lugar del asesinato, era el comienzo de la realización del plan organizado por la clase patronal, plan trazado minuciosamente, subvencionado con importantes cantidades aportadas por la clase patronal y destinado al exterminio de los individuos de la organización que estorbasen.

La banda llegó a ser numerosa. Y su retribución era de quince pesetas diarias de jornal. Los atentados que se cometieran se pagarían aparte. Era la industrialización de la matanza de hombres.

Dividida en dos o tres grupos de acción, cada uno actuaba a las órdenes de su jefe natural, quien recibía las órdenes del jefe inmediato, el ex comisario de policía Bravo-Portillo.

El asesinato de Bravo-Portillo, ocurrido en pleno día y en una calle de una barriada populosa de Barcelona, de momento no paralizó las actividades de la banda ni quebrantó la unidad de sus elementos, pero le restó uno de los apoyos más importantes que tenía y desplazó sus actividades.

Bravo-Portillo era una ayuda muy especial. Nombrado policía oficioso del capitán general señor Miláns del Bosch, con poderes especiales, este nombramiento garantizaba a la banda en sus fechorías, dado que padecíamos estado de guerra crónico y permanente, y la ponía a cubierto de infinitas contrariedades, comprensibles y naturales en el caso de no tenerla.

Bravo-Portillo actuaba con toda impunidad. A su iniciativa se debió un día la detención y traslado a la jefatura de policía de uno de los hermanos Roca (José), del Arte Fabril y Textil. El descontento que provocó esta detención efectuada por los hombres al servicio de Bravo-Portillo fue enorme, pues Roca, delegado por el Sindicato, trataba con la Patronal para el arreglo de un conflicto que se avecinaba. Y su detención interrumpía el diálogo, aparte que provocaría malestar y disgusto entre la clase trabajadora.

Enterados el gobernador y el jefe de policía, ordenaron la libertad de Roca, pero enterado el capitán general, ordenó nuevamente a Bravo-Portillo la detención de Roca, que quedó nuevamente sin efecto a las pocas horas de haberse realizado.

Este incidente, baladí en otro momento cualquiera, revela claramente la situación que Barcelona atravesaba en aquellos momentos y cuáles eran los valedores que el terrorismo gubernativo patronal, incipiente entonces, tenía ya.

Poco tiempo después de ser asesinado Bravo-Portillo surgieron disensiones en la banda, reflejo de las que existían entre sus organizadores. Dividióse ésta en varios grupos, que actuaban ya sin conexión entre ellos y al servicio de patronos determinados. No sé si estos patronos actuaban por su cuenta personal o bien representaban a grupos de patronos, aunque esto es lo más probable.

Contribuía, por otra parte, a la desorganización del terrorismo patronal el declive que ofrecía el terrorismo obrero. Se notaba que decaía, que disminuía, que caminaba a su ocaso. La oposición de los que en el seno de la organización combatíamos el terrorismo como arma de lucha daba sus frutos, comenzaba a ser eficaz.

Pero en el momento en que por la acción enérgica de los que combatíamos el terrorismo en el seno de la organización obrera caminaba éste a su desaparición, arrastrando en su caída al que organizó la clase patronal, cuyas víctimas hasta entonces eran pocas, «el Tero» y algunas más, surgió el terrorismo gubernamental, el organizado por el gobernador civil de Barcelona y el jefe superior de policía, general Martínez Anido y Arlegui, respectivamente.

¿Cómo explicarnos este rebrote de una epidemia a todas luces en plena desaparición? Si el terrorismo obrero decaía y el patronal también, faltos ya de ambiente y de otras circunstancias que les permitieran desenvolverse, ¿por qué y para qué nacía el otro? ¿Qué causas y motivos lo justificaban?

El de los obreros iba contra los patronos; el de los patronos iba contra los obreros; posición comprensible, y lógica, y explicable, si se quiere; pero el terrorismo gubernamental ¿contra quién iba? ¿Contra los obreros? ¿Contra los patronos? Contra unos y contra otros. Y ni contra unos ni contra otros. Por paradójico que parezca, el terrorismo gubernativo iba contra obreros y contra patronos, y no iba contra obreros ni contra patronos. La explicación de esto, que parece un rompecabezas o una charada de semanario humorístico, es clara: iba y no iba contra unos y contra otros porque el terrorismo gubernativo era al revés del terrorismo patronal o del terrorismo obrero; éstos eran terrorismos de clase; y el que nacía, amamantado en los senos ubérrimos del Poder, era fundamental y esencialmente político. El terrorismo barcelonés cambiaba, pues, de color, entraba en su tercer avatar. La pasión política iba a iluminarlo con sus resplandores.

Las primeras víctimas que cayeron y la significación de los ejecutores lo dice todo. Aclaran las dudas, si alguna podía tenerse.

José Canela, metalúrgico; Batalla, albañil, y don Francisco Layret, abogado, pero republicano conocidísimo, hombre que no recató en ningún instante su odio a la reacción, su aversión, su repugnancia por lo que venía sucediendo en Barcelona, fueron las primeras víctimas. Los ejecutores eran todos miembros de los Requetés carlistas de Barcelona.

Precisa que al sacar a relucir estas cosas vistas ya a través de los años que nos separan del momento en que ocurrieron se digan sobre ellas todas las verdades que se sepan. Porque diciendo estas verdades podrá enterarse la opinión y explicarse lo que, sin decirlas, serán poco menos que imposible de comprender.

Los Sindicatos Libres, ficción que sirvió para engañar a la opinión pública española, haciendo creer que para acabar con

el terrorismo del Sindicato Único los mismos obreros, pero que no pensaban como los que orientaban a aquél, habían organizado otros Sindicatos, y a los actos de fuerza y de terror respondían con otros actos de terror y de fuerza, no eran sino grupos dispersos de la banda organizada por la patronal y encuadrados en unos minúsculos Sindicatos católicos que existían en Barcelona, de cuya dirección se apartó a los que la ostentaban hasta entonces, se colocó a los miembros de los Requetés a que hemos hecho referencia y se les cambió de denominación. Esta es la verdad pura y desnuda.

Precisa que digamos también que la designación de Martínez Anido para el Gobierno Civil de Barcelona fue precedida de un plan de ataque que no llegó a realizarse porque a última hora los mismos que lo concibieran se horrorizaron de su obra y por la imposibilidad material de ejecutarlo.

Consistía éste en detener durante una noche, valiéndose de la policía de todos los cuerpos, de la Guardia civil y de los mozos de escuadra, a cerca de quinientas personas entre elementos de la organización y partidos de izquierda, radicales, republicanos catalanes, catalanistas, separatistas, etc., etc., y aplicarles a todos en la misma noche la ley de fugas. Este era el plan fríamente concebido por Martínez Anido y Arlegui, pero que no ejecutaron porque, como digo más arriba, ellos mismos se asustaron de su obra.

El autor de la proposición de aplicar la ley de fugas fue Arlegui, que durante su mando al frente de la Guardia civil en Cuba la había aplicado muchas veces.

¿Qué relación tenía el proyectar el asesinato de tantas personas, entre las que había abogados, médicos, pequeños industriales, periodistas, ex concejales, etc., etc., y trabajadores, con el terrorismo obrero y el patronal y con la lucha

de clases que había dado vida a los terrorismos? Ninguna, absolutamente ninguna. Esto ya por sí solo obliga a pensar, y prueba, que el nuevo terrorismo, o sea la fase en que entraba el terrorismo barcelonés, tenía muy poco de común con lo que el terrorismo había sido hasta entonces. Quiero decir que se desviaba tomando otra dirección, atrayendo a su órbita nuevos elementos.

No persistió en ella. Por razones complejas y difíciles de señalar, abandonó sus planes primitivos, y lo que comenzó queriendo ser una noche de San Bartolomé de políticos de la política izquierdista barcelonesa, y del sindicato más principalmente, acabó siendo lo último nada más, y las pistolas del Sindicato

Libre, amparadas, y pagadas en algunos casos, por el Gobierno civil, protegidas por la Jefatura de policía y sostenidas y mantenidas espléndidamente por la burguesía catalana, entablaron lucha fratricida, asesinando a trabajadores que no pensarán como ellos, justificando su actitud en que antes, los del Único, habían matado a obreros que no compartían el modo de pensar de los dirigentes de aquella organización.

El terrorismo gubernamental no vino, pues, como pomposamente se ha dicho, a acabar con el terrorismo sindicalista. Esto es faltar descaradamente a la verdad. El terrorismo gubernamental vino a desplazar la lucha terrorista, prestándole nuevos incentivos, vitalizándola, por atraer a su órbita a elementos que nunca habían pensado en intervenir, y porque, obligados a batirse en legítima defensa, los elementos obreros se vieron precisados a que la organización, oficialmente entonces, interviniera y se aprestara a la defensa y al ataque.

Ocurrió, pues, todo lo contrario de lo que se ha dicho y de lo que se suponía, si realmente fue esa la suposición.

Pero no fue sin que los crueles iniciadores del terrorismo político y gubernamental se llevaran algo entre las manos, y sin que los ejecutores e inspiradores sacrificaran algunas de las víctimas que al concebir su plan fueron señaladas.

Hay dos casos: el de Layret y el de Ulled. Y si este último no murió, costó, en cambio, la vida a Lastra, que le acompañaba.

Los inspiradores de Anido y Arlegui, más que el Gobierno de Madrid, lo fueron los elementos reaccionarios de Barcelona. Y los que pagaron fueron los patronos. El maridaje, el contubernio no pudo ser más claro ni más vergonzoso, como tampoco el baldón de ignominia que cargaron sobre el Estado y los Poderes constituidos.

Pero, ¿terminó aquí, con la nueva modalidad adoptada, el daño que causó a la organización el terrorismo? No. En modo alguno. Toda aquella podredumbre moral nacida en torno al terrorismo obrero, al patronal y al gubernativo, nos reservaba algo nuevo, algo en lo que hubiéramos pensado jamás. Y a quien dude, sólo le diremos que tenga en cuenta los hechos ocurridos posteriormente.

El acoso, la caza a los sindicalistas y la certeza que tenía ya la opinión pública de que los atentados contra patronos se fraguaban en nuestros medios nos hicieron mucho daño, sembraron el temor y el disgusto en los medios sindicales. Ha de reconocerse así, porque es la verdad de lo sucedido.

Sin embargo, lo peor no fue todo lo de los atentados. Con hacernos mucho daño el que la opinión pública tuviese la certeza que se cometían por individuos de la organización, no se nos hizo tanto daño como el estado de cosas que se derivó de tanto tiempo de violencia individual y colectiva y de desmoralización desenfrenada. Pues cuando el cometer atentados comenzó a ser negocio poco lucrativo y, además, peligroso, se puso en práctica el atraco a pretexto de obtener medios económicos suficientes para hacer frente al terrorismo de los Sindicatos Libres, para proseguir la obra de propaganda social y de preparación revolucionaria.

Siempre en honor de la verdad, diremos que la mayoría de individuos que intervinieron en los atentados, por causas que no es del caso exponer aquí, volvieron al taller y siguieron su vida de asalariados, empuñando la herramienta de su profesión. Pero en una minoría, no. Esta le tomó horror al trabajo y desertó totalmente de su puesto de obrero laborioso.

A esta minoría se sumaron elementos nuevos, de procedencia ignorada; pero que, de acuerdo con la nueva modalidad adoptada, comenzaron los atracos.

Primero fue, como hemos dicho ya, a pretexto de ayudar a la organización, a los presos y a la propaganda, sin que, como es natural, ese pretexto fuese algo más que supuesta intención, puesto que, salvo en uno o dos casos, pero vulnerando acuerdos tomados por la organización, aceptó un Comité Pro-presos unas pesetas, producto de un atraco, para pagar los gastos de defensa en un juicio que no era por atraco.

Para justificar actitudes que de otro modo serían injustificables, se ha dicho alguna vez en reuniones y al oído de individuos, y aún se dice hoy, que una gran parte del dinero de los atracos cometidos antes de la caída de la Monarquía iban a la organización, que eran para ayudarla. Todo eso es pura farsa. Mentira que sirve a proclamar virtudes que no se tienen ni se sienten. En aquel período los atracos costaron a la organización muchos miles de pesetas en gastos de procesos, pero no obtuvo ningún beneficio. Y conste que tampoco los quería. Pues las transgresiones que se cometieron aceptando el Comité Pro-presos dinero de esa procedencia lo fueron en detrimento de acuerdos tomados, y fueron cometidos a espaldas de la organización, sin darle de ellas conocimiento.

Sin embargo, se ha dicho y dice lo contrario. Y se ha ido más lejos. Se ha dicho que, además de la organización, individuos destacados de la misma se beneficiaron con dinero de los atracos. Y mi nombre ha jugado en esas afirmaciones. Individuos, cuya moralidad e intenciones conozco suficientemente, han afirmado estos últimos tiempos, particularmente desde que resueltamente les he negado hasta el saludo, que si ellos hablaran, yo..., dejando entrever en sus palabras que por mi parte hubo tolerancia o granjería.

Los que tales cosas dicen saben que mienten; pero partidarios de la sentencia jesuítica de que el fin justifica los medios, no han vacilado en propagar la infamia que de individuos conocidos de la organización, si ellos hablaran, dirían cosas interesantes, como tampoco se han recatado de decir al oído de muchos jóvenes inexpertos que gracias a ellos y a los medios que aportaron a la organización, ésta hizo cosas que de no ser así no hubiera podido hacer

jamás. Pero la verdad es que el descrédito, el hundimiento de la organización ha venido justamente por esos hechos y esas inmoralidades.

Pero ya que mi nombre ha sido puesto en juego por esa gente, «confesemos» lo sucedido para que cada cual sepa a qué atenerse.

Cierto es que yo tuve relación con algunos de los atracadores de aquel tiempo. Que conocía a la mayoría de ellos. Que tenían entrada en mi casa. Que fui con ellos por la calle y los trataba como a camaradas y compañeros. Pero hice todo esto, al principio, porque ignoraba que lo fuesen, y después, por cálculo y en beneficio de las ideas.

En el primer caso yo no podía sospechar que intervinieran en atracos y que continuaran manteniendo mi amistad; viniendo a mi casa individuos con los cuales, en discusiones, yo había combatido el sistema de la expropiación, practicado antes que en España, en Rusia y en Francia, con resultados negativos siempre. Por eso los admitía y trataba. Además, eran militantes de la organización, algunos con cargos representativos, lo que me obligaba a relacionarme con ellos.

En el segundo caso, o sea cuando ya llegué a sospechar y, más que a sospechar, a adquirir la convicción de que lo eran, entonces mantuve esa relación por cálculo. Y no sólo es que mantuviera relación con ellos y entraran en mi casa. Hay más. En algunos casos, por salvarles de la policía, puse en peligro mi propia libertad y llegué a extremos que, de haberse conocido, me hubieran acarreado, no sólo el desprestigio moral ante la opinión, momentáneamente, es cierto, pero no me hubiese librado de él, sino que quizá me hubiesen llevado a presidio. Pero hacía esto y me comprometía sin hacerles ver que supiese las causas que motivaban sus apuros y sus agarradas con la policía, acudiendo al conocido socorro de las arbitrariedades policíacas y cargándolo todo en el Haber de la incapacidad de las autoridades. Que yo hiciera esto, que les prestara esta ayuda moral, que evitara su caída en manos de la justicia, no implicaba aquiescencia a su modo de proceder, ni asentimiento a lo que hacían: era más bien deseo de evitar lo que resultó inevitable.

¿Que por qué obré así? Quiero decirlo.

Yo he practicado siempre que he podido el principio de hacer bien a todos: amigos y enemigos, sin preocuparme de cómo pagarían unos y otros el beneficio o el bien que les hiciese.

Esta norma de conducta, no olvidada jamás, voluntaria y conscientemente al menos, observada invariablemente para todos cuantos individuos se han acercado a mí, cuando se tratase de compañeros en ideas es natural que la acentuase en sentido favorable a ellos.

Por lo que llevo dicho de mi conocimiento en lo referente a los atentados cometidos en Barcelona, se supone fundadamente que, si no a todos los que intervenían en ellos, si conocía a muchos de los individuos que los ejecutaban. Y, como he dicho ya más arriba, conocía también a los que, comprensivos y desengañados, abandonaron aquel camino y se reintegraron al trabajo, como conocía a la mayoría de los que, horrorizados por la vuelta al taller a trabajar ocho horas diarias, ganando diez a doce pesetas de jornal, preferían confiar al valor y al tiro certero de su pistola el ganar en unos minutos lo que trabajando no se gana en años, aunque ignorara si realmente eran ellos los que se dedicaban a tan equivocado menester.

Mi deseo era aclararlo. Había indicios por demás sospechosos, que podían conducirme a la certeza, pero no pasaban de ser indicios. Y esto no era bastante. Empecé mi labor de averiguaciones.

Por otra parte, de ser ciertas mis sospechas, yo consideraba a estos individuos equivocados, caídos en el error, y del que era preciso ayudarles a salir. Y dispuesto a hacer lo que pudiera en ese sentido, cuando ya tuve la certeza de que lo eran, aunque ellos no me lo confesasen, no sólo no quise romper con ellos mis relaciones, sino que seguí manteniéndolas, hasta si quiere, más cordiales que antes, en apariencia cuando menos.

Los encontraba en la calle, en los Sindicatos, en la redacción del diario, pero ni ellos ni yo hacíamos mención de los atracos, si no era para comentar las incidencias que rodeaban su ejecución, alabando siempre el valor y la destreza que ponían en ejecutarlos.

La dificultad estaba en llegar a la convicción absoluta de que fueran ellos, única manera de poder obrar yo con acierto y seguridad. ¿Tener una prueba? ¿Cómo?

Mantenidas las relaciones en ese plan de cordialidad, y hasta de tolerancia, debieron llegar a suponer que yo no sólo no los rechazaría si me lo declaraban, sino que, quizá, justificando sus propósitos de que lo hacían en favor de la propaganda, podía convertirme en su encubridor moral, que en el fondo es asentimiento.

Seguros de que aun cuando lo conociera todo no rompería con ellos, y lo más que pudiera pasar sería que mostrara mi disconformidad, y hasta quizá para convencerse mejor acerca de lo que yo pensaba, como sondeo, sin duda, un día, en mi casa, después de una discusión acerca de otras cuestiones de organización, de los atentados, atracos y demás, surgió la confesión y además de la confesión, la propuesta. Claramente se me dijo que tenían unos miles de pesetas y otros que pensaban tener al día siguiente, y querían que fuese yo el depositario de ese dinero. No hice el menor gesto de extrañeza, como aquel que considera natural lo que se le propone. Y sin vacilaciones contesté que me lo pensaría, como si no diera importancia a la cosa. Animados por esta actitud, que les pareció favorable, me hablaron de sus proyectos: el más próximo debía realizarse al día siguiente. Y se realizó. No falló su afirmación. Claro está que ni ellos cumplieron su oferta de traer a mi casa dinero de esa procedencia ni yo lo hubiera aceptado, ni se habló nunca más de tal cosa.

A partir de aquel momento, sin embargo, la situación se mostraba despejada. Ya tenía la prueba, ya sabía lo bastante para adoptar una línea de conducta relacionada con mis propósitos personales.

Siempre en el terreno de la cordialidad, traté de convencerles de su error, aunque sin herir sus susceptibilidades ni obrar de modo que se alejaran de la órbita de mi influencia, ya que mi propósito no era otro que hacer lo necesario para sustraerlos del ambiente en que se desenvolvían, e invocando la pureza de las ideas, y más que esto, la de la propia estimación, atraerlos al verdadero camino de la lucha social, en el que desempeñarían brillante papel por sus condiciones personales.

Que yo no los rechazara duramente y no mostrara crudeza en el orden personal para con los autores de tales hechos les hizo creer que con el tiempo haría la «vista gorda» y continuaría mi amistad para con ellos lo mismo que en el pasado.

Pronto me convencí de mi equivocación: pronto llegué a la conclusión de que nada o muy poco podía hacerse. Una serie de cosas que pasaban, entre las que merece destacarse la vida disipada y dispendiosa a que se entregaban la mayoría de ellos y la altivez y despreocupación con que trataban a los demás, y hasta el orgullo que tenían, pues a todo el mundo miraban por encima del hombro, me llevó a la idea de examinar seriamente si no me exponía a hundirme yo queriendo salvar a quienes daban muestras de no tener salvación, a quienes quizá no interesaba ni querían salvarse.

Sin embargo, por el momento, esto era insuficiente para renunciar a ayudarlos a salir del error.

Seguimos relacionándonos, viniendo ellos a mi casa, acompañándome por la calle, como si yo ignorara todo lo relacionado con su modo de proceder.

No faltaron compañeros de la organización que me avisaron, comunicándome sus sospechas. Me advirtieron de los rumores y del convencimiento que se tenía en los medios sindicales de que aquellos individuos eran los autores de los atracos.

Generalmente, yo negaba. Me hacía el desentendido. Como si no supiera nada, y afirmando que sospechaba estaban equivocados quienes pensaban de aquella manera. Como insistieran repetidas veces acerca de los rumores de la calle, yo prometía inquirir lo que hubiese de cierto.

La razón de la insistencia de los camaradas que me avisaban se fundamentaba en que si algún día se les cogía in fraganti, al conocerse el nombre de los autores, mi prestigio moral, y con él el de la organización, sufrirían quebranto, y era preciso evitarlo. Por eso yo les prometía enterarme, y si me convencía, obrar.

Razonadas estas advertencias, comprendí que el juego era en extremo peligroso, no solamente por lo que a mí se refería, sino por lo que afectase a la organización.

Aceptando el supuesto de que un día se supiese que aquellos individuos eran atracadores, y que una vez sabido explicase yo las relaciones tenidas con ellos y las causas y los motivos porque las tenía, la opinión pública y los camaradas me disculparían reconociendo mi buena intención; pero nadie evitaría el mal causado ni los perjuicios que a la organización le hubiesen podido venir.

Terminé por darme cuenta de que la situación era demasiado complicada. Y por pensar que los resultados no serían lo que yo creía. Y en este caso, si merecía la pena seguir por aquel camino.

Comencé, pues, a rectificar. El primer acto ostensible de esta rectificación fue que, reunida un día la organización local y el comité pro-presos, al solicitar éste dinero para atender a sus necesidades, y lamentarse los delegados de los Sindicatos de lo mucho que los presos costaban a la organización, afirmando que era preciso definir cuál era y no era «preso social», al insinuarse claramente por un miembro de dicho comité que se les había hecho por un grupo oferta de unos cuantos miles de pesetas, cinco o seis mil, que esperaban recibir de un día a otro, pedí la palabra para proponer que se rechazara la oferta y que el comité pro-presos no aceptara ingresos que ni fueran los entregados por los Sindicatos y los de las suscripciones abiertas en *Solidaridad Obrera* y en los semanarios. Discutida la propuesta, se aceptó. Por lo tanto, el comité pro-presos no podía aceptar la cantidad prometida. Dinero que, como se comprenderá, era de los atracos. Sin embargo, supe más tarde que, a pesar del acuerdo de los delegados de todos los Sindicatos, el comité pro-presos aceptó cinco mil pesetas que le entregaron. Así me lo afirmó quien podía estar enterado.

Poco a poco hice más ostensible la rectificación de mi conducta respecto a las relaciones que había de mantener con los individuos que yo sabía que se dedicaban al atraco. Rectificación de la que se dieron cuenta. Pero en mí luchaba una última esperanza: convencido que algunos individuos de aquellos con los cuales mantenía esta relación eran inteligentes, activos, simpáticos, y

podían, si rectificaban su modo de obrar, llegar a ser elementos valiosos en la organización, militantes de relieve en el campo social, me dolía profundamente abandonarlos sin intentar el último esfuerzo para apartarlos del camino que seguían.

Con reservas mentales por mi parte, seguí no mostrándoles excesivo desdén, pero su clarividencia y comprensión les llevó a darse cuenta que yo no era ya para ellos lo que había sido antes, y que en mi interior abrigaba propósitos que no veían claros, aunque sospechasen su existencia.

Las persecuciones con que de vez en cuando nos honraba el Gobierno de la Monarquía obligaba a una vida irregular. Perseguidos los individuos y clausurados los Sindicatos, el que más y el que menos, económicamente sobre todo, íbamos a la deriva. Y yo quiero creer que sinceramente, o quizá para ligarme a ellos de modo seguro y eficaz, a pesar de que conocían ya mi actitud, uno de estos individuos que intervenían en los atracos, y que sabía lo justo que se vivía en mi casa, estando preso él, avisó a mi compañera para que fuera a verle a la cárcel, pues tenía algo importante que decirle. Ella fue. Y él la manifestó que la llamaba porque suponía que, perseguido yo y sin podérmelo ganar, ella y los chicos lo pasarían mal. Y cómo él podía hacerlo, ponía a su disposición unas pesetas para ayudarla. Pero mi compañera, que conocía la procedencia del dinero y cómo pensaba yo sobre el particular, le contestó que lo agradecía en absoluto, pero que no lo aceptaba. Aquella fue la última tentativa de acercamiento.

Las incidencias de la lucha y el modo de pensar de cada uno en materia tan espinosa como era aquélla, hizo cada día más visible y clara la separación entre unos y otros. Ellos se dieron cuenta que yo no me recataba ya, públicamente, aunque sólo lo hiciera en el seno de la organización, de combatir los atracos, afirmando que la organización debía condenarlos sin reservas mentales de ninguna clase. Pues comprendí que la mayor parte de aquellos individuos estaban perdidos para siempre. Que si no se apartaban voluntariamente de los medios sindicales, causarían daños incalculables a la organización. Y que si alguno había de salvarse, se salvaría por su propio esfuerzo, debido a contingencias que nadie podía prever. Y que una vez más se cumplía aquella afirmación científica: la función crea el órgano. Los hechos me han dado la

razón. Cuando a través de los años contemplo aquel período de actuación en el que parte tan activa tomé, me doy cuenta del acierto que tuve el día que me decidí a terminar con la situación equívoca a que un buen deseo me arrastró. Y que si algo puedo reprocharme, es no haberlo hecho antes.

A partir del momento en que la ruptura con estos individuos se hizo claramente visible por haberla provocado yo, no han perdonado ni perdonarán medio alguno de injuriarme y calumniarme. Esto prueba también que en el fondo carecen de ideas y de bondad, de sentimientos y de comprensión. Y que en aquellas actuaciones perseguían la satisfacción de sus instintos, y en las posteriores, la de sus rencores y ambición. Cosas que en el fondo son lo mismo: ambición de dominio y deseos sensuales. Vivir; pero vivir bien, sea como sea. En el fondo, mentalidad y concupiscencia burguesas; pero de la peor especie, naturalmente.

La dictadura puso fin a un estado de cosas que resultaba ya insostenible. Públicamente en nuestra Prensa yo había condenado ya los atracos, lo mismo que privadamente condené un día los atentados. La atmósfera que se formó contra mí en los medios donde esos elementos predominaban era irrespirable. Se hablaba de actitudes enérgicas a adoptar, de imponerme silencio aunque fuera por la fuerza. Yo conocía sus propósitos, en parte deducidos de sus palabras, y en parte porque no faltaban quienes me lo comunicaran. Pero no me acobardé. Y cuando la tensión entre unos y otros llegaba al límite de resistencia propenso a estallar, vino la dictadura de Primo de Rivera, y como Alejandro, en vez de deshacer el nudo, lo cortó con el filo de la espada. El nuevo estado de cosas que del golpe de Estado resultaba exigió poner, en remediarlo, toda la atención de que fuéramos capaces, dejando aparte cuestiones como éstas, que por el momento pasaban a término secundario. Y así fue. El hecho de fuerza que la organización, minada por las luchas interiores, no intentó siquiera evitar, no sirvió tampoco para que alguno de los valientes que manejaban la pistola con desgaire en atracos y en atentados personales, supiese borrar con un gesto digno una actuación pasada, cubierta de horrores y vergüenzas. El liberticida campó por sus respetos, y los que en los centros obreros y en las reuniones clandestinas de militantes de la organización, de vez en cuando, hacían funcionar el cerrojo de la pistola, por

prudencia, sin duda, y para mostrar su valor, tomaron las rutas que conducen a Francia y a otros países. Muy comprensible todo esto. Las vidas preciosas hay que reservarlas y sólo deben exponerse en los momentos difíciles, cuando las libertades y la justicia conquistada por los pueblos peligran. Y entonces nada de esto peligraba, ¿verdad?

Mientras tanto, quedamos aquí, en España, haciendo frente a una situación de la que ellos eran responsables, quizá en su mayor parte, los que, víctimas de unos y de otros, ofrendábamos lo poco que valemos a las ideas que sinceramente hemos defendido toda la vida.

La dictadura, como se comprenderá, divide con trazo preciso la orientación de nuestras actividades, dando otra personalidad, otro carácter, otra dirección a la participación que en los sucesos que puedan ocurrir tengamos personalmente. Por eso creemos que lo mejor es cerrar en este momento la parte que en esta «Confesión» dedicamos a la biografía. Además, todo lo ocurrido después está demasiado cerca de nosotros, lo tenemos demasiado presente para que pueda interesarnos algo más que lo que interesan los acontecimientos que ni son realmente históricos ni dejan de serlo en una mínima parte.

Sin embargo, en relación con la dictadura y con la intervención que tuve en cuanto se hizo para derribarla, sobre todo en los primeros tiempos, que si no eran de mucho peligro, sí eran los más difíciles, porque no se sabía cómo acertar mejor, quiero decir alguna cosa; debo decirlo, mejor dicho. Nos confesamos a la opinión, y si la sinceridad y la buena fe preside nuestras palabras, han de decirlo todo, para que sean los demás quienes juzguen. Podrá sernos adverso el fallo. ¡Qué le haremos entonces! Conformarnos y esperar. Pero no es definitivo. Como tampoco es definitivo si nos favorece. El tiempo lo revisa todo. Y cuando sus juicios examinan severamente los hechos, cómo y por qué se produjeron, es cuando podemos esperar que realmente se nos haga justicia. Mientras tanto, es muy difícil. La pasión que los hechos provocan está demasiado cerca de nosotros. Y nos ciega no sólo el sentimiento, sino también la razón. Por eso hay que esperar los fallos que están más allá de esas pasiones, y están más allá, porque se dictan cuando ella ha dejado paso por completo a la razón fría y severa.

Pero no nos perdamos en razonamientos más o menos discutibles y volvamos a la realidad de aquellos momentos, de aquellas horas de inquietud, de incertidumbre y zozobra.

¿Qué hacer para ponerles término y salir airosos de situación tan delicada? Diversas fueron las opiniones. Sobre todo en nuestros medios, donde la cuestión se planteó quizá con mayor agudeza que en otros estamentos sociales. Pues nosotros no podíamos esperar nada bueno del dictador, cuya conducta podíamos prever por lo sucedido en la reciente huelga del transporte, en Barcelona.

Yo expuse la mía. Equivocada o acertada, la defendí con la pasión que pongo siempre en aquello que creo justo. Sostuve ante mis compañeros, con asombro para unos y escándalo para otros, que lo primero era saber si podíamos nosotros solos, la organización, destruir el régimen dictatorial y las causas que lo habían fomentado. Y si nosotros solos no podíamos hacer las dos cosas, o una sola, la destrucción de la dictadura cuando menos, teníamos el deber, la obligación moral de unirnos a los que, como nosotros, perseguidos y acorralados por la dictadura, pero sin fuerza propia para destruirla ellos solos, quisieran unir la suya a otras fuerzas para, juntos, acabar con aquella vergüenza que nos deshonraba ante la Historia. Si nos hallábamos en el primer caso, ni podíamos ni debíamos pactar con nadie. Hacerlo sería una infamia y una traición a nuestras ideas. Pero de no hallamos en el primero, y sí en el segundo, la traición, no a nuestras ideas, ciertamente, pero sí al pueblo en general y a la clase trabajadora en particular, que confiaba en nosotros, estaría en negarnos a prestar esa ayuda, pues ello equivaldría a que, indirectamente, nos pusiésemos al servicio del dictador. A vuelta de dilaciones y retrasos, acabó por aceptarse el punto de vista que sostuve en una reunión celebrada el mismo día 13 de septiembre, a las diez de la noche, convocada para conocer la opinión de la organización ante el golpe de Estado que acababa de darse.

¿Me equivoqué? ¿Acerté? No soy yo quien debe decirlo. Pero ante la Historia y ante quienes quieran juzgarme, recabo la responsabilidad de haber sido el primero que en los medios sindicales planteó el problema de ayudar a los demás, si nosotros solos no podíamos derribar la dictadura, en términos definidos y concretos, de manera que no hubiese lugar a dudas.

De las incidencias y fluctuaciones a que la aceptación de ese criterio haya dado lugar, no soy responsable; ni llevé yo siempre las negociaciones ni las influencé con mi pensamiento. De lo que soy responsable es de que se planteara en el seno de la organización y de influir para que se aceptara. Soy, pues, culpable de que, reconocido que nosotros solos no podíamos derribar a la dictadura ni al régimen que la instauró, nos uniéramos a fuerzas políticas, sociales y económicas que coincidieran con ese fin. Y acepto la responsabilidad que pueda caberme. A los demás, pues, a juzgar, y a mí a acatar el fallo, inapelable, naturalmente, ante la conciencia de los contemporáneos; apelable, no obstante, ante la posteridad y la Historia.

SEGUNDA PARTE

LOS ELEMENTOS QUE INFLUYERON EN MI FORMACION MENTAL Y ESPIRITUAL

I. SOY UN AUTODIDACTO

Cuando por una o por otra circunstancia el nombre de una persona destaca en la atención de la opinión pública, una de las cosas que más apasiona, o que apasiona mucho cuando menos, es el conocer su origen, hallarle una filiación espiritual; indagar, inquirir dónde y cómo se formó. En mi caso no ha habido excepción. Y como ha sido discutido, no han faltado los pareceres.

Se ha afirmado que yo tuve estudios en mi juventud, que asistí a Institutos, Academias y Universidades. Por lo que llevo ya dicho, se verá que no hay tal, que no es cierto lo que se diga o haya dicho.

Y no como un galardón, sino con gran pesar mío confieso que mi formación cultural es deficientísima. Y que, además de ser deficiente, es caótica y desordenada. Yo soy realmente lo que se llama un autodidacto. Pero soy un autodidacto que para saber lo que sabe no ha seguido ninguna regla, patrón, norma ni procedimiento. Que no hay ni el menor asomo de ordenación. Y que por no haber no hay ni siquiera la influencia personal de un hombre con cultura que hubiera podido guiarme con acierto.

He dicho ya cómo y a qué edad me quedé sin madre. Solo y con mi padre, caminábamos de uno a otro pueblo, según lo exigían las necesidades de su oficio y la dura necesidad de ganarse el pan.

Mí primer recuerdo de haber asistido a la escuela es el que conservo de la escuela de Las Barrietas, en Vizcaya. El maestro era un hombre bueno, pero con arranques de mal humor, que tornaban en crueldad momentánea la generosidad que aquella alma bondadosa encerraba, cuando estaba sereno y tranquilo.

¿Ejerció alguna influencia en mi espíritu? Ninguna. Recuerdo muy vagamente su figura de hombre enclenque, cojo, pues tenía ese defecto físico, como episodio pasajero y sin importancia alguna en mi vida.

La segunda escuela a la que concurrí fue en Castro-Urdiales. La figura del maestro que la regentaba ni remotamente la recuerdo. En cambio, recuerdo perfectamente, conservo en la memoria detalles de un incidente sin importancia, un ataque nervioso sufrido por uno de los alumnos.

Estábamos en el balcón contemplando la calle. De pronto aquel alumno comenzó a pegar en los cristales con el cuaderno de la escritura, que llevaba en la mano. Cayó de rodillas y comenzó a formársele una baba espumosa en las comisuras de los labios. No recuerdo de ninguna otra escuela a la que haya concurrido. Estoy seguro que no fui a otras. Y en total, ¿cuál fue el tiempo de duración de asistencia a esas dos escuelas? Unos meses. En conjunto, un par de años. Pero cierto que de ese tiempo no pasa. Pues la vida azarosa de minero de mi padre no permitía estancias más largas en una localidad.

Lo imborrable en mi memoria es lo que mi padre hacía conmigo. Cuando vivíamos en una localidad donde no había escuela, mi padre, que no sabía leer ni escribir, que no conocía las letras, se convertía en mi maestro. Cada noche, después de cenar, me hacía dar la lección, que consistía, generalmente, en la lectura de un número determinado de líneas que él había señalado con lápiz el día anterior, después de contarlas cuidadosamente.

El método que seguía para saber si yo había estudiado era sencillísimo. Me hacía leer poniéndome a su lado, al alcance de su mano. Yo comenzaba la lectura, y en cuanto titubeaba al leer una palabra, ya me la había cargado. Lo más seguro era que a la primera y a la segunda de las que él consideraba faltas me riñera nada más, pero a la tercera, no había vuelta de hoja: me ganaba el primer pescozón. Y después llovían copiosos a cada falta. ¿Qué sabía él, en su ignorancia, de las letras, de las palabras difíciles de pronunciar?

Algunas veces, compadecidos de mí, los huéspedes de las posadas donde parábamos, y que sabían leer, hacían ver a mi padre la verdad de las cosas. Les escuchaba con atención. Aceptaba lo que le decían; pero añadía por su cuenta que cuando yo quería estudiar, el día que cogía el libro en vez de jugar, todas las palabras las pronunciaba bien. Y él se guiaba por esto.

Por otra parte, mi padre se aferraba siempre a su frase favorita: No quería que su hijo fuese un burro de carga y de trabajo como él lo había sido. No quería

que estuviese condenado a trabajar tan bárbaramente como él lo estaba. Y a fe que tenía razón, no en lo que a mí podía referirse, sino en la condición a que el obrero de las minas del Norte de España estaba sujeto en aquellos tiempos.

Mal trato y peor consideración por parte de los capataces y encargados.

Condiciones morales de vida propias de bestias y no de personas humanas. Mal vestidos, mal alojados, mal cuidados.

En cuanto al trabajo, de esto no hablemos, porque como dice Cervantes en el Quijote, «peor es meneallo».

Bajo tierra, en túneles y galerías subterráneas, la jornada era de doce horas diarias, de seis de la mañana a seis de la tarde; y en las explotaciones mineras a cantera abierta, la jornada era de sol a sol. Que en invierno se prolongaba hasta bien entrada la noche, cuando los días no eran muy oscuros, y en verano desde la salida hasta la puesta del sol. O sea, desde las cinco de la mañana hasta las siete y media o las ocho de la noche, con tres descansos durante el día: Media hora para almorzar, dos horas para comer y media hora para merendar.

Días de fiesta se guardaban muy pocos. Alguno señaladísimo. Los domingos se trabajaban todos. Los únicos días de fiesta en las canteras abiertas eran los de lluvia. Pero en las minas y galerías subterráneas pasábanse a veces cuatro, cinco y seis meses sin perder ni un solo día de trabajo por fiesta, salvo que lo hiciera el individuo por propia voluntad.

Lo único a estudiar en aquel ambiente eran los hombres. Y se presentaban al desnudo. Tal cual eran. Pues su ignorancia, que era extrema, les impedía saber fingir, salvo el caso de esos individuos simuladores por temperamento, verdaderos artistas de la hipocresía, que para simular no necesitan estudio ni preparación alguna, sino dejar libre sus condiciones naturales. Ante mi vista desfilaban, pues, a diario tipos dignos de la máxima atención.

El que más abundaba era el aventurero, mezclado de violencia y crueldad. Tipo violento, al par que mísero. Pues compuestos aquellos núcleos de abigarrados elementos, cada cual sólo procuraba para sí, pues practicaban un individualismo feroz. Por otra parte, lo mísero de su condición motivaba su

tacañería habitual para con los demás, y en algunos casos también para consigo mismo.

Vizcaínos, asturianos, aragoneses, navarros, gallegos. Puede decirse que ellos representaban el noventa por ciento de la población minera de la cuenca vizcaína de aquellos tiempos. La mayoría, sin embargo, solían darla los gallegos.

La vida no tenía ninguna perspectiva digna de relieve. ¡Trabajar, trabajar sin descanso! Lo más digno de notar eran las características en que en la vida diaria se dividían aquellos hombres. Había los ahorradores, que bordeaban la miseria con tal de ahorrar unos duros. Los que más se distinguían para el ahorro eran los gallegos. Venían, después, los otros, los gastadores. Los que no sólo no ahorraban, sino que de todas partes salían empeñados, si les fiaban. Pues se iba al fiado siempre, ya que se daba el caso de pasar dos y tres meses sin que los amos de las minas pagasen a sus obreros los jornales devengados.

Entre estos últimos se destacaba el individuo que hacía «curva». Hacía «curva» el que se marchaba sin pagar a la patrona y a la cantina. Esto último era difícilísimo. Pues muchas de estas cantinas eran de los amos o de algún pariente de los amos de la explotación. A veces lo eran de algún encargado o deudo suyo. Y en este caso, ya se sabía que era imposible marcharse sin pagar. Pues el cantinero cobraba lo que el individuo le debía antes que éste recibiera su jornal. Abuso que daba lugar a escándalos, riñas y a muchísimos excesos. A la única que podía hacersele «curva» era a la patrona.

Entre blasfemias, juramentos, palabras y frases groseras y soeces, cuentos y sentencias inmorales, pero dicho todo sin malicia, con la mayor naturalidad del mundo, aunque como satisfacción a las continencias sexuales que la falta de mujeres imponía, iba yo creciendo y conociendo la vida y a los hombres, educándome y aprendiendo.

Me llamaba la atención el odio de «razas» que se respiraba en aquel ambiente. Los navarros y aragoneses, por ejemplo, no se confundían con los vizcaínos o con los asturianos. Y si bien entre ellos también solían disputarse, llegando, incluso, a la agresión personal, al tiro y a la puñalada, más de la última que del primero, pues el arma de fuego era rara entre aquella gente, formaban grupo

aparte de los obreros de otras regiones. Y cuando los de otras regiones los atacaban, poníanse de acuerdo para defenderse. Sin perjuicio de que luego riñeran entre sí. Igualmente ocurría entre los vizcaínos y los de otras regiones. Los riojanos también obraban por separado. Pero donde más se notaba este odio de «razas» era entre los gallegos y todos los demás. Contra los gallegos se unían todos. Los gallegos eran el blanco de todas las burlas de aquel mundo tan dispar y heterogéneo. A los gallegos se les insultaba, befaba e injuriaba por todos los procedimientos. El de la canción, incluso. Se cantaban canciones como éstas: «Dicen que ha muerto un gallego, ojalá se mueran veinte; cuantos más gallegos mueran, más pellejos para aceite.» «Los gallegos en Galicia, cuando van en procesión, llevan un gato por santo y una vieja por pendón.» Sin explicarme el porqué, yo me sentía atraído hacia los befados e injuriados. ¿Por ser de región vecina? No. No sabía discernir yo entonces esas cosas. Por sentimiento generoso; porque me parecían absurdos los insultos. Era instintivo. Recuerdo que también mi padre obraba lo mismo.

Frecuentemente lo hacían capataz. Y cuando lo era, terminaba porque en su cuadrilla todos fueran gallegos.

De vez en cuando llegaba a los apartados lugares donde trabajábamos algún periódico de los que aparecían en la ciudad. Y era de ver la curiosidad con que aquellos hombres escuchaban los relatos que hacía el periódico y el interés que ponían para enterarse de las noticias que daba, aunque frecuentemente, el que leía, apenas supiese más que deletrear con dificultad.

Cuando este caso se daba, mi padre, para demostrar lo que sabía su hijo, hacía que me dejaran el periódico y leía en alta voz, «de corrido», como ellos decían; ¡lo que solía asombrarles cuando me oían por primera vez! Era el orgullo paternal satisfecho. Una de las mínimas satisfacciones que a mi padre le estaban permitidas a sus afanes y sinsabores.

Yo sentía viva curiosidad por aquellas hojas que hablaban de todo; pero me gustaba leerlas estando solo y por lo bajo. Quería enterarme para mí. Por eso, cuando leía en voz alta, no me satisfacía.

Lo que más impresión causaba en mi espíritu eran los relatos y aventuras que de su vida solían contar los mineros, sobre todo los días de lluvia, cuando no se

trabajaba y no se podía salir de los barracones, donde habitábamos generalmente. La milicia solía ser la preferida. Cada uno contaba lo que le había sucedido cuando fue soldado. Por qué le pegaron la primera vez. El mal genio que tenía el capitán A o el teniente B. Cómo un día, estando durmiendo, le robaron el hilo de coser y las agujas. Cómo otro día le robaron la camisa y el cinturón. Y así por el estilo. Y luego las fatigas pasadas en el aprendizaje de la instrucción. Todo ello entreverado de escapadas a las casas de lenocinio. Donde estaba la Fulana y la Mengana, que eran la querida de éste o del de más allá. Pero uno de los relatos que conservo más en la memoria, por lo que me impresionó al oírlo, fue el de un vizcaíno que trabajaba en la cuadrilla con mi padre.

Estábamos en unas minas de La Arboleda (Vizcaya). Se llamaba, de apellido, Tolosa. Joven; veinticuatro o veinticinco años; tenía lo que hoy se llama prestancia en el gesto y facundia en el hablar. Y solía contarnos sus hechos de valor, sus hazañas. Y una de éstas, la que me impresionó, fue que, estando en un pueblecillo de Vizcaya, por un duro y un azumbre de vino, entró a las doce de la noche en el cementerio, sacó de un nicho un cadáver, con su caja, se lo cargó a la espalda, lo sacó a la carretera y allí, ante el asombro de los mismos que habían apostado con él, y que por terror supersticioso no entraron en el cementerio, puso de pie al cadáver con la caja, les dio un empujón y rodaron por el suelo.

Generalmente, a los que escuchaban este relato, les causaba profundo terror religioso; a mí, no; lo que me causaba era admiración por la serenidad y sangre fría que demostró al realizarlo.

Otra vez le envió su padre a buscar leña al monte. Y por no ir demasiado lejos a buscarla, no se le ocurrió nada mejor que cortar un palo de telégrafos y llevárselo a su casa. Esta hazaña le costó pasar una temporada en la cárcel. Y gracias a las influencias caciquiles de su padre, se libró de algo más serio.

La observación de todo cuanto me rodeaba y de lo que veía y oía era mi única fuente de enseñanza. Y me preocupaba siempre saber el cómo y el porqué de las cosas; ver cómo se hacían y cómo pudieran hacerse; en una palabra, explicármelo todo. Pero la falta de conocimientos, de los más elementales

cuando menos, era y sigue siendo el obstáculo contra el que he chocado toda mi vida.

Empecé a conocer lo íntimo de los sentimientos humanos por las cartas que la mayoría de aquellos hombres rudos, entre los que vivía, me hacían que escribiese a sus familiares y deudos. En aquellos coloquios íntimos, ellos confiaban al papel, y por tanto a mí, sus ansias y sus esperanzas, sus anhelos y ambiciones.

¡Cuántos deseos insanos conocí! ¡Cuántas ambiciones infames me explicaron para que yo las trasladara al papel! ¿Pero cómo se atrevían, diréis vosotros, a desnudar su conciencia ante una criatura que podía descubrirlos? Porque después de algún tiempo en que me trataban y decían cosas para que las pusiera en las cartas que les escribía, se convencían que yo no decía a uno lo que me confiaba otro, que yo no traicionaba sus intenciones. Cuando se convencían, confiaban en mí para expresar sus deseos ocultos. Para tales menesteres era yo el convidado de piedra. Mi padre mismo, que sabía que era yo el amanuense de la mayoría de individuos, nunca tuvo la malsana curiosidad de preguntarme lo que ponía en las cartas. Quizá esta conducta de mi padre me servía a mí de lección.

Ya desde aquellos tiempos me sentí siempre inclinado a juzgar a los hombres, más por sus obras que por sus palabras. Me fijaba siempre en lo que hacían, comparándolo después con lo que hablaban, y deducía. Así aprendí a conocer a mis semejantes y a saber qué valor tienen las palabras y el que tienen los hechos.

II. Mi INICIACIÓN EN LAS CUESTIONES SOCIALES

El anarquismo

Mi iniciación en las cuestiones sociales fue la lectura de un artículo de un semanario que se publicaba en Murcia.

Trabajaba en el depósito de máquinas del ferrocarril de Bilbao a Portugalete como fogonero-maquinista en la máquina fija de los talleres.

Como el tiempo me sobraba, pero no el dinero para comprar libros, cuanto encontraba a mano, periódicos, hojas, todo, arramblaba con ello y lo leía. De vez en cuando pasaba por los talleres de ajustaje o por los de ebanistería y registraba los cajones de los bancos de trabajo de los obreros y cogía los periódicos que en ellos encontraba. Otras veces se los pedía.

En una de estas rebuscas, en el taller de ebanistería, encontré un número de un semanario anarquista titulado *El Obrero Moderno*, que se publicaba en Murcia.

Como los artículos doctrinales y los filosóficos no los entendía, mis preferencias eran para los literarios y sentimentales. Entre ellos hallé uno donde el autor relataba con trazo fuerte y emocionante su vida rota y destruida a causa de haber estado en la guerra de Cuba. Era tal y tan convincente el acento patético empleado para maldecir la guerra y las causas que la engendraban, que me sentí profundamente conmovido en lo más íntimo de mi ser. Pero la emoción se trocó en curiosidad inexplicable cuando ya en los últimos párrafos del artículo decía el autor que sólo la anarquía y los anarquistas acabarían con tantos males, implantando en la tierra el reinado del amor, de la justicia y de la fraternidad.

Yo había oído decir siempre que los anarquistas celebraban reuniones secretas y en ellas se sorteaban para ir a matar reyes, ministros, altos personajes. Que la bomba y el puñal, y el exterminio, eran sus leyes; que su finalidad era la destrucción del género humano por el incendio y el asesinato. Y ahora me

hallaba ante un escrito en el que se me decía que los anarquistas y el anarquismo querían la igualdad, la fraternidad y el amor entre los hombres. ¡Quizá serán otros anarquistas! —pensé—.

Y en esta duda leí y releí el artículo cuatro o cinco veces. Todo mi ser se conmovía ante la desgracia de aquel hombre que veía su vida rota, truncada, deshecha por haber estado en la guerra. A mí aquello me pareció una monstruosidad inconcebible, algo que los hombres no podían ni debían tolerar.

Por ver si hablaba de lo mismo en artículos sucesivos, seguí interesándome en la lectura de aquel semanario, que casi siempre encontraba en algún cajón de los bancos de los talleres.

Poco tiempo después, en la hora que teníamos de descanso para la comida, estábamos un día varios operarios sentados en un vagón de segunda clase de los que había en reparación en el depósito. Esperábamos el toque de campana.

Unos por una causa y otros por otra, la mayoría se fueron antes de la hora habitual, cuando faltaba más de media hora para la entrada al trabajo. Sólo quedamos otros dos y yo. Al cabo de un momento, la conversación vino a parar en el artículo de referencia y en el anarquismo y en los anarquistas.

Y uno de los dos confesó que él era anarquista y no tenía por qué avergonzarse, ni había matado a nadie, ni tiraba bombas, ni se sorteaba ni nada de todo aquello que pensábamos nosotros. Y puso tal acento de sinceridad en sus palabras, que me llamó la atención y me puso en duda.

Nuestra sorpresa, la del otro y la mía, ante la confesión de hallarnos con un anarquista de verdad, auténtico, palpable, de carne y hueso, compañero nuestro de trabajo, y, por añadidura, individuo bueno, amable, cariñoso y simpático compañero de los demás, no tuvo límites. Lo veíamos y no lo creíamos. Teníamos en nuestra presencia a un hombre terrible que no lo parecía en absoluto. Y cuando repuesto de la sorpresa intentaba conocer detalles que me aclararan lo que veía incierto y confuso, la campana de los talleres nos separó, yéndonos cada uno a nuestro lugar de ocupación.

Continué leyendo periódicos y folletos y algún libro anarquista que me prestó aquel muchacho. Y más tarde entré en relación con anarquistas. Me la proporcionó aquel compañero de trabajo, que hablaba del anarquismo con tal unción, con tal sentimiento, con tal emoción; había en sus palabras tanto amor y tanta generosidad para los hombres y para las cosas; era tan amable para disculpar los errores ajenos y tan severo para los propios, al menos yo lo aprecié así, que sin más averiguaciones adquirí la convicción de que el ideal que tan alto elevaba al hombre, que tan bueno lo hacía, que tan comprensivo lo formaba, era el ideal de la perfección humana, de la justicia absoluta, del reinado de la fraternidad entre los hombres. Y con la seguridad del neófito que cree haber visto en las brumas de sus ensueños al Dios en que cree, comencé a trabajar por aquellas ideas que no había examinado, que desconocía en absoluto; pero en las que creía con el desinterés y la sinceridad con que cree quien en el ideal no busca ni desea el beneficio propio, sino el beneficio y el bien ajenos.

Poco a poco fui acostumbrándome al tono profético con que los propagandistas del anarquismo se produjeron siempre. Y yo mismo, en los primeros años de mis actividades, hice igual. Imposibilitado de adquirir una cultura más amplia y sólida, me guiaba por lo aprendido en los libros que leía, procurando adaptarlo a las condiciones de la vida. Pero era en ésta donde yo observaba. Era en ésta donde yo aprendía. Era en ésta donde yo establecía contrastes, comparaciones, diferencias.

Frecuentemente, la contradicción entre el simplismo con que el anarquismo resuelve las cosas, teóricamente, claro está, y las realidades que yo observaba, en perfecta y absoluta contradicción con esas teorías, me llevaban a los linderos de la duda; pero entonces, en vez de desconfiar de las ideas, desconfiaba de mí, me echaba la culpa de incomprensión y recomenzaba de nuevo mis observaciones. Y así iba aprendiendo.

Sin embargo, no era ésta mi única preocupación, pues aparte mi formación mental y espiritual, dos cosas me interesaban e interesan todavía, y, finalmente: No hacer daño a los demás y, en cambio, procurarles todo el bien que pueda.

Obediente a este principio, consciente de él, sabiéndolo, no he hecho daño a nadie. No tendría valor para hacerlo. Ni aun a los mismos que me han injuriado. ¿Espíritu cristiano? No lo sé. Pero a un individuo que durante algún tiempo se ensañó conmigo combatiéndome duramente desde un periódico, que me injurió e insultó, que me trató de todo, cuando más tarde se encontró en situación apurada, arriesgando yo un poco de la libertad y el aprecio que gozaba, me puse incondicionalmente al servicio de aquel hombre en un trance doloroso y difícil para él. No podría obrar de otra manera.

Vagando de un lado para otro; yendo de aquí para allá; tratando con gente de todas clases; hablando con todo el mundo; observando lo que pasa y queriéndomelo explicar, es como me he formado yo, es como he aprendido yo. Más aún: aparte el hecho sencillo ya relatado de la forma que conocí las ideas y de mi incorporación a la actividad de las luchas sociales, que vino, naturalmente, sin esfuerzo ninguno, en el orden de las ideas, de los conocimientos adquiridos, todo ha sucedido de la misma manera. No hay nada extraordinario. No ha ocurrido ningún caso que pudiéramos llamar excepcional.

He dicho alguna vez que carezco de una cultura científica, artística, literaria y hasta filosófica. Para algunos, esta confesión es pura pedertería, ganas de que hablen de mí. Para otros es confirmación de que ocupó en las actividades políticas y sociales del país un lugar inadecuado, superior al que realmente me pertenece. No lo discuto. Posiblemente es cierto. Pero sí digo y afirmo que, si ocupó lugar inmerecido, superior a mis condiciones y a mis capacidades, no es porque haya cometido vilezas ni bajezas para conseguirlo. Jamás me he arrastrado a los pies de nadie. Jamás he solicitado ese favor: estoy ahí porque me han puesto. Ellos sabrán por qué. Dejaré de estarlo cuando me quiten. ¿Que no tengo cultura? ¡Ya lo sé! ¡No hace falta que me lo digan! Pero es que yo no tengo la pretensión de que crean que la tengo. Ni me alabo ni me avergüenzo de mi condición. La acepto. Lo que sí afirmo, lo que digo, es que, en la medida de mis fuerzas, de mi capacidad y de mis condiciones personales, hago cuanto puedo por adquirir esa cultura. Aprovecho cuantos medios me presenta la ocasión para estudiar, para saber, para aprender. Pero siguiendo la trayectoria de toda mi vida, procuro estudiar, saber aprender por lo que la

vida enseña más que por lo que enseñan los libros. Es en el perenne y formidable choque que producen los deseos, las pasiones, los egoísmos, las ambiciones y los anhelos donde procuro estudiar. Por eso, inmodestia aparte, careceré de atisbos de genialidad, sólo permitidos a los hombres superiores; pero conozco bien la vida y a los hombres, y con esto que conozco voy haciendo mi deber.

Por esto digo que no hay hechos destacados en mi formación espiritual y mental.

Como lecturas, he preferido siempre la literatura a la filosofía. Me gusta más conocer los hechos a través de la fantasía del novelista que no de la sequedad y aridez del filósofo. De aquella manera la comprendo mejor. Y después de la literatura, me gusta la Historia. Sin embargo, de ninguna he leído lo suficiente para formarme una cultura. Pero he leído y leo en la vida. Aprendo tratando a las gentes; observándolas hasta donde mis conocimientos me lo permiten; preguntándome siempre el porqué de sus acciones. Qué motivos las impulsan. Por qué y para qué y con qué intención hacen las cosas. Uno a estas observaciones el resultado de los actos que cada persona ejecuta, y después comparo con lo que la Historia dice, con lo que la Filosofía analiza y con lo que la Literatura inventa. Y de la mezcla de esos tres elementos, que aunque marchan paralelos no se confundirán jamás, obtengo lo que sé y los juicios que expongo. ¿Que es una elaboración lenta, difícil, incompleta? Posiblemente. Pero no tengo otra. He seguido esa toda mi vida y, acostumbrado a ella, no puedo ya cambiar; aunque trato de modificarla en lo que me sea posible, para mejorarla.

Sin embargo, la cantera más abundante de los materiales que utilizo me los proporciona la observación de los hombres y de las acciones que ejecutan. Pero, sobre todo, de las que ejecutan obedeciendo al impulso de su temperamento, y no de las que ejecutan por mandato o imposición de las circunstancias o de los individuos que puedan influir en sus decisiones. Cuando obran por impulso natural y sin influencias impuestas por otros, es cuando se muestran tal cual son, es cuando lo que llevamos dentro se manifiesta como es.

También ha influido mucho en mi formación espiritual el viajar. El contacto con gentes de otros países, de otras costumbres, de otros usos y de otro concepto de la vida, me descubrían matices de la nuestra, no apreciados por mí anteriormente y que el contraste me hacía descubrir.

Francia, por ejemplo. Cuando crucé la frontera por primera vez y oí su lenguaje y vi la manera de ser de los franceses, me pareció que aquello era otro mundo. Algo tan distinto de lo nuestro, que quizá no llegara a comprenderlo jamás. Pero esta sensación obró en mí como revulsivo. Pasados los primeros momentos, me dispuse a vencer los obstáculos. No fue costosa la labor. Me di cuenta en seguida que eran, más que realidades insuperables, impresiones sin consistencia ni fundamento. A los pocos días de estancia en aquel país, a pesar de que no fueron agradables, vi que la diferencia no era tan fundamental ni tan esencial como supuse en el primer momento; pero utilísima para aleccionarme sobre los problemas morales que separan a los elementos raciales de los distintos países.

Por lo mismo, el rastro que esta impresión dejó en mi pensamiento no se ha borrado después. Por ella se me hizo odiosa la guerra entre los hombres. Si todos somos iguales; si todos cabemos sobre la tierra; si la diferencia que nos separa es, más que de otra cosa, de situación geográfica, de lugar de nacimiento, de forma de expresión lingüística, pues la de otro orden existe, no sólo entre los habitantes de unos y de otro país, sino entre los individuos de un mismo país, ¿por qué hemos de odiarnos hasta batirnos, y por qué considerarnos enemigos? Comprendí entonces el cosmopolitismo del anarquismo teórico que habla de una patria universal.

La franqueza, la camaradería con que los franceses acogen al extranjero que llega a su país después de algún tiempo de residencia en el mismo, como lo hacemos en España con el extranjero cuando lo hemos tratado un poco de tiempo, me hizo condenar las locuras guerreras, los conflictos armados entre pueblos y ese odio estúpido con que los doblemente estúpidos cultores del patriotismo de oropel odian al extranjero. Dejé de comprender todo esto y me sentí libre de un prejuicio más que, si no pesaba seriamente en mi ánimo, de vez en cuando lo inquietaba con la duda.

Más tarde, bastante más tarde, prodújome impresión profunda mi entrada en Alemania. Conocer a los alemanes a través de la literatura traducida, o de algún alemán visto en España, o de lo que de ellos se dijo durante la guerra, no era igual que entrar en Alemania y ponerse en contacto con todos los alemanes y vivir el ambiente que ellos viven. Confieso que a las primeras de cambio me resistí a creer que los alemanes a quienes yo trataba fuesen aquellos que durante la guerra europea cometieron tantas monstruosidades.

Sin embargo, al poco tiempo me convencí que podían serlo. Que posiblemente lo eran. Pero no porque voluntariamente o por temperamento lo fueran. Nada de esto. Para mí, el alemán es bueno, generalmente. Pero tiene una condición que le perjudica: ser demasiado obediente. La rebeldía, la oposición, tanto al mal como al bien, no es condición destacada en el temperamento alemán. Ama la obediencia y la disciplina por encima de todo. Se somete a ella cerrando los ojos, como el toro de raza cuando embiste. En estas condiciones, basta que el Estado Mayor del Ejército ordenase las monstruosidades más inconcebibles para que el soldado simple las cometiese. No fueron, pues, crueles por voluntad, por acción propia, sino que lo fueron por obediencia, por mandato.

Establecido el distingo, lamenté que el pueblo alemán sea así; pero me sentí inclinado a comprenderlo y a aceptarlo.

Y la impresión más profunda en mis viajes por otros pueblos fue la que sentí el día que atravesé la frontera rusa para llevar al proletariado de aquel país el saludo cariñoso y fraternal del proletariado español, representado en la Confederación Nacional del Trabajo.

Cuando el tren que arrancó de la estación de Narva llegaba a la frontera rusa, señalada por un disco rojo colocado en lo alto de un trozo de raíl plantado en el suelo y en lugar despoblado, sin estación, pues tan sólo había un grupo de soldados rojos expuestos a las inclemencias del tiempo, sentí mi ánimo profundamente conmovido y agitado. Pero no era una agitación exaltada, chillona, expresada en gestos o en palabras, no: era una agitación íntima, serena; más bien inquietante que otra cosa. Formada por dos impulsos

igualmente poderosos, la alegría y el temor, carecía de relieves peculiares que sirvieran a manifestar a los demás.

¿Qué pasaba en Rusia? ¿Qué vería en aquel país? ¿Qué sorpresas me esperaban en el crisol donde comenzaba a fundirse el capitalismo para forjar con los materiales fundidos el nuevo mundo social? ¿Qué era lo que iba a ver? ¿Alcanzaría a comprenderlo?

Mucho aprendí en aquel viaje y de mucho han servido a mis ideas aquellas enseñanzas.

Y, por último, la impresión más indefinida de mi vida, pues se formó mezclada de todo un recuerdo que abarcaba una vida, fue la que sentí después del atentado de que fui víctima en Manresa. Cuando ya en el Hospital me di cuenta de la gravedad de las heridas, y que, como consecuencia de ellas, podía morir, nada me inquietaba, salvo mis hijos y mi compañera. Pero conocedor de lo que ésta es, sabía que a mis hijos no les faltaría el pan mientras ella viviese. Por lo mismo, podía morir tranquilo. Y con la serenidad íntima que da el haber cumplido, no un deber, sino todos los deberes, como ha podido y ha sabido cumplirlos, esperaba tranquilo la muerte. Estado de ánimo en el que viví unas horas, desde que se me hizo la primera cura hasta el amanecer del siguiente día, en que, por reacción natural, presentí que la muerte no estaba próxima y que aún podía luchar para vencerla.

Quiero citar también la influencia que yo creo ha tenido en mí, no en la formación espiritual y mental, pero sí en la temperamental y característica, mi profesión de relojero. Posiblemente fue mi inclinación a la observación meticulosa de lo que veía lo que me aficionó a aprender este oficio; pero estoy seguro que después ha sido el oficio el que ha influido poderosamente en mi actual manera de ser.

La paciencia, la calma, la serenidad necesarias para actuar en las luchas sociales y en todas, pero más particularmente en las sociales, con provecho, creo estar seguro al decir que se han desarrollado en mí con la profesión, pues la profesión de relojero requiere tener serenidad, calma y paciencia. Y si no que se lo pregunten a mis colegas.

Aparte lo personal de que me vengo ocupando, he oído decir, y leído más de una vez, que la cuestión sexual tiene influencia poderosísima en las demás actividades que el hombre y la mujer desarrollan, aunque más especialmente en las ideas. Creo que dicen verdad los que lo afirman. Frecuentemente he visto llegar a la organización jóvenes trabajadores que todo lo querían resolver a rajatabla. Nada de lo hecho hasta entonces era para ellos respetable: ni los hombres, ni las cosas, ni las actuaciones, ni nada. Traían un impulso destructor que atemorizaba. Ha pasado tiempo. Han contraído matrimonio y constituido un hogar. Al instante se ha notado el cambio. ¿A qué causas obedeció? ¿Es que, quizá, satisfecho el instinto genésico y sexual se han modificado la dirección de sus ideas y los impulsos temperamentales? Yo creo más bien en esto último. Estimo que la interpretación individual de una tendencia social o de un programa político de partido no es lo mismo en el hombre de veinte años que en el de cincuenta, ni tampoco es lo mismo en el individuo de fuertes energías sexuales como en el individuo de energías sexuales más débiles. Lo escrito, lo mismo es para el uno que para el otro; pero la interpretación, y más aún que la interpretación, la acción que ha de realizarlo, practicarlo, cambia profunda y radicalmente, según sea la edad del individuo, salvando las excepciones naturales. Y es que por mucho que se diga sosteniendo lo contrario, la interpretación de lo que han de ser las ideas se hace casi siempre a través de las características temperamentales. Y si los instintos sexuales influyen, como yo creo, se explica perfectamente lo que afirmo más arriba.

Ahora bien: ¿lo que es cierto con respecto al problema social, no puede serlo igualmente con las diferencias necesarias y en cantidad inferior, naturalmente, con relación a la cuestión profesional? El ejercicio físico y mental indispensable para adaptarse a las exigencias profesionales, ¿quién puede negar que a su vez no ejerzan influencia en el temperamento y en las ideas del individuo?

He leído ya varias veces que esta influencia existe. Lo han dicho hombres de ciencia, cuya capacidad y seriedad no puede ser negada. A lo dicho por ellos añado las observaciones personales hechas por mí en mí mismo, de las que resultan comprobaciones que corroboran sus asertos.

Todo, pues, ha influido en mi formación espiritual. Mis ideas son, por tanto, el resultado directo de lo que veo y de lo que hago, mucho más que de la lectura

y del estudio. Por eso frecuentemente son desgarradas, y a primera vista desconectadas entre sí. Pero si se las examina detenidamente, se verá que la ligazón que las une está determinada por los hechos y que la vida es eso mismo: una serie de acontecimientos que, si aparecen, superficialmente, faltos de concordancia entre sí, es sólo en sus facetas exteriores; pues internamente están fuertemente ligados. Lo contrario que la filosofía. Esta aparece siempre ante los ojos del lector como cosa perfecta, algo así como el tren que veloz y orgulloso resbala por los carriles. Pero el tren no es los viajeros que lleva dentro de los coches, ni siquiera el pensamiento del maquinista que abre el regulador y pone en marcha la máquina.

Si quisiera citar un libro, un autor que hubiese influido en mí en justicia, no podría hacerlo. La mayoría de libros, tanto literarios como filósofos, ni unos ni otros me inclinan a imitarlos. Los aprecio; me ayudan a elaborar mis ideas, a orientar mis actividades; pero no me siento inclinado a imitarlos. Por eso se verá que, en cuanto escribo, raramente hago cita a otros autores, o me refiero a ideas que ellos expusieron y a cómo las interpretaron.

Muchas veces pienso que esta forma de ser me perjudica, pues me priva de ayudas que me serían valiosísimas. Pero soy así y no de otra manera. Obedezco siempre a mis impulsos naturales, y no los contrario sino es cuando, al realizarlos, he de perjudicar a un tercero. Aparte estos casos, obro siempre impulsado por ellos.

Una razón que lo demuestra es que jamás he preparado ninguno de mis discursos. Ni para mítines ni para conferencias. Ni estudio ni preparación previa: improvisación siempre. Siempre improviso. Unos momentos antes de comenzar la peroración me reconcentro en mí mismo. Y no pienso en el discurso que he de hacer, sino en que he de hacer un discurso exponiendo lo que pienso con arreglo al tema enunciado. Luego expongo las ideas tal como ellas se me presentan. Así he procedido siempre hasta ahora.

Por lo que hace referencia a mi intervención en las luchas sociales y a mi formación espiritual, hay dos períodos perfectamente separados el uno del otro: el primero, o sea el anterior a mi llegada a Barcelona, y el segundo, el que comienza a partir de este momento. El primero es el período de vida

trashumante, un tanto bohemia y de existencia azarosa. Joven, sin nadie que tirara de mí, ni padres, ni hermanos, ni parientes; dirigido únicamente por mi albedrío personal, es el período quizá más hermoso de mi vida aquel en que el individuo se manifiesta tal cual es y en el que vive su verdadera vida. A nadie estorba y nadie le estorba a él. Vive, y esto es todo.

Este primer período me llevó a conocer tipos verdaderamente originales, «ex hombres» que diría Gorki. Sin embargo, en ese mundo descrito por Gorki, y al que otros muchos novelistas se han asomado después, hay mucho de aprovechable, con tal de que se supiese aprovechar.

Con ese objeto, al mundo de la bohemia proletaria le han salido unos valedores, unos sociólogos de última hora que, a pretexto de regenerar a los «vagos», holgazanes, y delincuentes que viven en los bajos fondos sociales, y en las capas cercanas a las clases trabajadoras, quieren «dirigir la actividad del niño apenas aparece en la escuela o en el taller». Si no fuera irreverencia, dado el fin y la buena fe que les guía, sería el caso de preguntar a esos señores: «Y a ustedes, ¿quién los dirige?» Porque es muy cómodo hablar de ese «mundo» abigarrado y pintoresco desde las cimas de la filosofía y la razón; es cómodo y hasta atrayente; pero no es real. Para hablar de ese mundo hay que conocerlo, y para conocerlo, hay que vivir un poco más cerca de él y conocer algo su tragedia; porque trágicamente vive, aunque otra cosa parezca.

Lo primero que he de afirmar es que el «vago», ese «vago» por naturaleza, del que tanto se habla y sobre el que se ha tratado de legislar para hacerle candidato al presidio, no existe. Es falso cuanto se diga sobre el particular. En ese mundo, como en el mundo de la delincuencia, no hay más que dos clases de individuos: el enfermo por taras hereditarias o por causas adquiridas, o el inadaptado.

Del primero no hablemos. No es la cárcel ni las leyes de represión quienes le harán cambiar de conducta. Es perder el tiempo intentarlo por ese procedimiento. Es enfermo; no hay más que curarlo.

Hablemos, pues, del segundo, del inadaptado. ¿Será una «Ley de vagos», como las que han proyectado muchos países, la que modificará su modo de ser, la que imprimirá nueva dirección a sus pensamientos, la que canalizará hacia el

lado útil las energías de esos «vagos»? Tal como estas leyes han sido concebidas hasta ahora, no; podemos afirmar que no. Ese individuo, con ley de vagos y sin ley de vagos, será siempre el mismo. La ley de vagos quizá le haga peor. En el comienzo de su vida hay un error, y de este error, del que no es responsable, pero sí víctima, sufrirá las consecuencias.

En edad para dedicarlo al trabajo, ni se le consultó qué oficio o profesión le gustaba ni se averiguó hacia dónde se inclinaban sus gustos.

Un día, su padre y su madre, por la noche, al acostarse, o en la intimidad de sobremesa, decidieron de la voluntad del niño. Será albañil o carpintero, zapatero o pintor. Estudiará para maestro de escuela o para abogado, o para ingeniero o para médico. Será dependiente de comercio, ferroviario o empleado en telégrafos o teléfonos, o marino o barbero, o burócrata del frondoso bosque del presupuesto municipal, provincial o nacional.

Y mientras él juega tranquilamente en la calle o duerme, ajeno por completo a su propia suerte, ya se ha decidido cuál será ella. Y un día, cuando menos se lo piensa, le coge su padre de la mano y le dice: «Ven conmigo», y el niño sigue. Lo demás ya se sabe.

A un muchacho dinámico, activo, con ansias de luz, con anhelos de aire y de sol, que necesita movimiento y actividad física, lo han hecho escribiente o empleado de Banca o maestro de escuela. Al otro, de temperamento sedentario y pacífico, lo han hecho corredor de comercio, viajante, maquinista de tren, cochero o algo parecido. Al aficionado a la construcción de casas, obrero tipógrafo; y el que quería ser ebanista, es obrero de una fábrica de papel. Y al que tenía afición para ser barbero, lo han hecho pescador, y al que quería ser agricultor, zapatero. Inútil rebelarse: la autoridad paterna primero, y las necesidades y posibilidades después, acallan la protesta hasta conseguir la adaptación al medio. Estos son los trabajadores. Después vienen los que se inclinan por rebeldía; esos son los vagos, los inadaptados, «los vagos» profesionales contra los que quieren hacerse leyes. Ganas de perder el tiempo. Esos individuos están más allá de la ley. Mucho más allá.

Yo, en mi vida azarosa, he tratado con muchos de ellos. Y afirmo que no son vagos, que su mayor deseo es trabajar, hacer algo. Lo único que desean es

hacer un trabajo que les guste, que esté en armonía con sus condiciones temperamentales y con sus inclinaciones y gustos.

Entre los muchos tipos que traté, recuerdo especialmente uno. Lo encontré en el Mediodía de Francia. Era catalán, hijo de Barcelona y de familia de clase media. Tenía la carrera de Farmacia terminada. Vi el título. Su deseo era viajar de un lado para otro. Ver gente nueva. Ver tierras. Tratar con diversas personas. Moverse constantemente. Había sed de infinito en sus ojos y en sus deseos. Y a sus padres no se les ocurrió nada mejor que hacerlo farmacéutico. Posiblemente hubiera sido un buen marino, un buen viajante de comercio, un buen ingeniero o cosa parecida. Necesitaba movilidad, caminar, ir de un lado para otro. Y estudió para encerrarse detrás del mostrador de una Farmacia cualquiera.

En Francia se dedicaba a pedir limosna. Era joven: veinticinco años. Y con tal de satisfacer su deseo de ir de un lado a otro, de moverse constantemente, no le repugnaba lo que hacía. Prefirió esto a ejercer la profesión para la que había estudiado.

Creo, pues, que al niño ha de facilitársele el aprendizaje del oficio que quiera o el estudio de la carrera para la que tenga inclinación. Y el procedimiento ha de ser sencillo, de simple observación.

Si algún día estuviese en mi mano aplicar un procedimiento, seguiría este: En todas las escuelas de niñas y niños, anejo al patio donde pasan las horas de recreo, construir amplias, claras y espaciosas salas con sus trozos de huerta-jardín correspondientes. Y en esas salas y en esas huertas-jardín pondría al alcance del niño toda clase de herramientas de todos los oficios industriales y agrícolas, y todos los materiales necesarios. Y las dejaría que libremente los utilizaran. Sin que por parte de nadie, maestro o familia, se le hiciese al niño la menor indicación. Y él, naturalmente, por inclinación propia, demostraría la profesión que quería aprender.

Y después, para registrar las variaciones que cada niña y niño manifestase, los maestros, o bien ayudantes de maestros especializados en la materia, llevarían una ficha donde mensualmente anotarían el resultado de sus observaciones,

cuyo resumen permitiría conocer con bastante exactitud las preferencias del niño, y por qué profesión, oficio o estudio se inclinaba.

Procediendo así o de manera análoga, salvo en rarísimos casos, no se cometería la torpeza de violentar la inclinación natural del individuo disminuyendo así considerablemente el número de los «vagos», de que tan ligeramente hablan los sociólogos y legisladores que, más que a estudiar las condiciones naturales del ser humano para encauzarlas favoreciendo su desarrollo, nos toman por conejillos de indias para experimento de laboratorios.

Estas observaciones, sacadas de la realidad, me han hecho sonreír jocosamente muchas veces cuando hablan los gobernantes de leyes de vagos, y los sociólogos a la violeta de «dirigir la educación profesional del niño, tomando como base las necesidades de la economía» y otras zarandajas por el estilo.

El segundo es el período que comienza con una intensa actividad en la actuación social, pero con una deficientísima preparación para la obra en que fui llamado a intervenir.

Se dice frecuentemente, ante casos de cuya responsabilidad hay que dar cuenta, pues se hacen reproches al que los cometió, que si hubieran de repetirse, se obraría igual que se había obrado antes. Yo lo he dicho muchas veces ante casos de otra naturaleza; pero si debiera decirlo ante casos como el de mi intervención en la actividad de la lucha social con la preparación que lo hice, contestaría negativamente que no lo haría. Esta sería mi contestación.

Cuando los hechos pertenecen ya a la historia y se acusan con el relieve peculiarísimo de cosa que fue, nada aconseja callar y no confesar públicamente las propias inquietudes.

Reconozco hoy, y confieso, que muchas de las vacilaciones que yo he tenido en actuaciones pasadas, se debieron a mi falta de preparación. Tan es así, que aun reconociéndolo, muchas veces incurro en los mismos defectos en que caí; pero no puedo evitar estas debilidades propias de un estado mental forjado en las condiciones que el mío se forzó. Y no podría ser de otro modo.

Llegué a Barcelona con sólo conocimientos rudimentarios de lo que era una organización obrera. Yo no sabía cómo debía funcionar un Sindicato, ni cuáles eran sus fundamentos ni sus razones de existencia. Conocía, cierto es, lo más elemental de tales cuestiones. Lo que gira en torno a esa media docena de sentencias que son de cajón en los mítines truculentos y que son también la salida airosa de los oradores improvisados. «Que la unión hace la fuerza», «que los obreros deben asociarse para triunfar», «que el capitalismo explota a los trabajadores y los tiraniza», «que la salvación está en la revolución social», «que la revolución social dará a los hombres la libertad, la equidad y la justicia, la fraternidad y el amor». Esto es todo lo que sabía yo, y con este bagaje intelectual y un mucho de romanticismo ingresé en la vida activa sindical.

Lo peor para mí, sin embargo, no fue que hiciese mi entrada en los rangos de los luchadores por la justicia social con sólo esas nociones de lo que la lucha social ha de ser y el romanticismo que habla de «la dignidad ofendida» y «vale más honra sin barcos que barcos sin honra», etc., etc., no; esto no fue lo peor: lo peor fue que al poco tiempo, a los pocos meses de mi incorporación, sin saber cómo ni cuándo, sin haber pasado por el cedazo de la prueba de capacidad o de honradez, o de algo que fuera equivalente, encontré ya colocado en lugar preferente, si no en primera fila, sí muy cerca de ella. ¿Cómo pudo hacerse ese milagro? Como se han hecho otros muchos después. Como siguen haciéndose aún hoy. En los medios donde yo comencé a actuar, y donde sigo actuando, esto es corriente. El último que llega en seguida es el primero. Basta con que grite mucho o con que adopte tono mesiánico. Yo no grité; pero dada mi interpretación de las ideas anarquistas y de las luchas sociales; fuertemente impregnado del mesianismo que las caracteriza; ayudado, además, de mi temperamento y falta de formación, más cerca de las soluciones de tipo místico-cristiano que no de las reales, de esas soluciones que exigen estudio, preparación, constancia y energía, organización y capacidad, halléme colocado de pronto en sitio visible y elevado a la categoría de conductor de multitudes y de definidor de orientaciones. Pero he de confesar sinceramente que ni lo busqué ni lo ambicioné jamás. Llegué allí porque me lo otorgaron voluntariamente, y yo lo acepté con la máxima honradez y dispuesto siempre a sacrificarme para corresponder al favor y confianza que me otorgaron.

Acepté, pues, el lugar de honor que se me concedía y trabajé en elevarlo a la categoría de sacerdocio de la manera que pude y supe. Nadie podía pedirme más, y yo tampoco podía ofrecer más.

Tranquilo, sereno, cumpliendo lo que yo estimaba un deber, pero un deber sagrado, puesto que representaba la confianza que ciegamente ponían en mí miles y miles de hombres, de seres humanos, de hermanos en dolor y en sufrimiento, jamás pasó por mi mente, no ya la idea, ni siquiera la sombra de la traición o del engaño. Cuando el tiempo ya pasado nos aleja de aquellos momentos, quiero decir sin jactancia, sin orgullo, sin altanería, pero sí con la máxima sinceridad, que me hubiese considerado indigno de mí mismo si por un momento hubiese cruzado por mi mente la idea de traicionar a mis compañeros o de hacer granjería o beneficio propio de la confianza que en mí depositaban. Y lo que entonces pensaba sigo pensándolo hoy. Fundamentalmente no han cambiado mis ideas. He dejado atrás, cierto es, tópicos que me parecían sentencias inapelables, fundamentos sólidos de doctrinas que yo no comprendía, que no comprendía porque no lo son; pero ni entonces ni ahora, y creo que jamás, modificaré mis ideas por interés personal. Las modificaré siempre en aquello que las crea equivocadas. Pero lo haré con desinterés y honradez, obedeciendo exclusivamente a los imperativos de mi conciencia. No ambiciono riquezas; si la casualidad o las circunstancias las pusieran a mi alcance, las aceptaría, pues son necesarias para vivir; pero si por obtenerlas hubiese de traicionar mis sentimientos, creo que no llegaré jamás el caso de que pueda echárseme en cara haber descendido a este terreno.

Con fe en mis ideas y amor a la causa justa que defendía, trabajé a diario con entusiasmo y ardor, poniendo en mis actividades todo lo que sabía y podía. Ningún esfuerzo me pareció suficiente. Todos me parecían pocos. Los días, las noches, los minutos, los segundos, todo fue dado por la causa. Ni para mis hijos y compañera tenía un momento de atención ni de intimidad. Estaba seguro que trabajando por todos, trabajaba por ellos también. Que si mi esfuerzo contribuía al advenimiento de un poco más de justicia social, de ella participarían también los míos. ¿Qué más podía ambicionar?

Lanzado en el torbellino de la pelea, fui percatándome que todo aquello se parecía mucho a la leyenda del castillo de naipes: elevado apenas, un soplo de

aire lo derriba. ¿Por qué? Porque yo no había visto al hombre tal cual es todavía. Porque mis observaciones anteriores de carácter moral y sentimental más principalmente no me habían enseñado a conocer al hombre en sus intereses materiales. Desconocía una de sus facetas más interesantes. Pues los conocimientos que yo tenía en materia tan intrincada como ésta, no iban más allá de lo meramente superficial, pues adquiridos a través de mis desordenadas lecturas y de la influencia de la formación ideológica que, como ya he dicho, fue exclusivamente anarquista, no había visto desnuda el alma de los hombres, sobre todo cuando sus intereses materiales están en juego.

¿No han dicho los teorizantes anarquistas que basta cambiar las condiciones sociales que al hombre rodean para que éste cambie totalmente, no ya en su situación económica, sino en su estado mental, moral y ético? Ellos lo han dicho, y yo tomé al pie de la letra sus ideas y sus afirmaciones. Tanto es así, que al discutir con los adversarios en ideas, afirmaban éstos que los anarquistas eran como los demás; que los había buenos, pero que los había malos y aun peores; yo protestaba indignado. Me resistía ferozmente a creer que quien se dijese anarquista fuese capaz de cometer una mala acción contra cualquiera de sus semejantes. La única excepción admitida por mí, era que la cometiese involuntariamente, inconscientemente. Pero en este caso, reconocido el error, el anarquista daría las satisfacciones necesarias para quedar en el lugar que le correspondiese.

Un contacto más activo con los individuos en los medios anarquistas hizo vacilar mis ideas. Aquella creencia mía de que en nombre de unas ideas buenas, generosas, de unas ideas que hablaban de renunciación y sacrificio en favor del prójimo; de igualdad y fraternidad, de amor y de justicia entre los hombres, no podían cometerse malas acciones, ni obrarse mal conscientemente de que así se hacía, ni suponer mala intención en el modo de obrar ni en las intenciones de los demás, se tambaleaba seriamente, sufría rudas y peligrosísimas acometidas.

En discusiones tenidas con mis camaradas, sobre todo con los de edad prolecta y, por lo mismo, más concedores de las ideas y de los hombres que yo, mientras ellos, al hablar de los demás hombres, ya fuesen adversarios políticos, ya fuesen lo que algunos llaman masa, hombres del montón, siempre

les suponían malas intenciones, instintos perversos, premeditada y calculada mala fe, colocándose ellos, mis camaradas, en el caso de ser los únicos honrados, buenos y sinceros, yo protestaba de tales cosas y disentía de su criterio. No creía entonces que fuésemos nosotros los solos que obrasen de buena fe, y que fuesen los otros los malos y los canallas.

Claro está que mis compañeros me invitaban a observar. Ponían ante mis ojos la conducta de aquellos que pensaban diferentemente a como pensábamos nosotros, para que yo dedujera después. Y yo seguía el consejo. Y observaba. Pero luego, por mi cuenta, como aportación lógica a mis ideas y juicios, observaba la conducta de los míos, de los que pensaban como yo, y las deducciones no les favorecían en nada. Pues si mal obraban los de enfrente, mal obraban los de casa. Y más de una vez rechacé las deducciones que sacaba, creyéndolas producto del error, mejor dicho quizá, de mi falta de preparación y de conocimiento para interpretarlas racional y lógicamente. Porque estas deducciones no eran, como ya señalo, en modo alguno consoladoras.

III. BONDAD Y MALDAD HUMANAS

Pero yo estaba dispuesto a llegar al fondo de la verdad. O, por lo menos, al fondo de la verdad que yo fuese capaz de comprender. Y empeñándome en la contienda, seguí tenaz en mis observaciones. ¿Resultados? Los que hoy considero lógicos. Que hombres buenos los hay en todas partes. Y malos, también.

Que hay católicos, republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas buenos, honrados, justos y generosos. Y que hay católicos, republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas y anarquistas que son unos perfectos, unos redomados canallas. Que la bondad y el buen proceder están por encima de las ideas que se tengan y del partido, secta, religión o tendencia social a que se pertenezca, y que la bondad no es patrimonio de una clase, de una casta, ni de la condición social que ocupe el individuo, ni cosa de burgueses o trabajadores, ni de patronos u obreros, sino que se es bueno independientemente de todo eso y de todo lo demás. En una palabra: que la bondad no es patrimonio de castas ni clases, sino del individuo que es bondadoso.

Claro está que esta manera de ver a los hombres, de conocerlos, chocaba con lo consuetudinario y corriente. Pues dado que sobre la literatura y las ideas de aquellos tiempos pesaba, más que pesa hoy, la herencia místico-cristiana, se suponía que el pobre, simbolizando en el pobre, al pueblo trabajador, en virtud de causas superiores al hombre, sin duda, era siempre bueno, era siempre generoso; porque sufría miseria y de la mala organización social, y que el dolor lo magnificaba. En cambio, el rico, el poderoso, el potentado, eran siempre malos, ya que con el poder de sus fortunas corrompían a las conciencias honradas y sencillas del pueblo trabajador.

Mi resistencia a aceptar como artículo de fe lo que era creencia general en los medios populares, me ocasionó más de un disgusto y más de una reprensión

de los camaradas experimentados. Sin embargo, sin darme ni por vencido ni por convencido, proseguía mis observaciones, estudiaba la vida desde el ángulo de mi condición de trabajador y de las modalidades que la lucha determinaba, para obtener conclusiones que me colocaran en plano seguro de actuación.

Pero la incertidumbre era cada día mayor. No la mía, la propia, naturalmente, sino la que provocaba en mi ánimo el pensamiento con que me combatían los demás. Muchas veces repetí aquello de que mi escasa cultura no me permitía llegar a la entraña de las cosas, conocerlas a fondo, enjuiciarlas con la clarividencia precisa. Lo chocante, sin embargo, lo que más me preocupaba, era que, dada mi condición de trabajador, de pobre, de asalariado, no viese lo que veían los demás de mi clase, ya que por egoísmo me convenía más creer lo que los otros creían que no lo que creía yo; es decir, que no aceptara ciegamente el sacrificio de mis propias ideas a las conveniencias de clase, de individuo desheredado de la fortuna, de víctima del régimen capitalista y estatal.

Naturalmente que el inclinarme a reconocer que los pobres fuesen siempre buenos, aunque se emborrachasen y pegasen a su mujer y a sus hijos, por ejemplo, o que hiciesen trabajar a éstos en edad temprana para gastarse, abusando del derecho de padres, en vicios o corruptelas, el ínfimo jornal que sus hijos ganaban, o que los ricos, por tener dinero y fortuna, fuesen siempre malos, era completamente independiente de lo que pensaba de la injusticia social, de la explotación del hombre por el hombre, de la inhumana organización de la sociedad. En lo primero yo buscaba al hombre, al individuo, por encima y sin tener en cuenta su condición o su posición social; en lo segundo ya tenía en cuenta esto último, y lo enjuiciaba de la misma manera que hoy lo enjuicio.

Mi temor, la duda que constantemente me asaltaba, venía de que si era cierta la afirmación de los teorizantes del anarquismo, mis maestros, de que, modificadas las condiciones económicas de la sociedad, cambiaría totalmente la mentalidad del individuo, era tanto como afirmar que el factor influyente en la conducta moral del hombre no lo representaba el pensamiento, sino el estómago, su condición social. Por lo tanto, los pobres, los trabajadores, no

eran buenos porque lo fuesen por naturaleza, porque una de sus cualidades fuese la bondad, sino porque pasaban hambre y sufrían injusticias. Y los ricos no eran malos porque los instintos perversos los condujesen al mal, sino porque tenían riquezas. En este caso, ¿qué pasaría si por una circunstancia cualquiera se cambiasen los papeles y los pobres se volviesen ricos o los ricos pobres? Y sin esto, ¿qué pasaría, cómo serían los hombres al día siguiente del triunfo de la revolución social, cuando una organización distinta, la que nosotros preconizábamos, acabase con los pobres y los ricos y estableciese la sociedad donde todos fuéramos iguales? ¿Seríamos todos malos? ¿Seríamos todos buenos? Pero por encima del interrogante que estas preguntas planteaban, ¿qué me decía la realidad, y, sobre todo, la realidad de mi vida de trabajador, inicua y atrozmente explotado?

Poco a poco fui afirmándome en mis ideas, considerándome más cerca de la realidad y de la verdad que mis compañeros. Empecé por comprender que hay quien se llama católico, republicano, socialista, comunista, sindicalista o anarquista para ser peor, para ser más malo. Para tener, a la sombra de una idea y de un apostolado, sublimes siempre, magnificados muchas veces por el sacrificio de otros hombres, capa que encubra sus bajos instintos, sus ambiciones malsanas, su afán de dominio, su apetencia de sensualismo y voluptuosidades corruptoras. Me convencí, con dolor, que sobre estos hombres y sus ambiciones, las ideas no influyen para nada, ni eran freno que los contuviese. Me convencí que muchos de ellos se reclamaban de estas ideas por odio a la posición social, al disfrute que los otros tenían de las riquezas. Que eran trabajadores que protestaban de serlo, no porque quisiesen que la explotación del hombre por el hombre terminase, no, sino que eran trabajadores y protestaban, y se lamentaban de serlo, porque no podían ser burgueses, patronos, explotadores de los demás. Lo que a ellos impulsaba a la lucha social no era la sublimidad de la idea, el calor de un pensamiento, la satisfacción íntima de un deseo de justicia; lo que les arrastraba a la pelea era la ambición de subir, de figurar, de escalar un puesto para ver si desde la altura oteaban mejor el horizonte que conviniese a sus designios. Por eso, cada vez que una derrota debilitaba nuestras posiciones, el odio, el rencor, la venganza, hasta la idea del crimen asomaba amenazadora y violenta en sus gritos y en sus palabras. La idea de que hasta en las derrotas aprendía algo la clase

trabajadora, que le serviría para su finalidad objetiva, no la aceptaban estos hombres. Ellos no entendían sino de los triunfos, puesto que con ellos venían las satisfacciones materiales. Y con la derrota ya se sabe que no se logra ninguna.

Cabe decir que para exponer su pensamiento nunca se presentaban tal cual eran. Sabían fingir perfectamente. Simulaban con facilidad pasmosa, impresionante, al extremo que caían en sus redes los incautos. Sus deseos los vestían siempre con el cendal de las ideas. Invocando los principios, llegaban a sugestionar a las multitudes, a arrastrarlas a sacrificios cruentos y dolorosos, la mayor parte de las veces infecundos e innecesarios. Y, por último, me convencí de algo más terrible todavía: de que tipos de esa contextura moral existieron en luchas anteriores, existían entonces y que existirán después. ¿Siempre? Posiblemente. Al menos mientras los hombres hubiesen de luchar por mejorar su condición material de la vida.

El comprender esta verdad fue para mí un gran consuelo y el término de muchas dudas. Vi perfectamente claro en el porvenir. Me dispuse a soportar contingencias que quizá llegarían cuando menos lo pensase. Pero lo más interesante, sin embargo, era que, a partir de aquel momento, me propuse luchar por el triunfo de las ideas que creía justas, sin conceder más importancia que la debida al individuo, dándole, no obstante, la que legítimamente le pertenece. Por eso, al que es bueno, o por lo menos al que yo lo considero bueno, sea amigo o enemigo, llámese católico, republicano o como quiera llamarse a sí mismo, yo lo considero bueno y lo respeto, y lo trato como a tal. Y al que considero malo, por muy «ista» que a sí mismo se moteje, lo rechazo y no mantengo con él más relaciones que las que la buena educación impone y las que las circunstancias aconsejen.

Esta manera de pensar y de proceder me ha causado muchos disgustos. Y estoy seguro que aún me causará muchos más. Pero como al pensar así obedezco a un imperativo de mi conciencia, no puedo contrariarlo, pues si lo contrariara, fingiría lo que no soy, y no quiero presentarme ante las gentes con careta.

Cuando creo que un hombre es bueno, que es inteligente, o que es justo, si llega la ocasión de manifestarlo, digo que es justo, inteligente o bueno. O bien que es más bueno, más justo o más inteligente que lo suponen los demás. ¿Que el dogmatismo de partido, de tendencia o de escuela pugna con que se diga la verdad, pues reconocer méritos en el adversario equivale a rebajar los méritos propios o bien los del bando a que se pertenece? Ciertamente es, visto desde el punto de vista de las conveniencias partidistas; pero es incierto visto desde el plano real de la lógica y de la razón.

Obedeciendo siempre a ese impulso, he apoyado con mi actitud y con mi palabra todo lo que creo justo y necesario, lo que ha motivado que varias veces haya ido mi nombre ligado a actividades no nacidas exclusivamente del plano social donde estoy colocado. Por ello he merecido censuras de mis compañeros. Hasta se ha dicho que lo hacía con el ánimo de figurar, de que mi nombre apareciese en todas partes. De creerme indispensable en todos los lugares. Nada más lejos de la verdad. No he ido nunca a solicitar se me incluyera en ningún sitio. Han venido a buscarme siempre. Y cuando han venido a buscarme y he creído que podía ser útil en algo, ayudar, cooperar a una obra justa y humana, me he prestado a ello sin inconveniente, sin prevención; preocupado, sí, porque quizá alguien me censurase; pero dispuesto siempre a aceptar la responsabilidad que me cupiese por mi forma de proceder, justificándola con la utilidad de la finalidad perseguida. No sé proceder de otra manera. Sin rebasar, esto se sobreentiende, los límites que la prudencia y el buen sentido aconsejan.

¿Por qué obro así? Porque la condición social que ocupo, el ser trabajador, el no participar, como los ricos y los poderosos participan, en el usufructo de la riqueza social, no ha cegado mi entendimiento. Porque la condición de trabajador o la condición de burgués, el ser pobre o el ser rico, no es para mí lo fundamental, sino lo accidental de la vida. Lo fundamental es el hombre. Y porque creo que las ideas han de buscar preferentemente al hombre, al ser psíquico, ético y moral, y no al albañil, al carpintero, al comerciante, al industrial o al banquero.

Porque a través de la influencia que en mi formación ha ejercido mi condición de trabajador, me han hecho llegar hasta el fondo de la injusticia y

comprenderla y observarla en todo su horror. Y como he visto cara a cara su fealdad, al poner a contribución mi esfuerzo para que desaparezca, no ha hablado en mí el odio de clase, sino la idea de justicia. Y no es porque la burguesía y las clases dominantes sean merecedoras de ningún respeto; no lo son en absoluto, puesto que su egoísmo y su afán dominador son los causantes del malestar que los pueblos sufren; y no es tampoco por respeto a estas clases por lo que me produzco así, no: es porque tengo la convicción íntima y profunda de que el término de las injusticias sociales no está en que se quiten unos y se pongan otros, en el cambio de hombres, sino en la transformación de las cosas, en la renovación completa y total de los sistemas, en la trasmutación de valores, en la estructuración de un sistema social que tienda a proporcionar a todos el máximo de felicidad compatible con las posibilidades que el hombre tenga para lograrlo.

Pienso también que es inútil acumular más odios. Sobran los que hay. Los destila por todas partes la injusticia social imperante. Por lo mismo, creo que más que acumular odios, nuestras actividades todas y nuestras intenciones, sobre todo, han de dirigirse a destruir las causas que los engendran, sustituyéndolos por un concepto más elevado, que puede ser el del respeto y la consideración hacia los semejantes. Y también obro así, porque, sin olvidar lo que el hombre en sí representa, teniendo en cuenta sus orígenes, cómo apareció sobre la tierra y cuáles fueron sus primeros pasos y las dificultades que hubo de vencer, el de las generaciones actuales no es individualmente responsable de lo que ocurre, sino más bien el esclavo de prejuicios y atavismos heredados, como se hereda la riqueza o la miseria.

IV. REPUGNANCIA POR LAS DICTADURAS

Ver la lucha social desde este plano de ideas y de razón, me ha llevado a combatir las injusticias sociales, las dictaduras burguesas y las dictaduras proletarias. Mi discrepancia con el hecho ruso, con el Estado y la política bolchevique, más que de su doctrina de apoderarse del Estado para realizar la transformación social, está en el uso que han hecho del Estado y de las instituciones que le sirven. Y está también en su teoría de la dictadura del proletariado. He dicho que me repugnan las dictaduras, porque creo que todo movimiento de transformación ha de dirigirse a conquistar más libertad para los pueblos y no una tiranía mayor.

Claro está que hay, de por medio, una dificultad: cuando los obreros realizan un avance, cuando consiguen con su sacrificio y con su esfuerzo cambiar un régimen, modificar fundamentalmente una forma política de Gobierno, se plantea en seguida el problema de defender de los ataques del enemigo el nuevo estado de cosas que acaba de establecerse. Y quiérase o no, se hallarán colocados frente a frente, en lucha abierta y a veces cruel y sangrienta, los que se esfuerzan en mantener lo nuevamente estatuido y los partidarios de retrotraer el país a la forma de Gobierno que tenía. El choque, en este caso, es inevitable. Y a esto se le llama la dictadura.

Yo no la comprendo así. Pero admitamos que así fuese. Admitamos que a la idea de defensa de la revolución se la moteja de dictadura del proletariado. Aun así, creemos que las cosas no deben hacerse como se hacen, y la propaganda no ha de ir impregnada de principios dictatoriales.

Contra lo que opinan los bolcheviques del nuestro, como los de otros países, al pueblo y a la clase trabajadora no hay que educarlos socialmente en la idea de mando, de autoridad, de imposición; no hay que educarlos en la idea de sumisión ciega al Estado o a cualquiera otra organización análoga, sino que hay que educarlos en la idea de disciplina a la tendencia que quieren establecer,

pero para que los conduzca a la idea de justicia y de fraternidad entre los hombres. No hay que decirles vamos a la conquista del Poder para instaurar la dictadura de los conquistadores, no; sino que hay que decirles: vamos a la conquista del Poder y de todo para tomar las riquezas, y distribuyéndolas más equitativamente, alcanzar más libertad y más justicia, más dicha y más bienestar. Añadiendo que, una vez dueños del Poder, lo defenderemos contra todos sus enemigos, sean éstos quienes sean, pues el propósito perseguido es el implantar la libertad. Obrando así, propagando así nuestra finalidad, educaríamos a la clase trabajadora y al pueblo obrero para una vida mejor, para un régimen de más justicia. En cambio, si los educamos en la idea de una dictadura, aunque sea una dictadura de clase proletaria, de tipo y tendencia social, nos exponemos a que la generación así educada se adapte perfectamente a la idea de sumisión y no sienta después anhelos de libertad. O esto o reconocer que la educación no tiene eficacia alguna. Lo que no puede reconocerse, puesto que al reconocerlo forzosamente aceptaríamos que la educación dictatorial no tendría eficacia alguna tampoco. Habríamos perdido, pues, el tiempo y los esfuerzos. Es un error, según mi punto de vista, afirmar ya de antemano, hacer la educación social de la clase trabajadora aceptando como cuestión fundamental la idea de la dictadura.

Comprendo que actualmente, teniendo en cuenta la actitud en que el capitalismo se ha colocado, parece débil mi teoría: discutible y hasta deleznable si nos atenemos a la realidad que nos circunda. Pero no se olvide que la realidad presente puede no ser, no será, la realidad de mañana.

Si los pueblos avanzan; si las teorías sociales todas han de desembocar en la elevación de la clase trabajadora hacia formas de vida superior; si los afanes del individuo y los de la colectividad entera y los de las ideas tienden a lograr esa superación, el momento actual, que se caracteriza por un retroceso, es pasajero. Ahora bien, educar a las generaciones de mañana con el patrón de ideas que se formen en un período transitorio, lo reputamos una equivocación, un desvío del camino que verdaderamente debemos seguir.

El error, según mi criterio, está en confundir la defensa de la transformación, de la revolución realizada, con la idea de dictadura, ya sea esta proletaria o de otra naturaleza.

No creo ser llamado a ocupar puesto de tanta responsabilidad como lo sería la defensa de un comienzo de revolución social; pero si el azar o la imposición de una circunstancia cualquiera me llevase a ese lugar, defendería la revolución sin haber soñado de antemano con ninguna dictadura.

Tenemos el ejemplo de lo que en ese terreno puede hacerse en la República española. Atacada varias veces por los que disconformes con ella quieren derribarla y sustituirla, se ha defendido duramente de sus enemigos sin recurrir a ninguna dictadura. No faltan quienes han dicho, sin embargo, que esta defensa es una dictadura. Según lo que se entienda por dictadura. Si todo acto de defensa de una acción, o de un régimen, o de una actividad que choque con la actividad de otros, o con los intereses de otros, es una dictadura, entonces, forzosamente, quiérase o no, la defensa que se hiciera de la revolución sería dictadura; pero en este caso, lo sería también la defensa que hace un Sindicato de un conflicto huelguístico que mantenga. A esto yo no lo llamo dictadura: lo llamo la defensa de la revolución. Será más o menos violenta; esto depende de causas ajenas a la revolución misma, al cambio de régimen que se ha operado. Por eso conviene no confundir una cosa con otra: la defensa que todo régimen hará de sí mismo con la idea de dictadura, previamente manifestada ya, es decir, convertido en centro de la actividad que nos ha de conducir a la transformación social.

Cuanto expongo es lo que más me separa de la concepción bolchevique y de un estado de opinión muy generalizado actualmente, no sólo en los medios obreros, sino en los obreros y en los demás. La idea de violencia sistemática y reiterada predomina en todos los sectores sociales y en todos los países, olvidando que si es eso lo que el porvenir nos reserva, ha de reconocerse que la humanidad retrocede en varios siglos de civilización.

Democracia burguesa, no; porque ella no ha sabido resolver los problemas sociales, facilitar a las clases trabajadoras una mejor condición social; pero dictadura proletaria tampoco, pues nos conduciría a caer en los mismos vicios que año tras año venimos combatiendo. Porque no es el odio quien debe guiar nuestro pensamiento, sino la fraternidad. Y a los que trabajamos por una sociedad mejor ha de guiar nuestro pensamiento la idea de justicia y de

equidad y no la idea de imposición o de la fuerza brutal que somete, pero que no convence.

Colocarse a esta altura para avizorar el espectáculo que el mundo ofrece, es comprenderlo todo, y es, al mismo tiempo, preparar debidamente, documentarse sobre la realidad viva de las cosas para emprender, con garantías de éxito, la empresa formidable de contribuir, aunque sea en una mínima parte, a esa obra de mejoramiento y transformación que la humanidad construye lenta, pero seguramente.

Así ha influido en mi formación mental mi condición de trabajador, y ésta ha sido, hasta hoy, la dirección que han seguido mis ideas. Y sin más bagaje intelectual que el expuesto, entré de lleno en las filas de los luchadores por un mundo mejor que el presente.

TERCERA PARTE

MI ACTUACION EN BARCELONA

I. LOS ATENTADOS

Como he dicho ya, desembarqué en la capital de Cataluña una mañana de un día de mediados de agosto de 1914.

Lo primero que hice fue ponerme en relación con el grupo editor del semanario anarquista *Tierra y Libertad*, y voluntariamente ofrecíme para ayudarles en los trabajos mecánicos del grupo. Aceptada la oferta, entré a formar parte del mismo; todo ello de un modo natural. Sin nada que tenga relieve.

El formar parte de este grupo facilitó mi relación con otros grupos anarquistas y con los medios sindicales. Confieso que desde el primer momento me atrajeron más estos medios que no aquéllos.

Socio del Ateneo Sindicalista, que tenía su domicilio en la calle Poniente, 24, aún facilitó más mi acercamiento a los elementos que actuaban preferentemente en los medios obreros.

Pero como no existía Sindicato de mi oficio, no podía intervenir directamente en la actuación sindical. Ciertamente es que formé parte de la Sociedad de Relojeros, domiciliada en la calle Lancaster, 8; pero esta entidad no estaba adherida a la Federación Local.

Mi intervención en las lecturas y temas comentados que se daban algunos domingos por la tarde en el Centro Obrero hizo que se me invitara a tomar parte en actos públicos, mítines y conferencias.

No recuerdo cuál fue el primero, pero sí que poco a poco las solicitudes aumentaban y yo atendía a cuantos podía atender.

Naturalmente, de una manera sencilla, hallóme colocado en el plano de militante de la organización sin ser miembro de la misma, pues seguía

formando parte de la Sociedad de Relojeros. Es curioso todo esto. Ello demuestra cómo en nuestros medios, en Barcelona sobre todo, se ha podido y puede aún llegar a ser elemento destacado en la organización sin tener hacia ella contraída ninguna responsabilidad.

La primera vez que tuve carnet de la Confederación fue de una entidad de Carga y Descarga del Muelle. Se me otorgó, previa combinación establecida para que interviniera en la tarea de organizar a los obreros portuarios. Pero no pudo ser. Una circunstancia casual modificó el plan que había sido convenido, y hube de aceptar, siquiera transitoriamente, el cargo de reorganizar el Comité de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y el de la Federación Local de Barcelona, que no existía, y que había muchas dificultades para organizarse. Cuando hube terminado esta labor, otro acontecimiento me elevó a la dirección de *Solidaridad Obrera*, alejándome ya para siempre de organizar a los obreros portuarios, como había convenido al darme el carnet de la Sociedad de Carga y Descarga del puerto de Barcelona.

Llegué al cargo de director en un momento difícilísimo para la organización, cuando el malestar de la clase trabajadora, a causa del encarecimiento del coste de las subsistencias por los efectos de la guerra, la empujaba brutalmente hacia las filas sindicales. En muy poco tiempo me hallé colocado en el centro de todas las actividades, y la redacción del diario llegó a ser el lugar donde se escribía el periódico, naturalmente; pero más que redacción puede decirse que era la sede de los Comités Confederales. Evacuaba yo solo más consultas diarias referentes a organización que los tres Comités: el Local, el Regional y el Nacional, en toda una semana. Se explica perfectamente.

Los componentes de los Comités trabajaban. Y no podían recibir a los trabajadores sino de las nueve o las diez de la noche en adelante, hora en que la mayor parte de la gente se acostaba ya o se iba al cine y al café. Y como en la redacción del diario estaban seguros de encontrarme a cualquiera hora del día, allí acudían a informarse y a preguntar.

Por los informes recibidos, supe cuál era el grado de malestar de los trabajadores a causa del desequilibrio económico que la guerra provocaba. Y supe también que la burguesía, egoísta y feroz, no cedía ni un céntimo en

favor de los trabajadores de los beneficios escandalosos que obtenía con la venta de los productos a los países beligerantes. Y vi también, sin prever las consecuencias que pudiese acarrear, cómo el odio de la clase trabajadora en general se cernía amenazador sobre la clase patronal catalana.

Como era de esperar, comenzaron a menudear los conflictos por aumento de salario, y frente a esta actitud lógica, natural y comprensible de la clase trabajadora, alzóse tenaz, egoísta, brutal, incomprensible, la negativa rotunda de la clase patronal en acceder a la más mínima petición de los trabajadores. Esto los exasperó por completo, haciendo que la lucha adquiriese tonos de violencia que nada bueno podía presagiar. Consecuencia del estado pasional a que se había llegado, surgieron atentados personales contra patronos del Arte Textil y Fabril con los cuales se sostenían conflictos, hiriéndose gravemente en unos casos, y matándolos en otros. Después era a directores y a obreros de fábricas a los que también se hacía víctimas de atentados. Y irnos y otros dieron la sensación de que no se debían al azar, que no eran hechos espontáneos, nacidos de discusiones más o menos apasionados, o bien el resultado de la desesperación del individuo, no, sino que eran meditados, preparados, organizados; que obedecían a un propósito preconcebido y a una táctica estudiada para vencer la resistencia burguesa.

A estos actos aislados, pero impresionantes por la forma en que se ejecutaron, siguieron algunos otros más, hasta llegar al atentado que costó la vida al patrono e ingeniero industrial señor Barret. El atentado contra el señor Barret conmovió a la opinión pública española. Prensa, Gobierno, clases altas y bajas; patronos, obreros, todos se preocuparon. El atentado contra dicho patrono señalaba la existencia de un cáncer, de una epidemia, de un mal que nadie sospechó hasta entonces la gravedad que encerraba.

¿Quién mataba? ¿Por qué se mataba? ¿Quién ordenaba matar? Porque nadie dudaba ya que se mataba premeditadamente, escogiendo la víctima y buscando la ocasión más propicia. Era la organización metódica y alevosa para el crimen.

¿Quién mataba? Los hombres: unos hombres, mejor dicho. Pero grullada mayor no puede decirse, ¿verdad? Sin embargo, hay pero grulladas de estas

que reflejan el estado de ánimo de toda una época y la inquietud de todo un pueblo. Cierto que mataban unos hombres. Pero ¿qué hombres? ¿Y de dónde eran estos hombres? Hoy, cuando el tiempo nos separa ya de aquellos acontecimientos y la historia y los hombres tienen derecho a saber la verdad; y cuando, además, por decirlo no se perjudica personalmente a nadie, sería pueril el ocultarla, y, además de pueril, innecesario. Hay que comenzar a descorder el velo que oculta aquellos hechos, levantar, por lo menos, una punta del cendal que los ha tenido tapados hasta ahora.

Por duro, por violento y doloroso que sea para nosotros confesarlo, hay que decir que los hombres que entonces mataban, que los autores morales, los que inducían; y los autores materiales, los que ejecutaban; muertos muchos de ellos, vivos los otros, estaban en nuestros medios, vivían en los medios anarquistas y sindicales, eran miembros visibles de la organización y de los grupos, gozaban ante la opinión general y ante la clase trabajadora del respeto y la consideración que todo hombre puede merecer y gozar. Bastantes de ellos, como he dicho ya, han muerto (que la tierra les sea leve); otros viven. A algunos, su conciencia les remuerde. Comprendieron su equivocación y con su conducta de hoy intentan corregir sus errores de ayer. Otros, los menos, pero demasiados aún, siguen aferrados a su idea. Son incorregibles. Contumaces en el error, alimentan y defienden, cuando no intervienen personalmente, los procedimientos que, practicados con repetición sistemática, hundieron a la organización en el descrédito y echaron sobre las luchas sindicales un borrón que sólo el tiempo y la desaparición de la generación que los presencié podrá olvidar por completo.

Pero ¿por qué mataban estos hombres? ¿Qué causas, qué razones, qué motivos los arrastraban hasta el crimen? Hemos dicho ya que la negativa sistemática de la clase patronal a las reivindicaciones obreras preparó el terreno, fue el fermento más activo de un estado pasional propenso a todo.

El estado de miseria de la clase obrera que, trabajando, no ganaba lo suficiente para mantenerse, la lanzó sobre la organización en avalancha arrolladora. Pero esta masa de gente que acudía a los Sindicatos presurosa, no tenía nada más que apetitos materiales. Quería vivir: para ella esto era todo. Veía que con los salarios que ganaba, dado el encarecimiento que a diario sufrían los artículos

de primera necesidad, la vida se le hacía imposible. Y buscó en el Sindicato el apoyo que remediara sus males.

Entre la avalancha de trabajadores de buena voluntad que acudían a los Sindicatos, venía también esa clase especial de individuos que viven en el lindero incierto que hay entre el trabajo y la delincuencia común. Individuos que un día trabajan, y al día siguiente, si la ocasión se les presenta, roban o matan, que para ellos, al fin y al cabo, todo es igual.

La influencia de estos elementos se sintió en seguida en la organización. De temperamento disoluto; poseedores de una verborrea que engaña fácilmente a los simplistas; ágiles para captar la superficialidad de las cosas y de las ideas, les bastó un poco de tiempo de estancia en nuestros medios para adaptarse fácilmente a ellos, dándose cuenta de que eran materia explotable para sus deseos y ambiciones.

Por otro lado, hay la vieja tradición anarquista del atentado personal. Claro está que desnaturalizada, pero no por eso menos peligrosa. Desde Ravachol a Angiolillo, llegando después hasta Artal y Pardiñas y los matadores de Dato, por ejemplo, la tradición anarquista ha sentido admiración y ha cultivado el mito del atentado personal. Y así como en el martirologio cristiano predominan los individuos que sufrieron resignadamente el dolor, y apenas figuran en el santoral los temperamentos violentos y sanguinarios, en el martirologio anarquista es al contrario: figuran en lugar preferente los violentos. Cabe decir que ostensiblemente, no; en el terreno de la exposición y crítica de las ideas, el anarquista español, especialmente, guarda una corrección insuperable; pero en el fondo, como realidad aceptada en el terreno de las posibilidades, en los medios anarquistas, y actualmente mucho más, se conserva un fervor inigualable hacia el acto individual, hacia el atentado contra los hombres y las cosas.

Este criterio influyó poderosamente en el período de que nos ocupamos sobre una porción de jóvenes que comenzaron su actividad en el campo social en los grupos anarquistas. Y de aquí salieron los primeros grupos de acción que ejecutaron los atentados que señala el período terrorista que comienza hacia

el año 1916 aproximadamente; período que tiene muy poco de común con los actos violentos de las huelgas y conflictos acaecidos en períodos anteriores.

Pero estos jóvenes no obraban por su cuenta. No era de ellos la iniciativa de quiénes habían de ser las víctimas. Esto correspondía a los experimentados, a otros individuos. Digamos también que al principio, el desinterés de estos grupos de acción, dos o tres a lo sumo en Barcelona, era absoluto. Y digamos que quien primeramente se sirvió de ellos y puso precio a su trabajo, fueron algunos elementos, muy pocos, de los dirigentes del Sindicato del Arte Fabril y Textil. Cuando esto se hizo, el primer paso se había dado ya. Los otros se darían poco a poco.

Pero hay otro factor que influyó poderosamente en el desarrollo del terrorismo en Barcelona, que desvió la atención de muchos jóvenes hacia otra forma de expresión de sus energías, y que vigorizó, desplazándola aún más, desnaturalizándola ya en absoluto, a la concepción anarquista del atentado personal: fue la revolución rusa. Los que vivimos aquel período, ocupando cargos de responsabilidad en la organización, y que vimos cómo la idea del atentado personal ganaba terreno en nuestros medios, envenenando a la juventud con ideas completamente equivocada sobre la eficacia que tales actos podían proporcionar, sabemos cómo influían en los elementos jóvenes las noticias que de la revolución rusa llegaban a España. Señales indelebles de esa influencia se notan en cuanto se examina desapasionadamente la actuación que la organización tuvo en aquel período de tiempo.

II. ARBITRARIEDAD DE LOS GOBIERNOS. EGOÍSMO PATRONAL

Otro factor a señalar es la actitud adoptada por los Gobiernos con relación a nosotros. Conservadores o liberales, eran igual. Pasaban de lo tolerado a lo arbitrario con una facilidad asombrosa. Tan pronto estábamos todos en la cárcel sin saber cómo ni por qué, como se nos daban facilidades que parecían renunciadas completas de la misión que el Gobierno debía cumplir. Hemos dicho siempre que aspiramos a establecer una forma de convivencia social donde no exista el Estado y un Gobierno que lo represente. Pero mientras no lleguemos a establecerla y haya una forma de Gobierno cualquiera, quisiéramos que los gobernantes dieran pruebas de seriedad y de sensatez. Mas en España se ve que es imposible.

En el período que nos ocupamos, tan pronto estaba la cárcel barcelonesa abarrotada de presos, como ya estaban en libertad. Por un quítame allá esas pajas se clausuraban los domicilios de los Sindicatos, se detenía a las juntas, se prohibía la cotización, se encarcelaba o autorizaba a los patronos para despedir a los delegados de taller, aunque poco tiempo después todas esas medidas draconianas eran derogadas. Y así íbamos de un lado para otro.

Factor importantísimo también fue la actitud tan absurda como infame de la clase patronal. Fue infame cuando ganando lo que querían; enriqueciéndose vergonzosamente vendiendo a los países en guerra productos de mediana calidad al precio de los buenos, se negó, terca, a toda concesión de mejora económica a los trabajadores. En el año de 1917, cuando los productos alimenticios habían aumentado en un 40 y 50 por 100 en relación a los precios que tenían en 1914, aún había salarios de cuatro y media y cinco pesetas. Había obrero que trabajando toda la semana, lo que cobraba el sábado no llegaba para pagar lo gastado en comer, sin contar todo lo demás. Por esto fue infame su conducta. Y absurda, cuando al cometer varios atentados contra patronos que sostenían conflictos en sus talleres o fábricas, otorgaron lo que

se les pedía por miedo a las agresiones. Al obrar así, ella misma indicaba el camino a seguir para vencerla, ya que convencerla no era posible. Si resistió antes, debió resistir después. Y si cuando el terror la hizo entrar en razón pudo conceder sin grave quebranto para su economía lo que los trabajadores solicitaban, ¿por qué no cedió a tiempo, cuando razonadamente se lo pidieron los trabajadores? Ninguna actitud violenta que llegue a la supresión del hombre es justificada; pero si algún motivo de justificación puede haber en casos tales, el que señalamos es uno, pues los hechos demostraron cumplidamente que los obreros tenían toda la razón.

Y como factor destacadísimo en el desarrollo del terrorismo en aquel período, aunque sea el más repugnante de todos, cabe señalar el de los que, valiéndose de los grupos de acción, marcaban a las víctimas, pagando después el precio de lo convenido. Pero lo más repugnante de ese comercio no es todavía que se matase a tanto la pieza, sino que los inductores pagasen equis cantidad a los autores, y después, al presentar ellos la factura a los enterados, apareciese ésta aumentada en el doble, a veces en el triple, de lo que había sido pagado. Hasta esto se llegó por desgracia.

Algunos casos hubo, no muchos ciertamente, pero sí los bastantes para revelarnos de lo que son capaces algunos individuos.

Otro de los factores que se acusa con relieve es del servicio de espionaje con motivo de la guerra. También éste intervino en el terrorismo barcelonés. El caso del patrono e ingeniero señor Barret es el más claro.

No viene a cuento hablar de los autores de aquel atentado. Pero sí del inductor o inductores. El inductor que aparece más bien dibujado, y lo digo porque tengo pruebas fehacientes de su intervención, fue Eduardo Ferrer, presidente del Sindicato Metalúrgico a la sazón y que fue asesinado más tarde en la calle Ferlandina, acusado de confidente de la policía.

En los talleres del patrono Barret no había conflicto alguno cuando lo mataron. Pero en el taller del patrono Barret se trabajaba día y noche, incansablemente, para los aliados. Puede decirse que diariamente salían de Barcelona hacia la frontera francesa cargamentos, particularmente obuses, de los fabricados en los talleres de dicho patrono.

Quien se entendió con el grupo que mató al señor Barret y quien pagó fue Eduardo Ferrer, presidente del Sindicato Metalúrgico. Las razones en que fundamentó su justificación para asesinar al señor Barret eran que cada vez que los obreros metalúrgicos presentaban reivindicaciones a sus patronos, si éstos no accedían a las peticiones de los obreros, era porque Barret los coaccionaba. Se decía que tenía a la clase patronal en un puño. Se le diputaba como al dictador del ramo del hierro en Barcelona. Y como si este defecto no fuese suficiente a inclinar la voluntad de los encargados de la ejecución, se añadió, como causa más eficiente, que en una huelga habida años atrás, desde su propia casa, y de un tiro, Barret había matado a un obrero huelguista. Con estas explicaciones diéronse por satisfechos y tranquilizaron su conciencia, ya que iban, en buena lógica, a aplicar la ley del Talión, «ojo por ojo y diente por diente». Aunque, en el fondo, creo que todo eso les interesaba muy poco. El mayor interés para ellos era cobrar el precio convenido, y cobrarlo bien. Pues la pieza era de calidad y de categoría.

Y los mismos razonamientos que usó para convencer a los ejecutores del atentado usó, sin duda, para convencer a los dos o tres individuos de Junta del Sindicato, únicos concedores de lo que se trataba.

Convenido ya el atentado, el propio Ferrer indicó el sitio más a propósito para matar al señor Barret. Y como los encargados de matarlo no lo conocían, Ferrer se lo marcó, como se decía en la jerga de aquellos «trabajos».

¿Quién instigaba a Ferrer para que se asesinara al señor Barret? En el Sindicato, no, porque no existía conflicto alguno con dicho señor. En cuanto a que el señor Barret hubiese matado a un obrero de un tiro desde uno de los balcones de su casa, era una patraña absurda. Que él coaccionara a los patronos para que no accedieran a las demandas de los trabajadores, quizá fuese cierto; pero este no era motivo suficiente para llegar al atentado, para asesinarlo.

Hemos dicho que Eduardo Ferrer fue asesinado por confidente de la policía. Es en el curso del sumario instruido por el atentado contra el patrono Barret donde se descubre la doblez de aquel miserable. Como se descubre también que estaba al servicio del comisario de policía señor Bravo-Portillo. Y sabido es

que el señor Bravo-Portillo estaba al servicio del espionaje de la Embajada alemana en nuestro país. El hecho aparece, por tanto, claro. Señalemos, además, que ya antes de cometerse el atentado contra el patrono señor Barret, hubo un intento de volar los talleres lanzando bombas de dinamita desde el tejado. Pero hay más.

Posteriormente he sabido que, durante una reunión de junta del Sindicato Metalúrgico, uno de los obreros que trabajaban en la casa de Barret en aquella época dijo que si se quería destruir los talleres de dicho patrono, no faltarían medios para ello. Lo chocante fue que el proponente era uno de esos individuos que no se distinguen por nada en una organización y que van a ella y la abandonan sin que nadie sepa cómo ni por qué. ¿Por cuenta de quién obraba?

El hecho, pues, está claro. Ferrer obraba por mandato del Comisario de Policía señor Bravo-Portillo. Y como éste estaba a las órdenes del espionaje alemán, a éste convenía deshacerse del señor Barret para ver si conseguía que su fábrica no enviase material de guerra a Francia. De otro modo nada justificaría el atentado contra dicho señor.

Lo miserable del proceder de aquellos individuos, Ferrer, Bravo-Portillo y demás, fue tomar al Sindicato de la Metalurgia por tapadera, pues en nombre del Sindicato se pagó, y que apareciera éste patrocinando y pagando un hecho que había sido fraguado en las oficinas del servicio secreto del espionaje alemán.

A los factores citados en el desarrollo del terrorismo añadamos otro de máxima importancia: la actitud de una gran parte de la clase trabajadora. Por odio, por espíritu de clase, por insensibilidad o por otra serie de causas que desconozco, es lo cierto que permanecía impasible ante el crimen, que se encogía de hombros cuando un patrono caía asesinado, algo peor: que ni siquiera era indiferente, pues en el fondo de sí misma, en lo íntimo, aplaudía aquellos hechos; pensaba que, cada patrono muerto era un enemigo menos, no comprendiendo que matar a uno, dos, a mil patronos, si esto último fuera posible, ni empeora ni mejora la situación del trabajador. Que la favorece

mucho más una huelga ganada por una reivindicación cualquiera que no matar a un centenar de patronos, por malos y crueles que éstos sean.

Era el egoísmo, el peor de los egoísmos, el que hablaba en ella. Para realizar estos hechos nada se la pedía. Nada se la exigía. Todavía más. Ignoraba dónde ni cómo se fraguaban, pero tampoco le importaba saberlo. Le gustaba más permanecer en ese término medio picaresco donde todo se supone, pero nada se sabe fijo, para darse el placer de gozar con el dolor o la alegría ajenas, fingiendo que se ignorara todo lo demás. Y en realidad, ignorándolo, pero porque no se quiere saber.

Por otra parte, a decir verdad, si es rigurosamente cierto que era en los medios sindicales donde vivían los inductores y los ejecutores del terrorismo contra la clase patronal, también es cierto que la mayoría, el grueso de la organización, hasta las mismas juntas en la mayoría de los casos, lo ignoraban, pues quedaba reducido a un número mínimo los que intervenían. Sin embargo, las sospechas de dónde y cómo se hacía todo eran tan evidentes, que puede repetirse la frase famosa: «Todo Madrid lo sabía; todo Madrid menos él.»

Frente a esta complicidad colectiva, sólo unos cuantos resistimos a dar nuestra conformidad. Pero era igual. Se nos compadecía, se nos escuchaba, y cuando terminábamos de hablar, se nos daba la razón. Pero a las pocas horas, al día o a la semana siguiente, otro atentado, otro patrono, encargado o jefe de fábrica que caía muerto o herido gravemente. Y nada más. Se sabía, por otra parte, que ligados por nuestro amor a la organización, no sólo no denunciaríamos tales desafueros, sino que, si fuere preciso, saldríamos a la calle a defender a la organización cuando se la atacase. Se contaba, además, con nuestra educación social y con nuestra sensibilidad de hombres. Sensibilidad y educación que nos colocaba ante un dilema terrible: o callar, apareciendo entonces, y así ha sido, como cómplices de lo que pasaba, o hablar, y entonces apareceríamos como delatores, como acusadores de individuos a quienes la Justicia llevaría quizá al patíbulo. Sin contar que, dado el ambiente favorable a tales hechos, pues la actitud de la clase patronal, ya señalada, accediendo a las demandas de los trabajadores por el miedo y no por la razón, la justificaba, el hablar en aquellos momentos nos hubiese colocado en plano de defensores de la burguesía y en contra de las aspiraciones de la clase trabajadora. Pero esta última

consideración no nos hubiese hecho callar. Lo que nos impuso silencio fue no aparecer como proveedores de carne de presidio y, en algunos casos, de patíbulo, y como promotores de una desorganización total de la clase trabajadora, que se agrupaba en torno de la Confederación Nacional del Trabajo, pues esto hubiera ocurrido irremisiblemente. Hubiera sido uno de los resultados de haber dicho la verdad.

Lo cierto es que el terrorismo contra la clase patronal fue creciendo de día en día, dando lugar a un fenómeno cuyas terribles consecuencias perduran aún actualmente.

No puede negarse que los promotores del terrorismo obedecieron, al iniciarlo, a un criterio doctrinal. Falso en su base, sin duda; pero iluminado en su pensamiento por los detalles de una idea, de un sentimiento de justicia, de un convencimiento de sacrificio. El mercantilismo que lo rodeaba era realmente indispensable para que su realización ofreciese el menor riesgo posible.

Pero con el crecimiento vino su desnaturalización. A los primeros elementos que lo practicaron en nombre del ideal se unieron otra serie de elementos turbios, aquellos elementos que, al venir los trabajadores de buena fe en avalancha a los Sindicatos, se unieron a ellos y que son esos individuos que viven en ese claro-oscuro, en esa especie de penumbra que proyecta una parte del pueblo, pequeño si se quiere, pero no despreciable por los daños que causa, que ni es trabajadora ni es delincuente habitual. Que un día, una temporada trabajan, pero otro día u otra temporada dejan de trabajar y como no tienen bienes de fortuna, de algo han de vivir. Que un día cogen a una desgraciada y la explotan, y que al otro día se van al taller y dan la sensación de buenos y dignos trabajadores. Y que en el fondo de su conciencia sólo existe una preocupación: satisfacer sus deseos sensuales de vivir al precio que sea, al del crimen, al del robo, al de la explotación de mujeres, a lo que sea. Pues no tienen escrúpulos en la materia. Parte de pueblo que es más numerosa de la que parece, sobre todo en las poblaciones de intensa vida industrial.

En Barcelona, muchos de estos individuos se incorporaron a los grupos de acción que practicaban el terrorismo, por lo que éste descendió a hechos

verdaderamente repugnantes, sin justificación alguna, ni por una causa ni por otra; y se mercantilizó de tal manera, que se mataba a tanto la pieza; según la importancia o la jerarquía que ésta ocupaba, así era la tarifa de coste que se establecía para su ejecución.

III. LOS ATRACADORES

La conjunción de esos elementos; el hombre idealista que mataba creyendo servir a las ideas, a la causa, y el amoral y propenso al delito que mataba por dinero, daría otro producto más absurdo todavía: el del atracador. No es que todos los individuos que intervenían en los atentados se hiciesen atracadores, no; esto no puede decirse porque no es verdad; pero sí lo es que del seno de los grupos de acción para los atentados salieron los primeros atracadores. Fue una consecuencia, si no lógica y natural, cierta. Por eso yo la recojo y la señalo.

Llegó un momento en que el atentado se hacía difícil. Por varias razones: que el decaimiento de la organización ya no permitía pagar a los ejecutores y que la policía, ante la presión de la opinión pública, localizaba el origen del mal, pisando a diario los talones a los autores. Añádase a esto que los que siempre estuvimos disconformes con tales métodos de propaganda, convencidos de que si no se salía al paso de cuanto ocurría nos hundiríamos definitivamente en el descrédito y la vergüenza, dimos la primera voz de alarma, expusimos nuestra protesta. Tímidamente primero, valiéndonos del subterfugio para evitar males mayores, pero no por eso menos decidida y enérgica, puesto que nos disponíamos a seguir avanzando costase lo que costase.

Claro que el mal era profundo. Había arraigado tan fuertemente, que no era fácil extirparlo. Se comprende perfectamente. Basta pasar revista a los factores que dieron vida al terrorismo para comprender que destruirlo no era cosa hacedera al primer impulso. Que las dificultades, antes de vencer, serían muchas, pues los efectos de lo pasado perdurarían largo tiempo en la organización.

Interviene, en primer lugar, como ya hemos apuntado en parte, en el desarrollo de la morbosidad terrorista, el idealismo. Ese idealismo místico apocalíptico con que en España se ha interpretado el anarquismo. Cuando

realmente el anarquismo no es tal cosa.

La admiración con que en los medios anarquistas españoles se ha visto siempre al autor de regicidios y atentados contra personajes de categoría no ha sido superada por ninguna otra. Angiolillo, Artal, Caserío, Bresci, Etievant, Ravachol, etc., etc., son los mártires de ese calendario. Esto en el terreno de la acción que prestigie a las ideas.

En el terreno de la teoría, el anarquismo está fuertemente influenciado por la escuela individualista del siglo XIX, que ha tendido a destacar la individualidad por encima de todo, considerando que por el sacrificio del individuo puede, incluso, llegarse a la emancipación humana. Se ha explotado el mito del sacrificio del individuo. Se ha dicho que el individuo debe sacrificarse por la colectividad, aunque ésta rechace o considere inútil el sacrificio.

A esta educación, que inclina al individuo que influencia hacia el gesto personal, uniéronse los factores circunstanciales señalados y de tipo histórico, dando nacimiento a los grupos de acción que iniciaron la fase terrorista. Y estas mismas circunstancias históricas, modificadas, claro está, abonan el terreno para que la planta del atracador florezca.

Hambre y miseria y malestar a causa de la insuficiencia de salarios; odio y espíritu de venganza por el espectáculo que ofrecían las clases patronales enriqueciéndose sin pudor mientras negaban a los trabajadores las mejoras mínimas que éstos solicitaban, cediendo después, alocadas, apenas los primeros disparos hicieron blanco y sacrificaron víctimas. Incuria y abandono, violencia y crueldad, sadismo y brutalidad constantes, y por encima de todo eso, persecuciones innecesarias por parte de las autoridades; indiferencia, complacencia más bien, por parte de una gran mayoría del pueblo, que se mostraba insensible ante el crimen; la razón del triunfo de la contienda guerrera, que reputó lícitas todas las armas; filtración en las filas sindicales de elementos de conducta dudosa, y elevación de estos elementos a los cargos representativos y de responsabilidad en la organización por la torpeza de las autoridades persiguiendo y encarcelando a los que los desempeñaban con responsabilidad y solvencia, y las influencias imprecisas del hecho

revolucionario ruso fueron los factores que crearon el ambiente necesario para el terrorismo y armaron el brazo ejecutor de los atentados. Ellos fueron también los que hicieron posible la caza del hombre, el estado de cosas que hizo de la lucha social una lucha bárbara y cruel, sangrienta y repugnante, que hizo decir un día a don Alejandro Lerroux, jefe del Partido Radical, «que no le temblaría la mano para firmar una sentencia de muerte». Ignoraba el señor Lerroux que el terrorismo barcelonés no estaba vinculado a los delegados de talleres, que era contra los que él apuntaba, sino en los factores que acabo de señalar; que no nacía de la existencia de una organización potente y numerosa, ni de su influencia moral, sino que nacía del desvío más completo de la finalidad que la organización sindical debía perseguir.

Instantes difíciles aquéllos. Todo el mundo proponía remedios para acabar con el terrorismo, no dándose cuenta de que la mayoría de remedios propuestos agravaban el mal en vez de remediarlo.

Ni el colofón final que quiso ponérsele, el contraterrorismo del Sindicato Libre, le sirvió de nada. Pues cuando éste llegó, más que a terminar el terrorismo contribuyó a desplazarlo, a mudarlo de lugar y de dirección. Quien quiera examinar los hechos a través de la lógica y de la razón, convendrá con nosotros que así fue.

Se ha dicho después, y por personas a las que se concede crédito a sus palabras, que si la organización de la C. N. T. y el sindicalismo adquirieron tan alto relieve en el período que va desde el año 1916 a 1920 débese a la acción terrorista, al pánico que se apoderó de las clases patronales y obreras. En parte esta afirmación es verdad. Pero de modo relativo solamente.

Ya hemos señalado el caso de cómo las clases patronales accedían a las demandas de los trabajadores, oponiendo el mínimo de resistencia en cuanto la acción terrorista se hizo sentir. Pero si cedían era porque podían hacerlo. Porque los productos de la industria catalana, vendidos a precios verdaderamente remuneradores, se lo permitían. El terrorismo lo que hizo fue ayudar a vencer la resistencia tenaz que al mejoramiento de la situación económica del obrero oponía sistemáticamente la burguesía. Pero a ese resultado se hubiese llegado lo mismo sin el terror con la existencia de una

poderosa organización sindical. Pruébalo el examen sereno de lo ocurrido en aquel período.

IV. CONSECUENCIAS DEL TERRORISMO

Al juzgar hoy los hechos en los que tuvimos participación destacadísima, confesamos que tuvimos momentos de vacilación. Que dudamos. Arrastrado por el torbellino de los acontecimientos, colocado en el centro de convergencia de tantas y tan variadas manifestaciones de la lucha social, me faltaba tiempo para discernir con exactitud cuáles eran las reales, las eficaces, y cuáles eran las ficticias, las que se debían a circunstancias pasajeras y transitorias. Y como la inmensa mayoría cargaba en el haber del terrorismo el beneficio real que se obtenía, esto me obligó a pensar en si sería yo el equivocado.

Pronto me convencí que no. El terrorismo no podía vivir sin la organización. Esto estaba claro. Ahora bien, si el terrorismo no podía vivir sin la organización, cabía sólo fijar si la organización podía vivir sin el terrorismo, y fijar también después un cómputo de lo que el terrorismo daba a la organización y lo que ella percibía. Y como el resultado del cómputo daría como suma que la organización daba más de lo que recibía, el resultado no ofrecía la menor duda: la organización salía perjudicada.

En múltiples y variados aspectos podíamos ver esos resultados. Lo primero y más principal fue que la organización perdió el control de sí misma, que no pudo orientar sus actividades hacia donde debió orientarlas. Después perdió su crédito moral ante la opinión. Aspecto interesante que no puede desconocerse ni olvidarse. La C. N. T. llegó a caer tan bajo en el crédito público, que decirse sindicalista era sinónimo, y es hoy aún, desgraciadamente, de pistolero, de malhechor, de forajido, de delincuente ya habitual, puesto que los casos por los cuales se nos conceptuó así siguen produciéndose.

Después, por ese procedimiento, todos los ingresos de la administración sindical se dedicaban a sostener un ejército de gente que no quería trabajar, buscando por todos los procedimientos justificar jornales en la organización.

Además, se creó el mito de la revolución. Había que prepararse para la revolución, y prepararse para la revolución era gastar en comprar pistolas todos los fondos de los Sindicatos, el importe total de los ingresos por las cotizaciones. Ciertamente es que planeábamos obras de cultura, que se llegó a estudiar la necesidad de fundar una Escuela Normal para la formación de maestros racionalistas; pero no pasó de entretenimiento. Para cultura no había pesetas, pero las había para comprar pistolas. Si la organización pudiera reunir hoy la totalidad de lo gastado en pistolas en aquel y en otros tiempos, los trabajadores que han cotizado verían alzarse ante sus ojos asombrados montañas de dinero. Y al fin y al cabo, la mayoría de esas pistolas las recogía la policía, sin perjuicio de que más tarde volvieran a manos de aquellos a quienes se las habían quitado. Que el mal que todo esto producía era grave, una sola prueba lo confirma.

Llamado por el Comité Nacional, vine desde Tarragona, donde estaba escondido, a Barcelona, para salir hacia París y Rusia. Ya en Barcelona, me di cuenta de lo que sucedía y de que íbamos de mal en peor, por lo que mi descontento aumentaba considerablemente, descontento que manifesté al malogrado camarada Seguí. Producto de nuestras conversaciones fue celebrar una reunión clandestina en Barcelona, cuando ya era jefe de la policía el general Arlegui, a la que acudieron tantos individuos como pudieran ser avisados.

Celebróse la reunión; concurrimos a ella cerca de trescientos individuos entre Comités, Juntas de Sindicatos, militantes y grupos de acción. Una mezcla donde había de todo.

Dado el carácter que la reunión tenía y que no había agente de la autoridad, y que por mi parte venía dispuesto a hablar claro, nada se ocultó, nada quedó por decir. Se reconoció que los atentados y el terrorismo eran perjudiciales a la organización, que ningún bien la hacían y que era necesario ponerles coto; que si no lo hacíamos así, la reacción patronal, que ya se insinuaba entonces, nos sería fatal. Y en última instancia, yo, quizá más atrevido que otros, al tomar la palabra condené duramente la matanza premeditada y el crimen organizado, el terrorismo por placer, pues la reunión fue celebrada al terminar el lock-out de 1919, en cuyo período, durante unas semanas, se colocaron petardos en

todas las esquinas de Barcelona. Había días que estallaban diez o doce. Y como sabía que la Federación Local había dado ya más de quinientas pesetas para la colocación i de los petardos, hube de levantar allí mi voz contra el procedimiento, que estimaba estúpido por demás. En igual sentido se manifestó el camarada Seguí y otros. La mayoría, y tras larga ' deliberación, convino en que debía ponerse fin inmediatamente a los atentados y a los petardos y volver a las prácticas sindicales y revolucionarias, que no tienen nada de común con tales procedimientos de lucha.

Convenido por todos que aquello no debía continuar, hiciéronse las advertencias necesarias a las Juntas y a la Federación Local para que no se diera un céntimo más con tales fines. Pero el acuerdo no pasó de la intención, ya que las cosas siguieron como estaban. ¿Por qué? Porque en torno al terrorismo se habían creado intereses: los de la gente que perdió la costumbre del trabajo y que no quería recomenzar su educación profesional. Esta era otra de las consecuencias que nos trajo el terrorismo.

¿Pero fue esto sólo? No. Aún hay más.

Quiero decir en esta «Confesión» lo que en algunas ocasiones, pocas, he dicho ante camaradas discutiendo la cuestión, y que por su trascendencia moral jamás nos hemos atrevido a decir públicamente, a estamparlas sobre el papel.

Decía a esos camaradas que yo temo que cuando se escriba la historia crítica del período terrorista barcelonés de esta época y la implantación de la dictadura en nuestro país, no aparezcamos como la causa eficiente de ella, que no se nos eche en cara haber facilitado su advenimiento y su implantación.

He pensado muchas veces si el período terrorista que se inició en nuestros medios, derivando después hacia el terrorismo gubernamental y que terminó en aquella serie de audaces atracos, que no sólo contribuyó poderosamente a que triunfara Primo de Rivera, sino que quizá fue su causa y su origen. Podrá discutirse si nos cabe responsabilidad directa o indirecta, eso sí; pero que el terrorismo preparó, o si no se quiere aceptar esa afirmación por demasiado atrevida, que se diga que facilitó la posibilidad de la dictadura en España, esto temo que diga algún día de nosotros la historia de nuestro país.

Señálense y examínense los complejos que la hicieron posible. Y si se hace el examen desapasionadamente, se verá cómo son fundados mis temores, cómo puede cargársenos una parte de responsabilidad. ¿Que sin el terrorismo también hubiese venido la dictadura? Nadie puede decir que sí ni que no. Pero como el terrorismo existió y la dictadura también, es sobre los hechos históricos existentes sobre los que ha de razonarse y no sobre hipótesis que pudieron haber sido, pero que no fueron.

¿Que ello entraña una grave responsabilidad ante la historia? ¿Y qué hemos de hacer sino aceptarla en el caso que la deduzcan del examen de los hechos? ¿Es que cuando una organización actúa tan intensamente como la nuestra lo hizo en la vida social y política del país, cuando su influencia llega al grado que llegó la que nosotros tuvimos, puede rechazarse la responsabilidad que le quepa por los yerros? ¡En modo alguno! Pues si quiere sustraerse a esa responsabilidad, forzosamente, aunque no quiera, habrá de renunciar también a las ventajas correspondientes por los beneficios que haya podido obtener. Habría de renunciar a sus glorias, a sí misma, en una palabra.

La dictadura justificó su existencia en el disgusto de los militares ante la política que se seguía. Pero no hubiesen llegado a su implantación sin la anestesia, sin la indiferencia con que la opinión pública veía lo que pasaba, sin el deseo que ésta sentía de salir de aquella situación a la que nadie veía solución. No hubiera sido posible tampoco sin que el concepto de libertad se olvidase por completo. Y en aquel momento la opinión lo había olvidado. Baste pensar cómo una parte de la opinión catalana se echó en brazos de Primo de Rivera en la famosa tarde de la inauguración de la Exposición del Mueble, en la que pedían que, fuese como fuese, acabase con aquella situación. ¡Que eran tenderos, comerciantes, pequeños y grandes burgueses! Cierto. De toda evidencia. Pero mientras el mundo no cambie, mientras no se llegue a socializar la riqueza y la sociedad esté organizada como hoy lo está, los tenderos, los comerciantes y los pequeños burgueses son también opinión pública a la que no puede despreciarse en absoluto y a la que ha de colocarse en lugar neutral mientras que no se pueda traérsela hacia nosotros.

Sin esta circunstancia, el intento de Primo de Rivera hubiese fracasado. Pues no era concebible una reacción pujante del poderío militar en un país de vieja,

antigua y tradicional tendencia antimilitarista. Y, sin embargo, en este país donde el ser soldado se consideraba como la más denigrante de las esclavitudes, se daba la paradoja de dar un golpe de Estado los militares, sin ninguna asistencia de hombres civiles. Ni para cubrir las apariencias siquiera. ¿Las necesitaba?

Por paralelismo engañoso, el hombre, cuando no quiere, o no sabe, o no puede estudiar los fenómenos que se producen, buscarles su origen, lo primero que se le ocurre es oponer un hecho a otro hecho. ¿Que la deducción es falsa? Naturalmente. Pero la acepta. Y al aceptarla cae de lleno en una aberración monstruosa. Por eso la opinión pública cayó en la de aceptar que a un terrorismo se contestase con otro terrorismo. Por eso aceptó el terrorismo oficial para combatir al que se hacía en la calle. Pero el simplismo de la gente lo ve así y así cree que puede resolverlo. De aquí que el golpe de Estado de Primo de Rivera hubiese sido Perico el de los Palotes el que lo hubiese intentado, lo hubiesen seguido igualmente, se hubiesen entregado a él, le habría seguido la opinión pública española, aunque más particularmente la catalana.

Por otra parte, apremiaba hacerlo. La guerra había terminado. Los pedidos disminuían. No se vendía ya a precios tan remuneradores como antes. La balanza comercial se desnivelaba en perjuicio de la clase patronal. Había que resistir. La situación que la existencia de todos estos problemas creaba produjo la reacción que facilitó no solamente la implantación de la dictadura, sino el que se desarrollara con tranquilidad los primeros años, en los que no tuvo enemigos serios a quien combatir, que la preocupasen.

Pero el terrorismo, por un lado, y la dictadura militar, por otro, ¿qué hicieron de la organización sindical, a qué la redujeron? A la sombra de lo que pudo y lo que debió ser. A una caricatura casi. A la mínima expresión. Y a provocar una crisis interna que no ha terminado aún o que quizá termine escindiéndola.

Toda la labor de años fue malbaratada en un momento. Los trabajadores, que en principio toleraron con su actitud pasiva lo que en la organización se hacía, cuando vieron que ésta sufría desdoro por las faltas cometidas, en vez de reaccionar extirpando el mal que la aquejaba, optaron por abandonarla.

Facilitó esta huida la dureza con que Primo de Rivera la trató. Comenzaron los obreros por negarse a cotizar, pretextando que parte del dinero recaudado se invertía en cosas que no eran de su agrado. Más tarde, a este pretexto añadieron otro: el de las persecuciones si se cotizaba. Y, por último, que estando clausurados los Sindicatos, lo mejor era esperar a que se abrieran para recomenzar el funcionamiento de la actividad sindical. No puede negarse que las razones expuestas eran atendibles y, además, veraces, puesto que se perseguía a quienes cotizaban y se amenazaba a los que cotizasen; pero también anteriormente habían existido esas amenazas, y en épocas verdaderamente terribles, la del apogeo de Martínez Anido y Arlegui, una de ellas, y, sin embargo, los trabajadores no dejaron de cotizar ni se desentendieron de la organización.

Pero no fue esto sólo lo más grave, con serlo mucho. Lo más grave fue ver cómo los trabajadores que habían pertenecido a la Confederación formaron parte de los Sindicatos libres, y cómo cotizaban en dichos Sindicatos sabiendo que con sus pesetas, con el dinero que daban, los forajidos que se escondían en aquella organización asesinarían a los «del Único», sin que por parte de esos trabajadores hubiese un gesto de rebeldía contra aquella situación. ¿No les interesaba el pleito o lo consideraban cosa de familia? ¿Pensaban quizá que se trataba nada más del predominio de unos o de otros? Pensasen lo que pensasen, el caso es que así ocurrió y que los hechos no pueden negarse.

Y sin negar que el temor contribuyese a la desbandada de los núcleos que integraban la organización sindical, confesamos que nuestra creencia es que también la provocó el deseo de romper definitivamente con el pasado, que era mejor cubrir con la tela del olvido, y aprovechando la circunstancia que se ofrecía, recomenzar, como si ya nada nos ligara con lo que fue.

Confirma nuestra creencia cómo, con qué entusiasmo acudió una parte de la clase trabajadora a engrosar la organización al proclamarse la República, y cómo se alejó nuevamente al darse cuenta que se ponían en práctica los mismos procedimientos que antes. Ratifica nuestro aserto el que la clase obrera demuestra cada día más su espíritu de clase, su conciencia de trabajador, su deseo de formar parte de una organización; pero cada día más también rechaza los métodos de lucha que la experiencia de algunos años

desacreditó por completo. Revela, por otra parte, que no en balde se arrepiente de sus cosas pasadas, dejando solos a los que quieren resucitarlas.

Ahora bien: ¿qué enseñanzas hemos sacado de nuestros errores? ¿Qué hemos aprendido de ellos? Porque en los medios sindicales donde yo he actuado se han cometido muchos. Y de bulto. Verdad es que hubo aciertos. Que España entera nos contempló un día, entremezclada de asombro su admiración: cuando la famosa huelga de La Canadiense fue una de ellas. Dimos tal sensación de poder, de organización, de disciplina, que fue asombro de propios y extraños. Pero éstos sobre todo ignoraban que la organización y disciplina de que se dio prueba durante aquel conflicto no era la consecuencia de algo básico y fundamental en nuestra organización, que era, que fue más bien un hecho aislado, una excepción, algo un poco apartada de lo consuetudinario y corriente entre nosotros. Por eso la huelga de La Canadiense no ha tenido segunda parte todavía, y no sabemos si algún día la tendrá.

Además, cabe que de los errores pasados, más particularmente de los cometidos al aplicar los principios teóricos que nos han servido de punto de partida, saquemos las enseñanzas futuras. ¿Las sacaremos? Ciertamente.

Ahora bien, y para mañana ¿qué panorama se nos ofrece? ¿Cómo vemos el mundo? ¿Cuáles son las probabilidades más próximas?

Hasta ahora hemos hablado de lo que fue y algo de lo que es. Hemos enjuiciado hechos que pertenecen ya a la historia, pero que son de interés recordar porque sus consecuencias aún salpican las dificultades de nuestro diario vivir. Hemos trazado un cuadro sombrío que más de uno encontrará excesivamente recargado de pesimismo. No hay tal. Quien nos haya seguido hasta aquí verá que cuanto hemos dicho tiene aspecto expositivo, crítico a veces; pero que nada hemos dicho que atente a la integridad de las ideas por las que luchamos. Los juicios personales emitidos en esta confesión sinceramente hecha tienden a poner de relieve los errores cometidos, a señalar sus perniciosos efectos, a desear que, por su conocimiento más exacto, no vuelva a caerse en ellos, rechazando enérgicamente cuantas sugerencias se hagan en ese sentido. Y el señalar esos flacos, esos defectos, esos vicios, es

con el propósito de que se corrijan. Y esto, más que en desdoro de las ideas, va en su beneficio; más que rebajarlas, las eleva; más que denigrarlas, las ennoblece. ¿Qué pensamos de ellas, pues? ¡Que el porvenir les pertenece, aun cuando al decirlo parezca exagerado e hiperbólico. ¿Por qué?

Barcelona, julio de 1933